

Francisco Panera

**MENTIR ES
ENCENDER
FUEGO**

Nova Casa Editorial

Sinopsis

Que la historia la escriben los vencedores es tan cierto como que en el alma de las leyendas anidan aspectos reales y fantásticos.

Es así que cuenta una antigua leyenda vasca que, al menos una vez, los vizcaínos hicieron frente al poder del monarca asturiano infligiéndole una gran derrota, pero ninguno de los escasos cronistas del reino astur-leonés, dejó constancia de tal acontecimiento por escrito para la posteridad.

Francisco Panera se ha inspirado en la llamada leyenda de Jaun Zuria, El señor Blanco, y la mítica batalla de Padura (que, según se cuenta, fue el germen del futuro Señorío de Bizkaia) para dar forma novelada a un acontecimiento arraigado en el imaginario popular vasco.

El autor recurre a la leyenda para recrear una narración casi coral, en la que numerosos y variados personajes conforman varias tramas condenadas a converger. Desde la corte asturiana a la de una incipiente Escocia, desde los desvaríos asesinos de un siniestro bandido a la obstinación de una mujer por hacer valer su linaje por encima de todo. Desde la tormentosa relación de dos muchachas en un extraño triángulo amoroso a la obstinación de unos hombres y mujeres por mantenerse fieles a sus cultos ahora llamados paganos. Desde los juegos políticos de un joven caballero a la obstinación de un fraile por liberar la tierra de paganos y salvar sus impías almas...

Y de fondo, como si fuese la música que acompañará la lectura del relato, la mentira y el peso de la culpa para sostenerla, pues la mentira, como dice un personaje en la novela, es tan necesaria para la vida como la verdad, fraguándose con ella un mortero que mantendrá cohesionado el mundo. Aunque, a pesar de ello, siempre queda un rastro, similar a los restos de una hoguera ya apagada, un rastro imposible de borrar, porque no cabe duda de que Mentir, es encender fuego.

*Un día que os veía jugar
me dio por pensar que de crío
habría querido ser vuestro amigo,
porque sois divertidos y leales.*

*A dos amigos que nunca tuve,
pues la vida me premió con el espectáculo
de verlos aparecer de la nada y de crecer.*

A mis hijos Koldo y Mikel.

*“Biscaya fue señorío aparte antes que hubiese reyes en Castilla
i después estuvo sin señor...”*

“Leyenda de Jaun Zuria. Libro de los Linajes”

Pedro Alfonso de Barcelos, conde Portugués (1288—1346)

Capítulo 1

(Año 847, reino de Alba)

—“Un miserable nunca te fallará. Aunque intente camuflarse, finalmente se te revelará como lo que es”. Eso decía padre y escuchándote, hermano, comprendo el sentido de su mensaje —sentenció el rey en la cara de Domnall al conocer sus intenciones.

—Adopta una decisión firme —respondió inquieto y nervioso, ignorando el comentario de su hermano—. La traición debe ser castigada.

Cináed mac Ailpín, el rey de Alba¹, decepcionado le dio la espalda, asomándose a la ventana de su aposento, en el húmedo castillo que desde no hacía mucho se había convertido en su residencia tras arrebatárselo a sus enemigos pictos. Perdía la mirada en la calma del estuario, en la suavidad de la pendiente de las praderas que lo custodiaban acudiendo a sumergirse en él, mientras las palmas de sus manos apoyadas en la balaustrada soportaban estoicas la gélida temperatura de la piedra. Apesadumbrado por no poder eludir la toma de una decisión que le atormentaría por el resto de sus días, hubiese preferido hundir en aquellas aguas la cabeza de su hermano, que tan poco apego por la sangre de la familia demostraba tener.

—Dime, Domnall, ¿serías capaz de hacerlo?

—Si llevase tu corona... ¡no lo dudaría!

Cináed, revolviéndose rápido, le propinó un duro golpe con el dorso de su mano. Domnall, sorprendido, trastabilló dando con sus posaderas en el suelo; de seguido, el rey llevó amenazante su mano a la empuñadura de la espada que colgaba de su cintura.

—Solo el que seamos de la misma sangre me refrena de clavarte mi hierro. ¡Nunca vuelvas a dudar de tu rey! ¿Lo has entendido?

Domnall, desde el suelo, limpiándose un fino hilo de sangre que manaba de la comisura de sus labios, asintió a regañadientes.

—Y si puedes entender —prosiguió el monarca— que no te mate por ser mi hermano, ¿por qué no comprendes que haga lo mismo con nuestra hermana?

—Porque mi ofensa hacia ti es fruto de la impaciencia y del temor a perder lo que tanto nos costó ganar. Ahora, el asesinato de nuestro padre será vengado con la proclamación de su estirpe como reyes. Los pictos pusieron su cabeza en una estaca y nosotros ahora pondremos nuestras botas sobre las de todos ellos.

¹ El Reino de Alba hace referencia en lengua gaélica (*Rìoghachd na h-Alba*) al reino de Escocia.

Padre estaría orgulloso, por eso la ofensa de nuestra hermana es mayor si cabe. ¡Sabes que nos ha traicionado!

Cináed volvió a la ventana posando de nuevo su mirada en el curso de agua que en el horizonte se adentraba en lo salado del mar.

Un año atrás, los pictos habían sufrido una fuerte derrota a manos de un adversario común: los vikingos. Aquella contienda con el enemigo del norte les condujo a perder a su rey, al hermano de este e incluso el dominio de varias islas que rodeaban su costa.

Ahora, ese vacío de poder sería ocupado por él, por el rey de los pueblos gaélicos del sur.

Aduciendo los derechos dinásticos que le correspondían por parte de madre, e incluso por ser nieto de un rey picto, Cináed mac Ailpín acababa de unificar a los pueblos de las tierras altas conformando el que sería conocido como Reino de Alba. Ciertamente aún quedaban algunos focos pictos rebeldes de obstinada resistencia, pero no dudaba en que los reduciría a nada. El matrimonio acordado de su joven hermana Siubhan con uno de los más fieles generales al rey picto muerto, serviría para afianzar con la sangre de la familia los lazos con sus antiguos enemigos, ahora aliados, y especialmente con el fuerte brazo que comandaba a los pictos, superando un pasado de continua disputa entre sus pueblos.

Y todo eso ahora podía derrumbarse por la actitud de su joven hermana.

—La decisión está tomada.

—Si no la condenas, no serás de fiar a los ojos de Cullen.

—Hoy mismo partirás al encuentro de Cullen y le dirás a ese apestoso picto que ella ha huido.

—¿Pretendes que descargue su ira en mí?

—No contra ti. Acudirás con nuestro primo. Carga a Engas de cadenas y arrojalo a sus pies. Cuéntale que es quien preñó a su prometida, dale los detalles que te plazca, humilla el nombre de Siubhan si lo ves preciso, no creo que te cueste demasiado, pero ella y el hijo que lleva dentro vivirán.

—Cullen querrá que también se haga justicia contra Siubhan por traicionar el acuerdo de matrimonio, no solo contra Engas.

—Domnall... eso es imposible, Siub "ha huido". Eso le dirás.

—¿Huido? ¿Cómo que ha huido?

—Partirá este atardecer escoltada por varios hombres y algunas doncellas en un knarr² rumbo al sur.

² El **Knarr** (también conocido como Knorr o Knörr) era un tipo de barco de carga empleado por los

—¿Al sur? —Domnall ofreció una sonrisa irónica—. Da igual que la envíes al sur, al final, de una manera u otra, Cullen se enterará.

—No irá al sur de nuestras tierras, ni incluso al sur de las de los britanos. Irá más allá, mucho más allá. —Domnall percibía la voz de su hermano casi quebrada—. Nunca regresará, te lo aseguro. Dile a Cullen que emprendemos la búsqueda de Siubhan e invítale a participar con las fuerzas que estime conveniente. En cualquier caso será una empresa condenada al fracaso, nunca la encontrará y nuestra reciente alianza con él no se perderá. Sabré recompensarle por este inconveniente.

—Sabes que perderás mucho dinero para mantener esa alianza.

—Domnall... es solo dinero.

Siubhan estaba a punto de retirarse a dormir. El arresto en sus aposentos duraba ya dos días, y si Cináed, su propio hermano que la había recluso después de abofetearla no la liberaba, le amenazaría con suicidarse; y en verdad que era una idea que valoraría llevar a efecto para evitar ser la esposa de un antiguo enemigo, un hombre tan hosco y maloliente que sería más propio de vivir en las pocilgas que entre las personas. Su corazón estaba rendido a su primo Engas, a quien se había entregado por amor y también por llevar en su vientre su semilla, pues creía que un hijo en su vientre forzaría su matrimonio con Engas antes de que su hermano proyectase un futuro distinto para ella, algo que comenzó a intuir poco antes de que los acontecimientos que condicionarían su futuro se precipitasen sin control.

El destino de la joven Siubhan ya había sido acordado con Cullen, el general picto ahora a servicio de su hermano junto con su numeroso ejército, una dote nada desdeñable para un rey cuyo trono era muy inestable. Y así, aquellas promesas de juventud en las que Cináed le aseguraba a su hermana que nunca sería mercancía para alianzas quedaron en nada.

La puerta se abrió violenta entrando cuatro soldados y, sin ofrecer por su parte nada más que una tímida resistencia, fue amordazada y atadas sus manos; después entró el rey quedándose a solas con ella.

—Siub... tu actitud, tu embarazo supone un duro contratiempo para la familia y para nuestro pueblo. No somos las personas muchas veces dueñas de nuestros destinos y este es uno de esos casos. —Hizo una prolongada pausa—. Sin tú saberlo habías sido otorgada en matrimonio, sin yo saberlo te entregabas a otro hombre al que no dudo que amas y que te corresponde. Ciertamente os habría permitido matrimoniar como planeabais de no haber sido por esta alianza, pero ahora a ojos de nuestro pueblo y de nuestros aliados eres una traidora. No

pueblos nórdicos, muy similar en su estructura a los famosos y temidos Drakars. Este barco tenía una mayor longitud y calado que los Drakars, y aunque era algo más lento y maniobrable que estos, podía, por contra, transportar más peso y tripulación.

sé a cuántos hombres, mujeres o niños habré matado o morirían por mis decisiones. Siub, te juro que no lo sé, pero me repito muchas veces, quizá para convencerme, que todas esas muertes tuvieron un sentido en nuestra historia, y ahora traiciono esa idea porque no puedo cargar con tu muerte.

Siubhan miraba suplicante a su hermano para que la desamordazase. No era ya tanto su destino lo que le preocupaba, sino la suerte que correría Engas, pero Cináed quería evitar escuchar sus súplicas para no incrementar más su desánimo.

—No te esfuerces, no oiré nada más. Serás exiliada y nunca volverás. Partirás ahora mismo hasta los confines más lejanos del mundo y allí intenta encauzar una nueva vida y... perdonar a tu hermano.

El rey, avergonzado y cabizbajo, abandonó la estancia. Los soldados retornaron a la habitación y, con la oscuridad de la noche como aliada, la acercaron en volandas hasta la orilla de la ría.

El rey les siguió unos metros, retrasado. Al llegar junto a Duer, uno de sus más fieles lugartenientes que aguardaba a la princesa para partir, posó su mano en su hombro.

—Haz lo que te dije. Llévala al sur, busca un lugar en el que la acojan y pueda vivir con dignidad. Lleváis riquezas suficientes para comprar alguna que otra voluntad y para que la princesa pueda comenzar una nueva vida. Una vez que esté asentada, que las damas se queden con ella y los demás podréis regresar. En tus manos dejo el tomar las decisiones necesarias ante los avatares que os puedan surgir.

—Permanece tranquilo, mi rey, que no te defraudaré.

—Duer, ya sé que no es una misión al uso, y ciertamente te echaré de menos en los combates que están por venir para someter a los pictos aún rebeldes, pero esta misión es distinta; quizás en medio de tanta lucha, de tanta sangre, sea lo único decente que hagamos. Salvar dos vidas cuando segamos tantas otras... ¿No te parece un contrasentido?

Duer se tomó un tiempo para responder mientras desde la penumbra observaban cómo la princesa era embarcada a la mortecina luz lejana de un par de teas.

—Quizá el creador en el día que juzgue nuestras vidas, tenga a bien tener en cuenta que una vez, al menos una vez, arriesgamos todo un reino por salvar a una mujer.

—Puedes estar seguro, Duer, de que Alba estará a salvo. Comprendo tu inquietud y agradezco tu sinceridad.

—Eres mi rey, pero no puedo obviar que desde niños somos amigos... Cináed.

—Por eso te he elegido para este cometido.

—Cuidaré de tu hermana como si fuese mía.

El rey abrazó a su amigo antes de que este abordase la nave por la tambaleante pasarela.

—¡Maldita sea! ¡Apagad ya esas teas! Soltad cabos y dejemos que la marea nos vaya arrastrando y que ningún remo comience aún a bogar. Debemos ser muy silenciosos.

Mientras Duer seguía impartiendo órdenes, el knarr que antaño fuese hecho preso en alguna incursión vikinga, comenzó a deslizarse por el negro espejo que era la lámina de agua del estuario, buscando el mar. El rey esforzando la vista intentaba distinguir la silueta de la nave que se iba perdiendo en la oscuridad. Un providencial instante en que la luna asomó entre las nubes, iluminando con su pálido refulgir las praderas que bordeaban el curso del agua, concedió al monarca una última visión del barco en el instante en que su vela desplegada atrapaba un ligero viento. De nuevo las nubes oscurecieron al astro nocturno, inundando aquella parte del mundo y el propio ánimo del monarca de oscuridad.

Habiendo recorrido una distancia prudencial y sabiéndose lejos del oído y de la vista de cualquiera cercano al castillo, Duer ordenó a la escueta tripulación que comenzase a remar. Ya próximos al abrazo con las aguas del mar, el viento del norte arreció providencial para hinchar la vela evitando el esfuerzo de los remeros.

Siubhan mac Ailpín sentada a popa de la embarcación, liberada ya de mordaza y ataduras, giró su vista atrás pero no vio nada. Derramó silenciosas lágrimas por su hombre sin saber que Engas había sido condenado a pagar con su vida el precio de su amor.

La travesía fue durísima. A las inclemencias del tiempo, a los embates del océano cuando sus aguas se tornaban hostiles, se unía la incertidumbre de aquella extraña misión. En más de una ocasión asomó por la cabeza de los marineros amotinarse y concluir aquella empresa de una manera tajante. Algunas miradas hacían a Duer temer que en cualquier momento la chispa del motín prendería, pero nada de ello ocurrió. Las advertencias del rey fueron claras: “protegeréis su vida con las vuestras y las de vuestras familias quedan a mi cuidado”. Pero también ocurrió algo que nadie habría sospechado en las primeras jornadas de viaje.

El espacio en el navío era muy reducido, y muchas las horas de quietud sin nada más que hacer que mirar el horizonte o buscar la figura de aquella joven que en la popa de la nave perdía su mirada en la nada y otras posaba con dulzura sus ojos en los rostros de aquellos hombres y mujeres que, desarboladas sus defensas, eran incapaces de no rendirse al encanto de la princesa. Entonces se reprochaban aquellos pensamientos que acudían a sus cabezas más por temor que por propio convencimiento, lamentando en parte el destino de la joven.

Hubo tres jornadas consecutivas de calma, en las que el mar se tornó en una superficie tan lisa y plana que se diría que era posible caminar sobre él. Tres días en los que ni la más leve brisa fue capaz de mecer un solo cabello. Una monotonía solo rota por el sonido del agua al chapotear en ella los remos, solo rota por los jadeos propios del esfuerzo de los hombres que por turnos se relevaban en el bogar. Al amanecer del cuarto día, Siubhan abandonó el estado ausente que la mayor parte del tiempo la envolvía y comenzó a cantar. Los sones de una antigua melodía escocesa en la hermosa voz de la princesa, hicieron detener los brazos de los hombres en su esfuerzo al remar, embelesados por la sonoridad de aquella melodía. Una ráfaga de brisa acudió como una llamada a la cita con la voz de Siub; después la brisa se tornó en viento a medida que ella iba alzando el volumen de los sones de la melodía. Imbuidos todos (quizás la propia princesa también) de una extraña mística, el viento se tornó furioso e hinchó la vela empujando de manera definitiva la nave hacia el lejano sur.

Fueron días en los que se encontró indispuesta, y tan solo cuando cantaba parecía olvidarse de sus dolencias. Fue consciente de que la semilla que tan solo una vez Engas había depositado en su vientre, había comenzado a germinar. Ya carecían de sentido las argucias para eludir la boda con Cullen cuando dijo a su hermano que estaba embarazada, que las relaciones carnales entre ella y Engas se remontaban a bastante tiempo atrás. Aquello lo hizo sin saber a fe cierta si estaba encinta: solo había sido una vez la que yació con Engas, una sola.

Cuando la encerraron no podía confesar la verdad, pues su destino estaría en los aposentos de Cullen. La confianza en que a su hermano se le pasaría aquel acceso de ira la convenció de seguir manteniendo la farsa. Después fue amordazada y embarcada igual que un fardo de los que albergaban provisiones para la travesía. Nadie más que ella supo nada de un plan tan ingenuo como eficaz al final, ahora que era la última en corroborar algo que todos creían como cierto, al ser consciente de que estaba embarazada.

Un atardecer, una línea ocre se dibujó en el horizonte cuando el sol ya se había sumergido en las aguas. La esperanza se tornó en alegría cuando Duer, tras comprobar meticoloso la carta de navegación que el rey le había entregado y los datos que sobre los astros anotaba cada noche, comunicó a todos que aquella era la costa de su destino.

Capítulo 2

(Año 870, corte de Alfonso III en Oviedo)

El monarca asturiano, tras la copiosa comida, se había quedado traspuesto.

Sus dedos seguían los relieves labrados por los brazos de la silla en los que los suyos descasaban; la cabeza, ligeramente ladeada hacia atrás, reposaba en el alto respaldo. No era de su agrado quedarse dormido así, un sueño por el que se veía sobresaltado a cada momento para volver de nuevo a caer preso de él.

Conocedores como eran los criados de que cualquier mensaje personal debía ser notificado en el momento, uno de ellos se acercó con total sigilo hasta al monarca con intención de entregárselo. Su torpeza sobresaltó al rey, poniendo su corazón en un puño.

—Perdón majestad

—¡Qué demonios!

—Un mensaje señor... Viene de tierra de moros

—¿De tierra de moros? ¿Quién demonios...? —repitió confuso acomodándose en la silla.

—Es de su hermano, señor... de Bermudo Ordóñez.

El rey arqueó las cejas en claro signo de sorpresa y después frunció el ceño. Escuchar el nombre de su hermano le había devuelto la lucidez, abandonando el aletargamiento conferido por la siesta. De seguido Froila asomó por la entrada de la estancia del rey.

—Con vuestro permiso...

—Adelante —respondió el rey a su buen amigo y mejor consejero Froila de Onís—, acabo de recibir una extraña sorpresa.

—Estoy enterado. ¡Una carta de vuestro hermano!

El rey ordenó al sirviente que les dejara solos y comenzó a leer para sí el mensaje del traidor, a refugio del propio emir de Córdoba Muhammad I desde que él, Alfonso III de Asturias, recuperase el trono tras el intento de usurpación por parte de su tío, el conde Fruela Bermúdez con la colaboración de todos sus hermanos.

Su castigo bien se lo habían ganado, pues les fueron sacados los ojos antes de morir. Solo Bermudo había conseguido huir encontrando protección entre los musulmanes, sus más odiados enemigos. Curiosa la vida, pensaba el rey, que en ocasiones revela situaciones tan inverosímiles como esa.

Froila, desde un rincón de la estancia, observaba por una ventana la finísima lluvia que casi como una neblina empapaba las ocres paredes del hermoso palacio real que levantase el gran Ramiro I, abuelo de Alfonso, en una hermosa ladera a las afueras de Oviedo. A ratos volvía la mirada hacia su amigo el monarca, que parecía releer una y otra vez el pliego de la misiva.

—Te noto inquieto, Alfonso.

—Me suplica el perdón —concedió a responder tras una prolongada pausa.

—¿Te lo suplica? ¿No está enterado acaso de la suerte que han corrido los conspiradores?

—Sí que lo sabe. ¡Bien lo sabe! Aun así me suplica el perdón y el permiso para retornar, poniéndose a mi servicio con mi palabra como garantía de que le respetaré la vida.

—Bermudo es más inteligente de lo que suponía.

—¿En serio lo crees? Podría permitirle regresar y después hacerle sacar los ojos como a mis hermanos.

—¿Me permites leer la carta?

Froila caminó hasta el rey a recoger el manuscrito y regresó a la ventana buscando la luz, leyéndola atentamente. Después, sus ojos buscaron perdiéndose en la lluvia que ahora se había tornado casi torrencial difuminando las siluetas de los montes, un instante de reflexión.

—Te lo vuelvo a repetir, es más inteligente de lo que suponía, incluso ha sido capaz de burlar la segura vigilancia a la que le someterá el Emir y hacerte llegar su mensaje.

—Ya lo has visto. Me insinúa que aún quedan desafectos a mi corona, lo que es cierto sin duda, que sería posible conseguir que todos acepten la situación política con la integración de...

—De todos ellos si él es perdonado —corroboró Froila al terminar de leer la carta.

—¡Maldito sea! Mi familia, Froila, ¡mi propia familia! Unos viles traidores. De no ser por mi tío, el conde Rodrigo que me cobijó hasta recuperar la corona, ese mal nacido de Fruela estaría al frente del reino y mis hermanos, como aves carroñeras, revolotearían a su alrededor. Su solo recuerdo me provoca náuseas.

—Ahora la corona es tuya, pero debes reconocer que eres el primer monarca que lo es por sucesión, nunca hasta ahora había sido designado rey sin ser elegido.

—Todo había quedado bien claro durante el reinado de mi padre y nadie mostró contrariedad alguna. Aprovecharon que estaba gobernando Galicia a la muerte de mi padre para arrebatarme la corona —respondió colérico.

—Además de respetar a tu padre, a Ordoño, que Dios tenga en su gloria, le temían. En vida nadie se atrevió a mostrar la menor desafección por su primogénito para no contrariarlo. Otra cosa es lo que ocurrió a su muerte. Un nuevo rey alejado de la corte con apenas dieciocho años y tantos nobles intentando agrandar los dineros de sus bolsas...

—¡Y la envidia, Froila! La envidia y la traición de la propia familia. —El joven rey hizo una pausa y se apoyó junto a Froila en el alfeizar de la ventana. La lluvia

tintaba de gris la atmósfera desdibujando en un blanco ceniciento los empinados montes que rodean la ciudad de Oviedo—. ¿Sabes? Tengo continuas pesadillas con ellos. Se me aparecen como espectros en mi cuarto con las cuencas de los ojos vacías suplicando perdón. ¡Es horrible! Si no desaparecen de mi cabeza acabarán por volverme loco.

—No era decisión fácil ejecutarlos, pero no haber sido tan expeditivo a la larga te volvería a provocar problemas.

—Tú crees que debo perdonarle. Dímelo sin ambigüedades y sobre todo el porqué.

Froila, le miró fijamente a los ojos.

—Bermudo solo quiere salvar el pellejo.

—Eso ya lo ha conseguido. El Emir le protege.

—Y supongo que no será un plato de buen gusto para él. Quizá aún le quede algo de dignidad. Bermudo, de haber triunfado la trama de tu tío Fruela, ahora estaría guerreando contra los musulmanes, sabes de sobra el odio que les profesa. Creo que realmente prefiere poner su vida en tus manos que seguir existiendo a costa de someterse a sus más odiados enemigos.

—Necesito poner orden en la corte, mi abuelo Ramiro pasó su reinado luchando contra las conjuras aquí en casa, también contra los musulmanes, y cómo no, ¡contra los vizcaínos! Después Ordoño, mi padre... más de lo mismo.

—Y ahora tú te encuentras en una situación similar. Los ataques de los musulmanes no cesan por la frontera y Vizcaya está en armas de nuevo. Demasiados frentes, Alfonso, demasiados.

—El ejército está preparado. La campaña es inminente y seremos implacables.

—Respecto a eso..., creo que deberías meditar tu participación en la misma.

—Mi padre lo hizo hace veinte años y en apenas cinco meses apaciguó toda la frontera arrebatando nuevas plazas a los musulmanes y sometiendo una revuelta de los vascones.

—Cierto, pero no veo prudente que abandones la corte.

—Debo mostrar una imagen serena ante el musulmán. Si sospechasen que temo más por ser derrocado por los míos que por someterles a ellos, alentarán sin duda intrigas en el futuro. Es triste reconocerlo, pero siempre hay alguien cercano dispuesto a venderse.

A Froila se le iluminó la mirada. Un brillo que Alfonso reconocía en su amigo cuando asomaba en su mente algo interesante

—¡Manda a Bermudo!

—¿A Bermudo? ¿A dónde?

—¡A la guerra! Es un buen soldado, de eso no hay duda, pero sobretodo piensa en las consecuencias. Te muestras magnánimo perdonando al hermano traidor, un gesto que será muy tenido en cuenta por sus afines, porque sin duda están con más miedo que él a pesar de permanecer ocultos y, por otro lado, le haces probar su valía sin tú correr riesgos en la batalla. Bermudo asumirá el papel de un infante, el del hermano del rey en la guerra.

—Sabes que por riesgo...

—Lo sé, nunca te has echado atrás ante cualquier afrenta, pero ahora tu sitio está aquí, afianzando las lealtades a tu reinado. Obligaremos a Bermudo a que nos revele los nombres de todos los implicados en la conjura. Muchos salieron a la luz, pero otros permanecen en la sombra. Si regresa entenderá que solo evitará tus represalias si se aviene a colaborar.

—No hacerlo sería poner en evidencia ese perdón que solicita.

—Así es. Con su vida dependiendo de tu voluntad, podrás limpiar corte y reino de desafectos. Seremos precisos y discretos, concédele el perdón solo a él y sin levantar sospechas haremos caer uno tras otro a los traidores y Bermudo quedará restituido de facto en su dignidad.

La conversación se alargó por horas, trazando los planes de lo que debía ser la campaña, llegando a la conclusión de que bastaría con reunir una fuerza algo inferior a los tres mil hombres.

Al día siguiente, partió de Oviedo el mismo mensajero de regreso con la respuesta del monarca. Bermudo era perdonado y el rey solicitaba su inmediata presencia.

Así sucedió un par de semanas después cuando Bermudo pudo consumir su huida y regresar a Asturias.

Sin ningún tipo de afección, lo primero que hizo el rey fue acudir con Bermudo ante los sepulcros de sus hermanos ejecutados. Ciertamente sobrecogido ante aquellos pequeños túmulos de tierra, el infante temía por su vida, pero tanto peor que saberse traidor a su estirpe lo era a su ser como cristiano refugiándose entre los enemigos de su fe. Frente a las tumbas de sus hermanos, se postró de rodillas ante el rey implorándole de nuevo el perdón.

Alfonso le exigió que revelara todos los nombres de aquellos que hubiesen apoyado, aunque fuese tímidamente, el intento de usurpación. El perdón o no a sus vidas quedaría únicamente a juicio del rey. Al hacerlo le sería restituida su dignidad como infante, otorgándole el mando que compartiría con Froila de Onís al frente de las tropas que emprenderían esa primavera la campaña de castigo por la frontera musulmana y por la desafecta Vizcaya. Bermudo, inclinando la cerviz, aceptó la voluntad del rey.

Esa noche, Alfonso dejó de su sufrir las pesadillas. Las figuras de sus hermanos con las cuencas de los ojos vacías dejaron de atormentarle.

Capítulo 3

(Año 870, Vizcaya)

Siubhan dirigía la vista hacia el norte, siguiendo el flujo de las aguas del estuario en su desembocadura en el océano. Trataba con ello de visualizar en su mente las lejanas costas del reino de Alba, su antiguo hogar. Un recuerdo tan vago y difuso como el del rostro de Engas, que cada día que pasaba se le tornaba más borroso, maldiciéndose por ello.

A veces desaparecía largas horas acudiendo siempre al mismo acantilado donde gustaba de sentarse sobre las rocas, retando al mar allí donde las olas rompen con fuerza. Si el día era gris y la brisa del norte traía gotas de fina lluvia, Fruiz sabía que la encontraría allí.

En ocasiones ella le decía, si acudía a su encuentro y compartía su silencio, que aquel viento que les enredaba los cabellos procedía de su país.

—Viene de lejos, de mi hogar. Trae la lluvia del norte y el aroma del humo de los hogares de Alba, de la campiña empapada por la que se ha deslizado impregnándose del olor de su tierra y su hierba.

Y con tales pensamientos cerraba sus ojos despertando a veces en su voz una melodía tan dulce como lánguida que a Fruiz cautivaba, aunque no entendiese qué decían aquellas palabras extranjeras. Así ocurría que en ocasiones era imposible distinguir si las gotas que salpicaban el pálido rostro de Siubhan lo eran de lluvia traída en volandas por la brisa o si se habían descolgado de sus ojos.

Aquel horizonte donde clavaba su mirada, era por el que ella y su séquito llegaron a aquellas tierras de Vizcaya un lejano día para penar por su destierro.

(Años 847- 848, Vizcaya)

La previsión de su hermano el rey de dotarla de una importante suma de riquezas y el buen mando de Duer al frente de aquella misión, hicieron que en poco tiempo la princesa comenzase a encauzar una nueva vida acorde a su dignidad.

Duer, después de divisar la costa cantábrica, enfiló la proa del knarr por el primer estuario con el que se topó, previsor de dar con algún puerto o aldea

donde poder desembarcar.

Lo hicieron en un pequeño embarcadero cercano a una aldea de nombre Busturia, en las orillas de aquella ría.

Los comienzos no fueron sencillos. Vencida la inicial desconfianza que aquel grupo de extranjeros despertó entre los vecinos de esa y otras aldeas vecinas, al ser conscientes de que aquella siniestra embarcación no representaba amenaza alguna y tras ser conocedores posteriormente de la triste historia de la princesa que allí llegaba desterrada, los gestos afables hacia ella y sus acompañantes aliviaron en gran medida la inquietud de los recién llegados, aunque naturalmente la historia de la que los lugareños fueron conocedores obviaba algo que pronto se haría evidente, que la princesa iba a ser madre.

Duer trató de convencer a Siubhan de que era preciso hacer entender a las gentes que había enviudado y que por una disputa al trono con su hermano, este la había desterrado. Siubhan, obcecada en no negar de por vida a Engas, rehusaba hacerlo, amenazando con desbaratar tal ardid si Duer trataba de llevarlo adelante.

Duer, apesadumbrado, maldecía una actitud que a ratos consideraba caprichosa y otros en cambio comprendía, pero no cesaba en el empeño de idear estrategias que no mancillaran el honor de la joven hermana de su amigo, tanto por fidelidad a la amistad que le unía con el rey, como por los sentimientos que ella comenzaba a despertar en él.

Uno de los personajes de aquel lugar que más ofreció su apoyo a los recién llegados fue el noble local Lope Fruiz, señor de Busturia, donde tenía casi a punto de finalizar la construcción de una austera casa torre. El caballero, tras ser conocedor del rango de la recién llegada y su séquito, ofreció cobijo a la princesa en su propio hogar que, a pesar de las obras, podía ser habitado en su mayor parte.

La hospitalidad del noble fue secundada por las gentes de Busturia, una aldea de casas de labriegos y pescadores dispersas a lo largo de aquel hermoso paraje a orillas de la ría, que acogieron a los extranjeros como unos más entre ellos.

Duer no era ajeno a las expresiones que asomaban en el rostro de Fruiz cuando la princesa estaba cerca, ni tampoco a las miradas o a las atenciones amables que tenía para con ella, y tampoco Siubhan era indiferente a la actitud del noble vizcaíno.

Fruiz rondaría la treintena, era de facciones agradables y aún permanecía soltero. Un par de años antes, la repentina muerte de la que iba a ser su esposa le había sumido en la melancolía y ahora presentía que aquella desazón comenzaba a desvanecerse. Así se lo confesó no sin dificultad una noche a Duer. Con la lengua desatada por el vino ingerido, una vez que la princesa y sus damas se retiraron a descansar, los dos hombres alargaron la velada. Duer

conocía algunas palabras sueltas en romance, pero el interés puesto por ambos en hacerse entender superó aquella barrera idiomática, que los primeros días parecía infranqueable. Ahora estaba seguro de que Fruiz no dudaría en tomar a Siubhan como esposa. Solo había un inconveniente, pero el embarazo de Siubhan aún no era notorio. Según la princesa, la semilla que crecía en su vientre lo llevaba haciendo desde hacía un par de meses escasos. Aún había tiempo de dar la vuelta a la situación, aunque Duer sabía que el mayor escollo a salvar sería la voluntad de la joven.

A la mañana siguiente, simulando un paseo por los alrededores de la casa torre donde se hizo el encontradizo, Duer fue claro y conciso.

—Debes yacer con él.

La palidez de la cara de Siubhan desapareció al instante; su rostro encendido no dejaba lugar a dudas de que estaba a punto de estallar en un ataque de ira.

Adelantándose a tal reacción Duer intentó transmitir un gesto conciliador con su mano intentando explicarse.

—Tu obstinación al no revelar tu embarazo nos conduce a tomar otras alternativas. Puedes entender lo que te voy a decir o no, pero que sepas, Siubhan mac Ailpín, que ya no estás en tu país, y aunque estamos para servirte también nos debes corresponder con tu compromiso y no arrojarnos a una situación insostenible. ¡No somos nosotros los responsables de esta situación!

—¿Me reprochas algo, Duer?

—Todavía no.

—Si mi hermano te escuchase te arrancaría la lengua.

—Parece que olvidas que fue tu hermano quien te desterró. Mantenerte a salvo y en lo posible encauzar tu vida es mi misión, pero si no colaboras regresaremos a casa y te quedarás aquí abandonada a tu suerte.

Siubhan se alejó seguida de Duer por una vereda sombría y angosta que iba directamente hacia el curso del agua, deteniéndose al llegar a la orilla.

—Lo que me propones es humillante.

—No veo otra posibilidad. Si no piensas en ti, hazlo por tu hijo. Esa criatura no es culpable de los acontecimientos que van a rodear su venida a este mundo.

—Pero Duer...

Siubhan estaba a punto de romper a llorar. Duer no quería herir su orgullo, pero la ocasión que se presentaba era única y debía apostar fuerte por ella.

—Escúchame, princesa: Fruiz ha sido muy hospitalario al acogerte en su casa y muy digno por su parte ocupar otra propiedad. No hay duda de que ese hombre está prendado por ti. Supongo que eso no lo habrás pasado por alto, así me lo dio a entender anoche tras la cena. Intuyo que quería sondear sus posibilidades

en tal caso.

Siubhan de sobra se había dado cuenta de que en aquel hombre, que en el que hasta el momento no había encontrado motivo de desagrado alguno, se había despertado una cierta devoción por ella cada vez que aparecía ante él.

—Muéstrate agradable, afectuosa, déjate llevar por...

—¡Di claramente que me meta en su lecho!

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué te hace pensar que una vez que sacie sus ansias conmigo se avendrá a...?

—¿A tomarte por esposa? Lo hará, estoy seguro. No olvides que se trata de un modesto caballero y tú eres hija y hermana de rey. Quizá su rango no esté a la altura de tu dignidad, pero el tiempo nos apremia. Además, cuentas con una gran cantidad de oro como dote que no desdeñará en absoluto.

—Pero Duer... —pronunció casi como una súplica. Una mirada lánguida y profunda se clavó en los ojos de Duer, una mirada que le hería. Por unos instantes dudó en tomarla para sí, abrazarla y subirla de nuevo al knarr y partir hacia... ¿hacia dónde? Hacia ningún lugar.

En ocasiones la vida hace ajenos a sus protagonistas de sus propios destinos y la mente puede traicionar esbozando dudas que como quimeras deben desvanecerse y Duer era muy consciente de su papel en el mundo.

—Debe creer que el hijo que llevas dentro es el suyo. Según tus cálculos hay casi dos meses de adelanto, pero no creo que sea óbice para que el noble muerda el anzuelo. Una criatura en ocasiones se adelanta...

—¿Y por qué no decirle ahora que he enviudado, y que hallándome embarazada he sido exiliada...? Tú mismo sugeriste eso anteriormente.

—Lo hice y desdeñaste mi propuesta. No podemos saber cómo reaccionaría ahora si le contamos una historia diferente. Aquello era apropiado para justificar tu estado de embarazo, pero ahora se abre una nueva posibilidad mucho más conveniente. No es algo de lo que podamos mostrarnos orgullosos pero ¿cuántos padres hay por el mundo que creen serlo de sus hijos cuando en realidad...? Duer hizo una pausa dejando la pregunta en el aire, tomando a la princesa por el brazo y obligándola a mirarle, pues se mostraba esquiva y huidiza mientras hablaba.

—Fruiz no parece un mal hombre, apostarí a que podrías tener una vida cómoda y feliz con él, además reconocería a tu hijo como suyo. Ese pequeño nunca sería considerado un bastardo.

La princesa se deshizo de la presión de la mano de Duer en su brazo, alejándose sin ofrecer ninguna respuesta.

Duer aconsejó al noble que se hiciese ver a menudo por la princesa, que conocía por boca de una de sus damas que ella le veía con muy buenos ojos.

La chispa del entusiasmo prendió en Fruiz de inmediato. Esa noche les invitó a cenar y las siguientes también.

Fruiz había estado todo el día dándole vueltas a la idea, ¿sería tan fácil y tan placentero para los dos! Sabía cómo elaborar los hongos. Aquella que habría sido su esposa le había iniciado en el conocimiento de tales artes, métodos para alcanzar otros estados de consciencia, para sentir lo que los cristianos jamás podrían experimentar, para convertirse en un fiel creyente de la antigua religión del culto a Mari, la madre de la tierra, la que todo oye y todo lo ve. Un credo que se había vuelto proscrito en su propia tierra y que poco a poco era arrinconado.

Tales inclinaciones Fruiz las mantenía en secreto, pero tras la muerte de su amada, ocurrida precisamente tras una ingesta de hongos, se comprometió aún más a mantenerlas vivas en su corazón.

También sospechaba que aquella muerte entre fuertes dolores de vientre, vómitos y un estado totalmente fuera de sí, era consecuencia de haber consumido alguna seta venenosa o quizás erraron en las proporciones consiguiendo un efecto demasiado potente. Todo era posible y así lo lamentaba, pero en los dos años pasados desde su fallecimiento se había hecho conocedor de toda cuanta arte al respecto pudo aprender y experimentó en su propio cuerpo con tales remedios, llegando a contactar con númenes y seres del inframundo, escuchando sus mensajes que después, lamentablemente, no lograba recordar con exactitud al volver a un estado más terrenal.

La princesa extranjera le hacía arder en deseo. Esa noche sería suya, no sería difícil aderezar la cena con unos hongos camuflados que les harían alcanzar un grado de desinhibición tal, que se entregarían a sus más encendidos deseos y después... después le ofrecería el matrimonio.

Duer y otras damas que habían acudido en las noches precedentes a compartir la mesa del noble, no lo hicieron esta vez por petición del propio Fruiz. Duer, presintiendo que su plan estaba a punto de culminar, se mostró cooperante con el noble local.

Una vez más, la barrera del idioma no fue óbice para transmitirse uno y otro los mensajes necesarios. Fruiz agradecía y comprendía la complicidad de Duer para que lograrse tomar a Siubhan como esposa. Aquellos hombres y mujeres, aunque leales servidores de la dama extranjera, ansiaban sin ninguna duda en regresar a sus hogares y suponía que aquello no sucedería hasta que la vida de la princesa quedase perfectamente encauzada.

Por otro lado, ese matrimonio le haría entroncar directamente con un linaje real y también a aumentar sus riquezas con la gran dote que sin duda portaba la princesa.

A Siubhan, por su parte, la compañía de Fruiz no le desagradaba en absoluto; en ocasiones incluso se mostraba divertido y eso la complacía. Su aspecto, tan distinto al de los hombres de su país, le atraía: su tez más morena, su pelo negro que, lacio, se derramaba por sus hombros y una fina y cuidada barba que marcaba con severidad su rostro anguloso.

Dentro de ella anidaba la duda de si el plan de Duer podría llevarse a efecto. Resultaba irónico que el mismo ardid que se había derrumbado para vivir junto a Engas, fuese ahora necesario con alguna pequeña variante, como la paternidad de la criatura que llegaría al mundo.

Siubhan se sentía en deuda con aquellos hombres y mujeres que la acompañaron al exilio, pues nunca ofrecieron un reproche y, si alguna ocasión descubría ira o hartazgo en sus gestos, bajaban la vista respetuosos al reparar en su presencia.

Todo podía solucionarse esgrimiendo una mentira ante Fruiz. Quizá bastase decirle que en su familia todas las mujeres siempre habían tenido tendencia a alumbrar antes de tiempo consciente de que el tiempo de gestación en ningún caso llegaría a los nueve meses a los ojos de Fruiz, pues cabría la lógica posibilidad de que creyese que ya había arribado a aquel lugar en estado. Si el amor efectivamente se despertaba en él, quizá nunca reparase en tal idea.

No le agradó descubrirse tan arpía trazando un plan para engañar a un hombre que le abría su corazón, pero al poner en un lado de la balanza el engaño a Fruiz y en el otro el porvenir de su hijo junto al futuro de todo su séquito y su existencia más o menos cómoda, fue sencillo decidirse.

Decía en ocasiones su difunto padre que las mentiras conforman parte de la argamasa que cohesionan los sillares de piedra que levantan el mundo, que las mentiras son tan necesarias como las verdades en su justa medida, y si en ocasiones hay que tener valor para asumir el peso de la verdad, no es menos el esfuerzo para hacerlo con el de una mentira cuando esta se convierte en verdad para aquellos a los que se aprecia.

La velada transcurrió amena y divertida. Incluso Fruiz le sorprendió diciéndole que él mismo había participado en la elaboración de algunos de los sabrosos platos que degustaban. Aquello le pareció sorprendente en un hombre y le agradó. Poco a poco se iba mostrando más afable y desinhibida, sintiéndose casi flotar mientras de sus labios no paraba de fluir la conversación que Fruiz fingía entender: incluso se atrevía a contestarle en una lengua imitando a la de la princesa. Eso les divertía y a Siubhan le hacía reír. La cena fue regada con abundante vino y, en un momento de descuido, Fruiz la besó.

Sus sentidos se abandonaron por completo. Quiso encontrar en aquellos labios el recuerdo de Engas, pero la boca que la encendía en deseo era otra. Fruiz no era un muchacho como Engas y Siubhan se arrojó en sus brazos, extrañada de cómo no era capaz de refrenarse en su ansia de entregarse a aquel

hombre.

Afuera comenzaron a sonar aún lejanos los truenos de una tormenta que se acercaba.

Fruiz, perdido el control, recuperó por un par de segundos la consciencia corroborando que sin duda se había excedido en la cantidad de hongos alucinógenos empleados. La boca se le secaba y era incapaz de saciarla bebiendo cada vez más vino y ofreciéndoselo de su copa a Siubhan, que con ansia y agrado lo aceptaba. Tomándola en brazos caminó con ella hasta su alcoba sin dejar de besarla.

La tormenta ya estaba sobre la casa torre de Busturia. Una inesperada ventolera abrió la ventana del aposento apagando las velas que lo iluminaban. De afuera entraban los fogonazos de los relámpagos que alumbraban la estancia por tan solo un momento. Siubhan, desprendiéndose de sus ropas, se recostó en el lecho, mostrándose frágil y decidida a la vez, contorneándose lasciva, cubriéndose únicamente con su melena de color entre el rubio y el rojo que se desparramaba sobre su pecho, ofreciendo a Fruiz sus brazos extendidos.

Un nuevo relámpago le reveló a Fruiz la inquietante presencia que les acompañaba. Sugaar³ estaba a su lado. El joven noble evitaba mirar al rincón de la estancia donde le había visto, ¡allí estaba la serpiente blanca! Con unos inquietantes ojos negros aguardaba enroscada en guardia, parecía que en cualquier momento le fuese a atacar. Quiso marcharse de allí, intentó gritar y apartarse del abrazo de la princesa que ya abiertas sus piernas esperaba la acometida de su miembro. Abrazada a él, transmitía todo su calor y sensualidad a través de su piel desnuda. Fruiz percibió que ya no tenía el control sobre sus actos. Sugaar dominaba su voluntad y ocupaba su cuerpo, haciendo por ende suya a la princesa.

Aterrado, quiso sin éxito prevenirla de que aquel numen acudía allí a robarle su lugar, a tomar para sí a la mujer que había engañado mediante aquel ardid para poseerla. Siubhan apretó con fuerza sus manos, que rodeaban las caderas de Fruiz, provocando que este entrase por fin dentro de ella. Los compulsivos vaivenes de la cópula se hicieron cada vez más intensos y rítmicos. Siubhan entreabría tímidamente su boca exhalando débiles gemidos en un torbellino de placer, pues nunca sus sentidos habían experimentado un goce como aquel.

Fruiz presintió que en el vientre de la princesa, una nueva vida iba a cobrar forma. De reojo volvió la vista al lugar de la estancia donde estaba la serpiente,

³ La referencia que se hace a Sugaar (también conocido como Sugar, Maju o Culebro) en el mito de Jaun Zuria es indispensable para atribuirle un origen fantástico al personaje que, a la postre, sería considerado por la leyenda como el primer señor de Vizcaya. Asegura tal leyenda que este fue engendrado tras un encuentro sexual entre su madre, una princesa exiliada, y Sugaar, una deidad masculina de la mitología vasca pre-cristiana, consorte de la diosa Mari, pero con un papel mucho más oscuro, siendo capaz de abandonar la forma humana adoptando la de dragón o serpiente.

esperanzado de que esta hubiese desaparecido. Un nuevo relámpago le dio ocasión de descubrirla de nuevo, alzándose a lo alto: la serpiente blanca se había vuelto gigantesca, alcanzando la altura de un hombre. El reptil se contorneaba al mismo ritmo que Fruiz lo hacía sobre Siubhan. Se supo sin voluntad, era Sugaar el que manejaba su cuerpo y el que le transmitía el ritmo de su cópula. Volvió su rostro hacia la princesa consciente de que ella no podía ver a Sugaar, entonces Siubhan le atrapó con sus labios en un profundo beso, estallando finalmente los dos en un violento orgasmo.

Después quedaron exhaustos, los efectos de aquellos hongos se desparramaron por todas sus extremidades convirtiendo en yermos sus cuerpos. Agotados, se abandonaron tan solo a recobrar tímidamente el aliento y de esa manera quedar dormidos. Antes de hacerlo, Fruiz volvió la vista buscando a la serpiente, pero ya no estaba. Entonces, entre una mezcla de desazón y entusiasmo, se entregó al sueño.

El nuevo día les despertó con su frío. Sus cuerpos desnudos estaban sobre la cama sin haberse cubierto en toda la noche, en la que la ventana permaneció abierta. Fruiz tiritaba, Siubhan cubrió a ambos con una manta y, abrazándose a él, se dieron calor mutuamente.

En sus cabezas el recuerdo de la noche anterior era muy difuso. Siubhan tenía un gran dolor de cabeza, que achacaba al vino consumido. Fruiz, por su parte, también mostraba un gran malestar, pero ya era conocedor de esos efectos y sabía que irían desapareciendo a lo largo del día. Recordó su visión tratando de convencerse de que quizá todo hubiese sido una alucinación, una mala pasada de la ingesta de hongos, pues a buen seguro se había excedido en la cantidad.

Ahora el abrazo de Siubhan y sentir un beso suyo en su nuca le hizo regresar de nuevo de sus miedos al momento presente. Se giró hacia ella y supo que aquel rostro sería al que consagraría su amor por siempre para amanecer junto a él todas las mañanas del resto de su vida.

Apenas un mes después de su llegada, Lope Fruiz, señor de Busturia, se desposó con la princesa exiliada Siubhan mac Ailpín.

Cuando ella le comunicó que estaba embarazada, no mostró objeción alguna por tal cuestión, es más, la noticia le llenó de entusiasmo y la visión aciaga de la serpiente que aún le perseguía empezó a desaparecer de su cabeza. Habían tenido tras aquel tórrido episodio otros encuentros de manera continua, que finalizaban con los dos en el lecho. Amaba a la princesa, le resultaba tan hermosa como dulce y, en poco tiempo, un hijo suyo daría continuidad a su linaje y quién sabe si quizás, eso solo era una quimera, si sería merecedor de un trono, allá en aquellas lejanas tierras del reino de Alba de las que la princesa le iba hablando cada vez con más claridad a medida que iba conociendo poco a poco la lengua romance local.

Por su parte, Siubhan descubría actitudes en Fruiz que le agradaban, era

atento y cariñoso, pero al tiempo era recto y severo en el gobierno de sus posesiones. No la abandonaba para ir con otros hombres a emborracharse y, si lo hacía, ella le acompañaba. Al tiempo que le iba conociendo por fuera, él empezó a mostrarle cómo era por dentro, y lo que allí había cada vez la atraía más, queriendo entender todo aquello que él trataba de explicarle mirando al cielo, a los montes, o tomando un puñado de guijarros o de arena de la playa.

Le hablaba de la religión que profesaba en secreto, del antiguo culto a la Dama de la bondad y la justicia, de Mari, que sabía ser justa con los hombres y mujeres, no como el Dios de ira y castigo que predicaban los clérigos cristianos y de los que debía ocultar su credo que tanto él como otros hombres de distintas condiciones, aún profesaban y mantenían vivo.

No estaban en el olvido el recuerdo de antiguas incursiones de los guerreros asturianos con el pretexto, como siglos atrás también lo hicieran otros antes de la llegada de los musulmanes, de erradicar, como ellos decían, la “religión de los magos”.

Siubhan vio un gran valor en tal actitud, queriendo participar también de aquella singularidad.

Lo armónico de la conexión de la tierra con Mari, del cielo y sus elementos como los rayos y tormentas con Sugaar, así como la protección o amenaza que representaban otros númenes, tenían un encaje perfecto en el mundo. Era cierto que le costaba creer algunas cosas tales como las formas humanas o de animales que las divinidades pudiesen adoptar, pero prefería quedarse para sí con aquellas otras ideas que la reconfortaban. Todo era nuevo para ella y su mente se había abierto por completo.

A medida que el embarazo iba avanzando, puso en conocimiento de su esposo su inquietud porque la criatura se adelantase, previsoramente ante la no coincidencia de las fechas entre su supuesta concepción y futuro alumbramiento.

—Mi madre, mi abuela, las mujeres de mi familia han tenido a sus criaturas casi siempre con adelanto...

Para su tranquilidad, Fruiz le propuso hacerse con el servicio de alguna buena partera, pero Siubhan desechó tal posibilidad, temerosa de que la experiencia de la mujer delatase que su estado de gestación no se correspondía con las fechas que su esposo creía. Argumentó ante su esposo que entre las damas que la habían acompañado había una de su confianza que podría realizar esa labor. Fruiz dio por buena la decisión de su esposa y se olvidó del tema.

El embarazo transcurrió tranquilo aunque siempre con el temor de que la fecha en la que sucediese pudiese despertar recelos en Fruiz, pero incluso en tal cuestión la fortuna apostó por el engaño. La criatura se retrasó hasta bien pasados los nueve meses y medio, lo que a la postre para Lope se traducía en un adelanto de aproximadamente un mes, tal y como Siubhan había “temido”.

La noche previa al parto que ya se mostraba inminente se hizo larga, la criatura venía mal dispuesta y tanto ella como su madre corrían serio peligro. Fruiz pasó aquellas horas en vela esperando el nacimiento de su hijo, que no llegaría hasta el alba. Había salido a despejar un poco la cabeza, quizás había bebido demasiado vino en la velada nocturna. Paseando con sus perros por el arenal de la playa observó a lo lejos los fogonazos de una tormenta que se adivinaba tras el horizonte del mar. Desde el norte, un cielo negro empujado por un fuerte viento iba a devolver a la oscuridad al día recién amanecido.

Inevitablemente Sugaar volvió a su recuerdo. Quizá con la tormenta y a través de los rayos se avenía a presenciar el nacimiento de su hijo. Fruiz, con el corazón en la boca, emprendió la carrera de regreso a casa.

Siubhan desde su cama pidió que le abriesen la ventana. Quería posar sus ojos en una pequeña porción de mar que tenía a la vista con solo girar la cabeza.

Allí estaba la pequeña isla que, como un centinela, custodiaba la desembocadura de la ría a cuyas orillas se levantaba la casa torre donde su vida había tomado un nuevo rumbo. La silueta del islote rompía la línea del horizonte tras el cual, a muchas jornadas de distancia, había quedado para siempre aquel que un día fue dueño de su corazón.

—Este es tu hijo —pronunció en un leve susurro dedicado a Engas—, una parte de ti estará siempre a mi lado.

Las últimas palabras fueron escuchadas por las mujeres que la atendían. Todo aquel séquito fiel a su princesa había mantenido el secreto origen del que ahora estaba por llegar al mundo. Nada haría variar aquello.

El cielo se tornó casi negro, el granizo estalló contra tejados, arruinando los cultivos y destrozando la flor de los árboles que ese año darían una pobre cosecha de frutos. La tormenta se enseñoreaba en aquel lugar descargando toda su ira.

Fruiz, a las puertas del cuarto donde Siubhan entre gritos estaba pariendo, intentaba ahuyentar su miedo. Miedo por ella, miedo por la criatura y miedo de Sugaar.

De repente el silencio, y después un agudo llanto, la criatura había nacido.

Incapaz de esperar más irrumpió en la estancia. Lo primero que hizo fue acercarse a Siubhan, que entre sudores y fatigas jadeaba recuperando el aliento. La joven intentó esbozar una sonrisa, pero se quedó en una inexpresiva mueca. De soslayo lanzó una mirada hacia la mujer que limpiaba al pequeño y le cortaba el cordón umbilical. Esa mirada arrastró la de Fruiz en pos de conocer a su pequeño.

—Es un varón —escuchó decir a la partera cuando entró en la alcoba.

Se acercó a la matrona que lo sostenía, ya perfectamente envuelto y arropado

en una pequeña manta. La mujer le recibió con una mirada inquieta, se diría que con cierto nerviosismo.

—¡Dame a mi hijo! —ordenó el noble.

Recibió a la criatura con toda la delicadeza de la que sus torpes y fornidos brazos eran capaces. Sentir el tacto de aquel pequeño cuerpo en las palmas de sus manos aceleró su corazón. Con mucho cuidado destapó el rostro del pequeño que había quedado ligeramente embozado por la manta que lo protegía.

Entonces, la piernas a punto estuvieron de flaquearle. Ante él estaba el fruto del engaño a Siubhan, las consecuencias de su mal proceder y el castigo de la Dama, de Sugaar... constatando que no era su semilla la que había prendido en el cuerpo de su amada.

Los ojos del pequeño se abrieron un instante y se cruzaron con los suyos. Eran negros, profundos, se diría que... (¿o era su imaginación?) aquellas pupilas eran como las de la serpiente blanca. Descubrió un poco más el manto que lo protegía. El color de la piel del pequeño era de una palidez, de una blancura extrema. Aún tenía algunos restos de sangre y de placenta. Esa piel blanquísima se alternaba con tonos grises y de nuevo la imagen de la serpiente volvía a su cabeza, ese era el mismo color con el que el reptil se le había presentado aquella noche. Todo aquello cobraba ahora un sentido definitivo en su cabeza. Volvió su mirada a Siubhan. Esta, desde el lecho, observaba inquieta la inesperada reacción en el rostro de aquel hombre que ya había empezado a amar y que ahora tenía que acoger como propio a un hijo que no lo era. Se sentía malvada, pero ninguna explicación aclaratoria saldría de su boca sobre el aspecto del bebé, que era sin duda el vivo retrato de Engas.

Fruiz, por su parte, intentaba transmitir una súplica en su mirada, un verdadero acto de arrepentimiento por haberla poseído bajo los efectos de los hongos, por no haber cesado en su acto carnal y permitir con ello que el hijo que acaba de alumbrar lo fuese de un... ¿qué era realmente? ¿qué futuro y propósito albergaría Sugaar para ese pequeño?

Tenía que hacerlo y lo hizo. Volvió su mirada al pequeño y acercó su boca a su frente besándolo con tan solo un roce de sus labios. Los pelos de su barba debieron incomodar a la criatura, que rompió en llanto. Después se acercó al lecho sentándose junto a la madre y se lo ofreció.

—Siub... coge a nuestro hijo.

Al escuchar ese “nuestro” de boca de su esposo, la princesa, que mantenía todos los músculos de su cuerpo en tensión fruto del nerviosismo, se relajó dejando que la alegría y una luminosa sonrisa invadiese su rostro. Acomodándose en su regazo acercó la boca de su pequeño a su pecho.

—Te llamarás Lope, como tu padre —le dijo Siubhan.

—Lope Fruiz su padre, Lope Fortún será el hijo —sentenció el señor de Busturia, que al momento salió con júbilo a comunicar a todo el mundo que su esposa había dado a luz a un varón, y que a pesar de su adelanto se mostraba fuerte y sano. Lo cual a su entender, y esto obviamente se lo callaba, se debía a la simiente de Sugaar.

Él acogería a aquel hijo amado y deseado como si de su propia sangre fuese. Así lo haría ver y entender a todos, aunque, para su pesar, siempre quedaría un hueco para la desazón en su corazón por la falta cometida.

Siubhan tardó en reponerse del parto. Al final Fruiz desoyó los argumentos de su esposa e hizo llamar a uno de los mejores físicos de Vizcaya y a una matrona. Los dos coincidieron en los cuidados a procurar a la joven esposa y también en su desgraciado diagnóstico, la princesa no podría alumbrar más hijos en el futuro a cuenta del complicado parto.

La noticia sumió en cierta melancolía a Fruiz y a Siubhan, pero esta desaparecía en cuanto el bebé requería su atención con su llanto. Una vez que Siubhan abandonó el riguroso reposo al que había sido confinada, su esposo organizó un fabuloso banquete al que fueron invitados los más insignes nobles del territorio y toda la aldea de Busturia, que celebró con júbilo el nacimiento de un nuevo señor.

Lo pálido de su tez no fue pasado por alto por nadie, que sin ninguna duda lo relacionaron con el origen nórdico de la princesa. Una niña de la aldea que en el banquete permanecía embobada mirando al pequeño comenzó a llamarle “blanquito”.

Su madre, un tanto aturdida por el descaro de la pequeña, acudió a llamarla al orden y que se alejara un poco de la cuna del pequeño, presente aquel día cálido de verano en el banquete que se estaba desarrollando en las praderas que rodeaban la casa torre.

Ante la mirada cómplice de Siubhan, que observaba sonriente a su hijo y a la pequeña niña, la madre de esta acudió excusándose a buscar a su pequeña.

—Vamos, no le molestes más que es tu señor.

—No es un señor —protestó la niña—, es un bebé y es blanco, ¡es todo blanco!

—Es tu señor y no me contradigas —le regañó la madre tomándola de la mano y alejándola de allí.

La cría, al tiempo que se iba se giró despidiéndose con la mano de la cuna del bebé.

—Adiós, mi señor... ¡Señor blanco!

El gozo de tener un hijo no era completo para Fruiz, pues mantenía en su alma una culpa que le corroía, pero ¿cómo librarse de ella?

Una tarde se fue con Siubhan a pasear en canoa por entre las cañas que crecen en las marismas del estuario terminando en los extensos arenales que en la desembocadura de la ría emergen en la bajamar. Allí el rumor del oleaje le susurraría las palabras adecuadas para confesar su falta y descargarse del peso de la culpa.

No obvió ningún detalle contándolo todo. Cómo se le nubló la razón por ella en cuanto la vio, cómo se dejó arrastrar por el deseo y cómo Sugaar había castigado su arrogancia y su engaño desposeyéndole de lo que más quería en este mundo, su propio hijo.

Siubhan le miraba incrédula con los ojos a punto de romper en lágrimas.

—¿Pero qué te he hecho? —se preguntaba en silencio para sí la joven como un reproche. Aun así, aún debía esforzarse en el último acto de su aviesa representación.

Tragó saliva y, con un nudo en la garganta que casi le impedía articular palabra y que Fruiz lo adivinaba como una inmensa tristeza y decepción producida por su relato, la princesa pronunció solo un par de palabras.

—Te perdono.

Ahora comprendía el alcance de las palabras de su padre acerca del peso a soportar para mantener una mentira. Después se derrumbó rompiendo en llanto. Se sintió indigna de un hombre tan bueno, le miraba a los ojos y sabía ¡ahora sí que lo sabía! que Fruiz habría sido capaz de haberla amado aun sabiendo la verdad del origen del pequeño. No poder hacer nada ya por ello sería el pecado que ella no se perdonaría y no sería capaz de expiar en toda su existencia.

La comitiva que con ella había partido al exilio emprendió poco tiempo después el viaje de regreso al hogar. Nadie permaneció con ella. Aunque algunas damas se ofrecieron a quedarse, sin duda presionadas por Duer, Siubhan no aceptó que nadie se quedase sin regresar a su hogar, agradeciendo su sacrificio y especialmente su lealtad. Además, no creía conveniente que nadie que supiese del origen de su pequeño permaneciese en aquella tierra. Así se lo confesó a Duer, que siempre tendría un lugar en su corazón, presintiendo que en algunas miradas que le dirigía el leal amigo de su hermano, se escondían sentimientos que jamás osaría evidenciar.

Terminaba aquel verano cuando una mañana el knarr que les había llevado hacía algo más de un año hasta aquel lugar embocó la desembocadura del estuario desplegando la vela tras salvar, con el esfuerzo de los remeros, las vigorosas olas que rompían en la bocana de aquella bahía. La nave poco a poco se fue alejando hacia el norte hasta que se convirtió en un punto minúsculo que fue desapareciendo al internarse en la bruma que se formaba en el horizonte, yéndose también en ella el último nexo de unión que la mantenía unida al reino de Alba.

Capítulo 4

Peru abandonó la casa al alba. En la aldea donde vivía junto a sus padres y hermana, ya comenzaba a intuirse la actividad que retorna con un nuevo día. El frío húmedo del amanecer calaba hasta los huesos y se abrigó lo mejor que pudo. Aquel pequeño enclave era conocido como Fínaga y estaba conformado por una docena de construcciones entre las que, además de las viviendas, había un establo, un corral y otra que hacía las veces de granero y almacén.

Se levantaba a mitad de ladera de una pequeña montaña cuya cima se alzaba por algo más de los trescientos metros, situada en la confluencia de tres valles, por lo que era el nudo de otros tantos caminos. Un lugar que en el pasado albergó cierta importancia estratégica pues en su cima hubo levantado un castro fortificado, pero todo aquello ahora no era más que un montón de ruinas y de piedras desordenadas, de las cuales a lo largo del tiempo se habían servido sus ancestros para levantar la propia aldea de Fínaga.

El muchacho aceleró el paso cuando vio el humo ascender a lo lejos. Estaba seguro de que no llegaba tarde, pero lo cierto era que Beltz, el ferrón al que algunos apodaban el Gentil, ya había encendido la *haizeola*⁴.

El apodo de “Gentil” hacía referencia a la antigua creencia en unos fantásticos seres llamados gentiles, de carácter huraño, que vivían apartados en la soledad de los montes, de los bosques o de las más profundas simas. Hombres de envergadura y fuerza extraordinaria que eran capaces de dar forma y tallar las montañas, y de crear extrañas construcciones primitivas formadas por enormes rocas puestas unas sobre otras. Ya hubiese querido Beltz para sí, haber sido poseedor de tales poderes para llevar mejor a cabo su trabajo en la ferrería, pero lo cierto es que el apodo tenía cierto sentido conforme a su naturaleza.

Las huellas del tiempo parecían haber esquivado el aspecto que Beltz mostraba, pero solo en apariencia. Su rostro cubierto por una poblada barba negra era un reflejo de su edad, así como los dolores continuos de su espalda, castigada en exceso por el duro trabajo. Su cuerpo enorme y fornido (¡músculos de roble!, como de pequeña le decía Anixe, su hija), comenzaba a resentirse definitivamente de su vida laboriosa.

⁴ **Haizeola** es el nombre vasco con el que se conocen a las ferrerías de monte. Eran pequeños hornos de unos 60 cm de ancho y 1,5 de altura. La base se excavaba en el terreno natural y las paredes se levantaban con piedras y arcilla. La inyección de aire se efectuaba por fuelles manuales o empleando ventilación natural, aprovechando los vientos. Se situaban junto a zonas mineras de donde extraían mineral de hierro, que calcinado y molido, era introducido junto con el carbón vegetal. Según la tradición popular los legendarios gentiles (personajes de la mitología vasca dotados de una fuerza sobre humana y conocedores desde tiempos remotos de las técnicas para elaborar el hierro) eran quienes se encargaban de estas prácticas. Estos hornos desaparecieron alrededor del siglo XIV, momento en que se sustituyeron por las ferrerías hidráulicas.

Al llegar Peru a la altura del arroyo, allí donde la pendiente ya se suavizaba tras descender de Fínaga, comenzó a correr. No era de recibo llegar tarde el primer día que iba a trabajar con el tipo más hosco y de peor carácter de Vizcaya.

Cruzando por el fondo del valle, justo en la vertiente contraria de la montaña donde él vivía, dejó a un lado las poco más de media docena de casas que componían la aún más pequeña aldea de Buiana, que a pesar de su cercanía a la ferrería de Beltz, ni vecinos ni ferrón tenían trato alguno, algo que Peru suponía que tendría origen en el agrio carácter del que iba a ser su patrón.

—¡Buenos días! —pronunció al llegar. A pesar del frío de la mañana, el chico se presentó sudoroso y jadeante ante su nuevo patrón, que le miró de reojo sin darle a su presencia más importancia que a una mosca. Acababa de encender el fuego y preparar el horno, una labor dura y de gran meticulosidad. Tomó el pellejo y sorbió un largo trago de agua, al tiempo que se sentaba aparentemente sin reparar en el chico recién llegado.

Anixe había prevenido la noche antes a su padre de que moderara su carácter si quería que Peru le durase algún tiempo a su servicio. Un par de semanas antes le había abandonado un peón que a punto estuvo de completar la temporada entera. Eran dos hombres de duro carácter que se enfrentaban por todo. Al final le abandonó no sin antes mantener una fuerte disputa acerca de los dineros que Beltz debería pagarle.

Las dos semanas que llevaba trabajando solo habían sido durísimas, pues la carga de trabajo a soportar era inmensa. Beltz confiaba en que sería capaz de mantener su pequeña producción de tochos de hierro quedando ya poco para finalizar la temporada en la ferrería que normalmente se espaciaba entre los meses de octubre a mayo y retomar a la labor en los bosques elaborando carbón con la llegada del buen tiempo, pero una continua lumbalgia le estaba torturando. El dolor iba cada vez a más y, aunque Anixe procuraba ayudarle, era imposible mantener el ritmo de trabajo necesario para satisfacer la demanda que tenía antes de que con el buen tiempo se dedicasen a la elaboración de carbón.

El muchacho no llegaba tarde, lo que ocurría es que en Beltz era habitual dormir poco y normalmente antes de que rayase el alba ya se encontraba enfrascado en alguna labor. Esa mañana no fue distinta a las demás. Ya con las primeras luces del nuevo día dio lumbre al horno que había dejado listo la tarde anterior. Había llenado su interior de mineral de hierro y carbón, superpuesto en varias capas, protegiendo toda esa carga con paja seca para que no cogiese humedad con el caer de la noche. La humareda blanca de la paja al arder fue la señal que dio la alarma a Peru de que el horno había comenzado a trabajar sin estar él presente.

—Si antes de empezar a trabajar ya sudas de esa manera, no quiero ni pensar cómo te las vas a ver cuando te acerques al horno. No te vendría mal cortarte el pelo. Esos cabellos largos te harán sudar, ya lo verás.

El chico frunció ligeramente el ceño masajeándose una incipiente y poco poblada barba que comenzaba a oscurecer irregularmente su rostro en la zona de su mentón. El pelo le rozaba ya los hombros y no le agradaba la idea de tener que cortarlo; además, el aspecto del ferrón se contradecía precisamente con lo que le argumentaba, pues tenía el pelo más largo que él y una barba que le confería un aspecto casi de eremita.

—Vi el humo de la *haizeola* a lo lejos y por eso me apresuré —comentó ahora algo más tranquilo al intuir cierto aire distendido en la palabras de Beltz.

—¿Has visto a Anixe?

El chico negó con la cabeza.

—¡Dichosa muchacha! Ya debería estar aquí con el carbón.

Beltz siempre elaboraba carbón en abundancia para proveerse a lo largo del invierno, pero la temporada había sido muy productiva en tochos de hierro. Había gastado más de lo que esperaba y el verano anterior, confiado en tener carbón de sobra, había vendido un excedente demasiado alto. Ahora lo lamentaba. Semanas atrás se vio apremiado por las circunstancias a improvisar una nueva carbonera. Labor dura, con madera poco apropiada y, aunque los días contribuyeron a ello sin lluvia, fue aquel trabajo el que hizo estallar las hostilidades entre él y su peón de una manera abierta. Mantener la vigilancia de la carbonera y a su vez seguir trabajando en el horno era demasiado.

Anixe se había ido con el asno que tenían a cargar un par de sacos de cisco. En el fondo no tenía queja alguna de la muchacha, que se esforzaba y trabajaba igual que muchos hombres. La ausencia de su hermano la había conducido a asumir una labor que no era muy habitual para una muchacha de dieciocho años. Su gran altura, heredada sin duda de su padre, y su cuerpo musculoso no le hacían perder en absoluto sus signos de feminidad aunque a ella eso era algo que no le preocupaba en absoluto e incluso parecía querer en ocasiones ocultar, obstinada en demostrar que era capaz de realizar cualquier labor que un hombre pudiese desempeñar.

—Creo que ya llega —pronunció Peru señalando al final de la enorme pradera tras la cual se erguía el cono casi perfecto de la montaña donde tenía su hogar y a sus pies el bosque por donde acababa de aparecer Anixe tirando del asno con la carga de carbón.

Beltz suspiró aliviado al constatar que el carbón llegaría a tiempo.

—¡Así hija, muy bien! ¡No corras, eh, no se vaya a cansar el burro! —le gritó en un claro reproche.

Anixe soltó un bufido.

—Ya empieza —le dijo al asno—. ¡Pobre Peru! No sabe lo que le espera.

—Mira a ver lo que le dices al borrico que luego me lo contará a mí.

Anixe rio la ocurrencia de su padre. Era habitual en él, después de soltar cualquier impropiedad, hacer alguna gracia. Ocurría que solo ella se las reía y eso le encantaba.

Peru la miraba sonriente hasta que Beltz, de un empujón, le hizo salir de su ensimismamiento. El rostro blanco de Anixe, tizado de negro por el carbón, sus azules ojos y su pelo corto y rubio, formaban un contraste que a Peru le dejaba sin palabras.

Anixe le había sorprendido muchas veces así, embobado mirándola, y se divertía haciéndole caer en la cuenta de ello para ruborizarle. Ahora, tras el empujón de Beltz, el chico se había trastabillado y a punto estuvo de ir de bruces al suelo. Anixe estalló en una sonora carcajada.

Peru se apresuró a seguir a Beltz hasta el horno donde comenzó a impartirle instrucciones.

—El fuego nunca, ¡nunca!, se puede descuidar. Una vez que ha prendido hay que estar muy atento a todo. Como ves he cerrado con arcilla la boca del horno, el interior también está recubierto de ella.

—Eso lo hice yo —añadió Anixe en un tono jovial al tiempo que descargaba los costales de cisco de la grupa del asno.

—Es cierto, ayer hizo eso y hoy espero que no pare de hacer viajes a la carbonera hasta que traiga todo el carbón —sentenció Beltz irritado por haber sido interrumpido por Anixe en sus explicaciones a su nuevo aprendiz.

—¿Todo? ¡Pero si hay toda una montaña! —protestó.

—Ya me has oído. En fin, te decía que...

Anixe acercó los sacos hasta una desvencijada cabaña que cumplía su función de almacén de herramientas y de carbonera, lo suficientemente alejada del horno como para no temer un posible accidente. A unos metros más abajo, atravesando un famélico bosquecillo de hayas, se levantaba la casa de Beltz, una sencilla pero robusta construcción circular de piedra de una sola estancia con otra de similares características adosada a ella que servía de fragua.

Anixe vació los sacos en el interior de la carbonera. La polvareda negra levantada al hacerlo de manera brusca, enfadada por las instrucciones de su padre, la cubrió casi por completo. Al salir afuera su estado era lamentable. Beltz la miró de reojo disimulando una sonrisa que Anixe, sin acertar a ver, la sospechaba.

Recogió un par de sacos vacíos más. Si a ella le iba a tocar pasarse el día yendo a buscar carbón, al burro le tocaría también cargar con algo más de peso. Ya se daría la maña suficiente como para asentarlos bien cargados sobre la grupa del animal.

Beltz proseguía con sus explicaciones a Peru.

—Por la abertura que he cerrado con arcilla se introduce la punta de esto. ¿Sabrás lo que es no?

Peru le miró sorprendido. Le iba a ser muy difícil tratar con aquel hombre. Era casi imposible saber cuándo hablaba en serio, en broma o estaba enfadado.

—Claro que lo sé, es un fuelle. En casa tenemos uno.

—Vale, vale, tenéis uno pero no será como este. Este se acciona con el pie.

—El nuestro también. Todos se accionan con el pie —respondió el chico confuso, que no entendía la broma del ferrón.

—El horno necesita tanto del aire como del carbón para fundir el mineral. El aire es lo que le da la vida e intensidad al fuego. No lo olvides nunca. Sin aire se apaga, por eso siempre tiene que tener un buen tiro y estar bien orientado.

—Eso no lo entiendo.

—Un horno no se puede establecer en cualquier lugar. El terreno ha de ser ligeramente inclinado, por eso está en esta ladera. La boca del horno, ya ves, está orientada hacia lo más abierto del valle por donde llegan la mayoría de las veces el viento o la brisa, así no es indispensable estar continuamente insuflando aire con el fuelle, pero sí que es necesario ahora que queremos que el carbón se avive con fuerza y prenda en su totalidad. Hay momentos en los que la abertura del horno tendrá que estar liberada para que por ese canal labrado en piedra que ves —Beltz señalaba las diferentes partes del horno a cada una de sus explicaciones— comience a salir parte del mineral fundido.

—¿Y después?

—Vamos poco a poco. Lo que hace falta es que entiendas cada uno de los pasos a seguir. Después el metal líquido se endurece al enfriarse. Pero enfriarse no quiere decir que esté frío, ni se te ocurra acercar tus manos a él. —Peru alzó las cejas en un claro gesto de disconformidad, ya sabía que debería emplear unas tenazas o alguna otra herramienta—. Cuando esté sólido hay que hacerse con la barra que queda formada con ayuda de unas tenazas. A esa barra se le llama tocho, que es lo que fabrico aquí, y después vendo a otros herreros y artesanos para que lo transformen en objetos útiles y herramientas, aunque yo también hago las mías. Ya lo irás viendo. Después volvemos a dar paso al metal fundido para obtener un nuevo tocho. Siempre quedará una parte en el interior que no termina de fundir, mantiene un aspecto pastoso, como de masa de pan. Eso hay que extraerlo también con estas grandes tenazas y darle forma a golpes para que se desprenda de escorias y adopte una forma manejable. Así hasta que la carga de mineral se agote. La limpieza del horno no es menos importante. ¿Ves ese montón de ahí?

Beltz señalaba a un montón de piedras negras de aspecto vítreo, negras y brillantes, en las que los rayos del sol de la mañana se transformaban en cientos de pequeños destellos al incidir sobre ellas.

—Eso es escoria.

—Bien, chico, bien, eso es. La escoria hay que extraerla del interior cuando termina la combustión. Tardará más en solidificarse que el hierro por permanecer al calor del horno. Son los restos del mineral que no tienen ningún valor.

—Aprenderé pronto.

Beltz le miro con cierta desconfianza.

—Has de ponerte otro tipo de ropa. Hay que proteger todo el cuerpo para evitar las quemaduras y el calor. No te descubras nunca cuando te acerques al horno: nunca, por mucho calor que tengas.

Peru asintió impaciente. Beltz se alejó hacia la carbonera y de allí trajo un grueso blusón del tejido más tosco y duro que Peru hubiese visto jamás. El atuendo tenía también una capucha. Además, le proporcionó un delantal de cuero tan largo que le llegaba casi hasta sus pies.

—¡Conforme! —sentenció el ferrón tras comprobar que el muchacho estaba bien vestido para la labor.

—Entonces... ¿empiezo ya?

Anixe pasó la mañana yendo y viniendo del claro en el bosque donde estaba la carbonera. Sabía que su padre, a pesar de parecer que no estaba pendiente, permanecía al tanto de los viajes que hacía así como del aspecto que presentaban los sacos de carbón que traía.

Muy avanzada la mañana se encaminó a hacer el último viaje antes de la comida de mediodía. Tras cargar los costales en el asno, se dispuso a cruzar de nuevo por encima de cuatro grandes pedruscos que facilitaban salvar el arroyo que por enésima vez en la jornada debía vadear.

El sobresalto casi la hizo patinar sobre una de las losas. Un guijarro lanzado y que había caído a su lado acababa de salpicarle las pantorrillas. Se giró enojada y tras ella encontró el rostro sonriente de Kata, que una vez más la había vuelto a sorprender asustándola. Rápida se agachó para coger una piedra del arroyo arrojándosela con saña hacia sus piernas. Kata, previsora de la reacción de su amiga, la esquivó sin dificultad.

—En tu maldita vida vuelvas a asustarme así, ¿entiendes? —gritó enojada.

—¡Bah! Siempre que quiero te asusto. Eres como un conejillo —respondió retadora.

Anixe soltó al asno, que ya había cruzado el arroyo, y retornó sobre sus pasos.

Sorprendida por la reacción de su amiga, Kata se giró apresurándose a escapar. Sabía que si Anixe comenzaba a perseguirla en pocos pasos le daría alcance.

—El asno, Anixe, ha echado a correr. ¡Mira!

Anixe hizo caso omiso de la falsa advertencia de Kata, que solo perseguía ponerse a salvo, disfrutando ahora al perseguirla. Sabía que podía alcanzarla en muy pocos pasos, pero la estaba dejando correr para que se desfondase.

El semblante risueño de Kata se había transformado en una expresión de verdadera preocupación. Correr por la vega junto al arroyo esquivando ramas caídas, saltando sobre troncos y sintiendo los arañazos de algunas zarzas en sus pantorrillas no era nada sencillo. Además, Anixe cada vez estaba más cerca, podía oír su respiración agitada y sus amenazas. Al final, exhausta, detuvo su carrera entregándose por completo.

—Vale, vale, no te lo tomes a...

No pudo terminar la frase. Un violento empujón la lanzó rodando por el suelo. Enseguida notó el cuerpo de Anixe que se encaramaba encima de ella. Aunque intentaba zafarse le era imposible. Anixe era muy fuerte, no había conocido nunca a una chica más fuerte que ella.

Sujetando los brazos de Kata por encima de sus hombros, Anixe se encaramó sobre su pecho.

—¡Quita! Me ahogas —protestó Kata.

—¿Y ahora qué? ¿Qué te tengo dicho de esos sustos?

—¡Ay! Me vas a ahogar.

Anixe liberó un poco de la presión a Kata pero apretó con más fuerza sus brazos. Quería dejarle muy a las claras que no la iba a soltar. Extendió el resto de su cuerpo sobre ella abriendo sus piernas, lo que impedía al menudo cuerpo de Kata liberarse de su captora.

—Ya me has cogido, ¿ahora qué? ¿Vas a estar así toda la mañana?

Anixe miraba ahora divertida el rostro de preocupación de Kata.

—Si no me sueltas empezaré a gritar.

—Haz lo que quieras. Nadie podrá oírte.

—Acabo de ver a Peru, está cerca, seguro que venía a por carbón.

Anixe negó divertida con la cabeza. Aquella inocente mentira no la iba a convencer.

—No es verdad. Tu hermano está trabajando con mi padre en el horno. Lo has intentado pero has fallado, estamos solas, nadie te podrá oír.

—¿Nadie?

—Nadie —sentenció segura Anixe, que notó cómo Kata dejaba de hacer presión con su cuerpo para liberarse y la miraba ahora con unos ojos profundos, de un color miel que a Anixe la desarmó por completo dejando ella de hacer también presión sobre los brazos de su amiga. Acercó su rostro despacio al de

ella. Kata abrió ligeramente los labios y Anixe, cerrando sus ojos, posó sus labios en los de ella.

Sintió el calor de su boca y un escalofrío recorrió su cuerpo; el aliento de su respiración al exhalar calentó sus mejillas y sus labios. Después separó un poco su rostro para mirarla de nuevo. Kata cerraba los ojos, pero su boca permanecía entreabierta, mostrando tímidamente el blanco de una incipiente sonrisa. Anixe soltó sus brazos para hundir sus dedos en la abundante melena negra como el carbón de Kata y acercó de nuevo su boca a la suya. Ahora su beso sí fue correspondido. Fueron un par de segundos en los que la imaginación de Anixe voló a los extraños mundos de la fantasía, donde residen todos los anhelos imposibles. Entonces, sintiéndose totalmente liberada, Kata se revolvió con agilidad, escabulléndose de Anixe y rápidamente se puso en pie echando a correr. Al tiempo que se iba, Anixe escuchaba cómo se reía. Esta vez ya no fue detrás de ella, el juego había terminado. No pudo ocultarse una sonrisa melancólica. Cuando las voces provocadoras de Kata, que la retaban a perseguirla, se fueron haciendo más débiles, Anixe se levantó y retornó a por el asno que la aguardaba en el mismo lugar junto al arroyo. De Kata ya no había ni rastro. Entonces, una sensación mezcla de entusiasmo y melancolía despertó en su corazón.

Capítulo 5

El enorme caballo negro se detuvo frente a una cabaña aún humeante. A través de su poblada barba, su jinete percibía la agradable sensación del calor de los últimos rescoldos de las vigas que se resistían aún a ser convertidas en cenizas por el fuego.

—Debe haberse desatado una guerra, desde ayer solo encontramos aldeas reducidas a cenizas y bastantes muertos. Allí delante se ve otra humareda, temo que no sea nada distinto a esto —pronunció uno de los integrantes de su banda que acababa de abandonar la búsqueda de objetos útiles o de valor entre las ruinas de la cabaña calcinada.

El jinete del caballo negro alzó la vista confirmando que, por encima de la espesura de un bosque, una fina columna de humo ascendía disipándose tras sobrepasar los árboles empujada por la brisa.

—Una guerra provoca enfrentamientos y nada de lo que hemos visto me hace pensar que eso haya ocurrido. Hemos encontrado muertos, todos vizcaínos, es cierto, pero tampoco demasiados, por lo que supongo que aquellos que pudieron, escaparon. De lo que no cabe duda es de que seguimos el rastro de un ejército —afirmó seguro.

—Será como dices, dentro de esa cabaña he visto los cuerpos de una mujer y un niño.

—¿Cómo los mataron? —inquirió curioso el jinete, que prestaba una atención desmedida a todos los cadáveres que encontraba.

—Debió de caerles el tejado encima al arder, pues están abrazados el uno al otro, quemados. Más bien parecen dos leños chamuscados de una hoguera.

—¡Basoa! ¡Basoa!

El jinete del caballo negro volvió la cabeza buscando la voz que le llamaba. Todavía quedaban algunos miembros del grupo inspeccionando por los alrededores y uno de ellos le apremiaba haciendo gestos para que se acercase.

—¡Aquí hay uno que aún respira!

Basoa azuzó levemente a su montura hasta ponerse frente al herido. Se trataba de un hombre mayor. Tenía un fuerte golpe en la cabeza, por el que había sangrado en abundancia. Su aspecto era lamentable, con numerosos golpes que deformaban su rostro.

—Acaba de espabilarse ahora. Pensé que estaba muerto.

—Sin duda los que le hicieron esto también debieron pensarlo.

Basoa descabalgó, incorporó al herido hasta que este quedó sentado apoyando su espalda en el tronco de un haya. Supuso que el anciano, a tenor de encontrarse ligeramente alejado del núcleo de la aldea, habría intentado escabullirse sin fortuna por el bosque que ahí mismo comenzaba.

Basoa le ofreció un poco de agua de su pellejo, pero el tullido era incapaz de retener el líquido en su boca. Ahora descubrían en su costado una profunda herida. El anciano estaba en los últimos instantes de su vida.

—¿Quién ha hecho esto? ¡Responde!

La mirada del herido se perdía mirando hacia las ramas del hayedo. Con un gran esfuerzo consiguió serenarse y atender a la pregunta.

—Ejército...

—¿Quiénes? ¿Musulmanes?

El viejo se estaba abandonando ya, tomó aire de nuevo para sus pulmones pero apenas le quedaba un hilo de vida; aun así tuvo fuerzas para negar y aun pronunciar algo casi inaudible. Basoa tuvo que acercar su oído a la boca del herido.

—Musulmanes no, otros... una invasión. Cientos, miles...

De repente el anciano pareció recobrar un instante de lucidez, escudriñando el rostro de Basoa.

—Yo te conozco. Tú eres...

—¿Hace cuánto que se fueron?

—Sí, ¡eres tú!

—¡Responde, viejo!

—Venías a robar... Tendrás que cambiar de oficio, maldito ladrón. Estos te van a dejar sin nada... Nos van a dejar sin nada a todos.

Basoa dejó de sujetarle por los hombros y poco a poco el herido se fue dejando caer hasta reposar de costado esperando la muerte.

Haber sido reconocido no le produjo ninguna inquietud. Ciertamente era posible que aquella aldea, como tantas otras, hubiese sido asaltada por su partida en el pasado.

—¡Vámonos! —ordenó Basoa—. ¡Aquí no hay nada útil!

Antes de que los bandidos partiesen, llamó con un gesto a uno de sus hombres.

—Este nos ha reconocido. No le queda mucho, pero si viniese alguien detrás de nosotros quizá podría dar noticia de que hemos estado aquí.

El bandido asintió, no necesitaba escuchar nada más para saber qué debía hacer. El anciano, con la mirada inquieta (se diría que era en los ojos el único lugar de su cuerpo donde le quedaba un poco de energía), parecía querer decir algo ahora que era consciente de que le iban a matar, pero no lograba articular palabra. Iba el bandido a desenvainar su espada para segar la vida del anciano cuando Basoa sujetó su mano.

—Aguarda, utiliza esto.

Basoa le dio su puñal. Entonces sintió que de nuevo le ocurría. Levantó la mirada hacia la copa del árbol en el que el infortunado viejo descansaba apoyado. Las ramas se agitaban violentas, enredándose unas con otras como si de sogas se tratasen. Aquella imagen y los sonidos que hacían crujiendo como si se astillasen estremecían al bandido. Su secuaz, en cambio, no parecía percibir aquella visión y aguardaba la señal de su jefe, que sujetaba con fuerza su mano sin dejar de observar a la copa del árbol.

—¡Hazlo ahora!

El hombre obedeció la orden sin variar la expresión serena de su rostro. El hierro, al hundirse en el corazón, despertó en el anciano un dolor inmenso que duró lo que dura un trueno en una tormenta; después le abandonó la vida.

Con una palmada en el hombro de su esbirro, Basoa le indicó que se podía retirar, permaneciendo él aún unos instantes observando la aterradora visión, hasta que esta fue decreciendo en intensidad para desaparecer por completo. Entonces extrajo el cuchillo del pecho del finado.

Azuzando sus caballos hasta ponerlos al galope y maldiciendo por no haber

hecho botín, los bandidos se alejaron retornando a su guarida ascendiendo por empinadas laderas pobladas de bosques, lugares por los que ningún hombre de bien se adentraría, pues eran parajes que decían estar poblados por bestias, lamias y por númenes malvados. Aunque era más fácil toparse con lobos, jabalíes y de vez en cuando con algún que otro oso. Pero incluso estas bestias, en opinión de los bandidos, parecían presentir a las claras que no era conveniente acercarse a aquel oscuro señor del bosque que era su líder, a Basoa.

Todo aquel territorio estaba coronado por un macizo montañoso que cumplía la función de una fortaleza natural, bien custodiada por la espesura de bosques en algunos puntos casi impenetrables.

Con la aparición de la primavera, se había vuelto a juntar el grupo, pues a la llegada de los inviernos los miembros de la partida retornaban a sus hogares provistos de su parte del botín recaudado en los meses que se mantenían operativos. Era ese uno de los momentos más peligrosos, pues aunque nadie les hacía sombra en todo el territorio de Vizcaya, e incluso en los alrededores, lo cierto es que no eran los únicos bandidos que operaban por la comarca, aunque nadie despertaba tanta inquietud en aldeas y caseríos como la partida de Basoa.

El cabecilla de la banda era proclive a operar con un grupo en torno a la docena, un número ágil para moverse con soltura y considerable al mismo tiempo como para levantar el temor en cualquiera de sus asaltos, siempre estudiados con meticulosidad.

Ahora eran diez, pues dos de sus miembros no habían vuelto esa primavera.

El grupo conoció por boca de alguno de sus integrantes que aquellos dos ni siquiera llegaron a sus casas y que sus cuerpos fueron hallados por sus familias cosidos a puñaladas, que alertadas estas por su tardanza en el regreso emprendieron su búsqueda.

Basoa dudaba en ampliar en algún miembro más el grupo. Algunos tenían hijos e incorporar a alguno de ellos tendría la ventaja de la confianza que otorga la sangre, pero por otro lado, eran estos, los hijos mayores, los que procuraban con su esfuerzo mantener o ayudar en lo posible a sacar adelante las propiedades de aquellos hombres que al terminar el invierno se dedicaban al bandidaje.

—De momento no incorporaremos a nadie más. Hay que tener claro qué está ocurriendo —sentenció Basoa al calor de la lumbre mientras calentaban un potaje de castañas junto al hogar de una desvencijada cabaña en las entrañas más tupidas de un bosque—. Debemos tener claro qué clase de conflicto se ha desatado.

—El herido —era Munio quien se dirigía a él sin dejar de remover la cena— habló de un ejército, de una invasión. Si no son musulmanes...

—Son asturianos, no hay duda. Supongo que dejar de tributar al rey ha tenido su consecuencia. Esperaremos a ver qué ocurre, pero la guerra, si es que la hay, no nos beneficiará en nada.

Los hombres empezaron a dar cuenta de la cena con avidez, asintiendo las palabras tanto de Basoa como de Munio, que de siempre habían sido la voz y el cerebro del grupo, el resto se limitaba a seguir sus indicaciones. Munio era de temperamento reflexivo y precavido. Basoa, aunque también era comedido a la hora de tomar decisiones, cuando se ponía en acción era imparable; en la lucha era una bestia desaforada que se ensañaba hasta el extremo con el adversario que, incluso vencido, su ferocidad y crueldad impresionaba tanto a sus víctimas como a los miembros del grupo. Años atrás se echó a los bosques y fue creando una partida de bandidos que atemorizaría a todo el territorio en muy poco tiempo. Munio llevaba con él unos cinco años y sin duda se podía asegurar que era lo más parecido a un amigo que alguien como Basoa pudiese tener.

Munio entendía los arrebatos de ira del líder, incluso en ocasiones había ocultado al resto de sus hombres las tropelías que había visto a Basoa cometer, sabedor de que incluso a ellos les resultarían punibles.

La edad del grupo se movía entre los veinte años del más joven y los treinta y cinco de Munio. Basoa rondaba la treintena, pero su aspecto enorme, corpulento, y su barba negra tan poblada que le cubría casi el rostro en su totalidad hacían imposible precisar su edad, revelando que bajo aquel aspecto brutal, efectivamente residía un alma feroz.

—Si esto dura mucho —prosiguió Basoa—, tendremos que variar nuestra manera de operar. Las aldeas estarán prevenidas por si les asaltan. Pondrán a buen recaudo sus bienes y permanecerán ocultos.

—¿Tú crees que es una invasión?

Basoa levantó la vista instando a Munio a que continuase.

—Es que estoy pensando en lo que has dicho de los tributos no pagados.

—Explícate.

—Una invasión debe irse asentando. Tomar una plaza y hacerse fuerte, para luego seguir avanzando por el territorio a conquistar y volver a hacer lo mismo.

—...Y eso no es lo que hemos visto.

—Exacto. Hemos encontrado la huella de ese ejército bien adentrado en el territorio y no parece que tras ellos permanezca una retaguardia.

—¿Una campaña de castigo?

—Eso creo. Simplemente con evitar la zona por la que se desplace esa horda podremos seguir con nuestro “trabajo”.

El tono empleado por Munio en su última frase hizo sonreír a más de uno. Era

frecuente escucharle antes de cualquiera de los asaltos del grupo impartir las “órdenes de trabajo” cuando trazaban un plan.

—Veremos lo que ocurre. Hasta ahora hemos operado siempre en un escenario de paz, hacerlo en uno de guerra es impredecible. Mañana haremos dos grupos. Tú irás por la costa y yo lo haré por los valles interiores. Avanzaremos según las circunstancias nos lo permitan para intentar trazar una visión amplia de todo lo que ocurre en el territorio. Al cuarto día nos reuniremos de nuevo aquí.

Munio asintió conforme y tras la cena, antes de retirarse a descansar, adjudicó tres turnos de guardia entre otros tantos hombres.

Pronto el sueño les atrapó a todos en el interior de la cabaña. Con el relevo del tercer turno de guardia Basoa, que llevaba un rato despierto tras una de sus frecuentes pesadillas, buscó calmar la inquietud que sentía saliendo al exterior de la cabaña. El centinela se volvió al presentir que se acercaba.

—Dame tu puñal.

El bandido dudó temeroso. La luz de la luna incidía directamente sobre el rostro de Basoa del que solo podía distinguir en medio de la oscuridad de su poblada melena y barba negra, dos ojos azules que centelleaban al reflejo del astro de la noche.

Obedeció a su jefe, incapaz de negarle nada. Basoa lo tomó y se alejó unos pasos del vigía.

Apoyado en un tronco tomó de su cintura su propio puñal y, asiéndolo por la hoja con una mano y en la otra el prestado, realizó una nueva muesca en su empuñadura.

—Regresa a descansar, yo concluiré tu guardia.

El bandido recibió de nuevo su puñal y sin decir nada volvió a su jergón.

Cuando se quedó solo caminó por entre el bosque hasta llegar a un claro en el que la luz de la luna se enseñoreaba arrogante esparciéndose por la pradera.

—Luz de los muertos —susurró el enorme bandido a la luna abriendo sus brazos esperando sentir la presencia de Gaeko⁵.

El señor de las tinieblas, que en su forma de lobo negro decían que se aparecía en bosques como aquel, nunca le había visitado; aun así, Basoa no perdía la esperanza de quizás una noche toparse con él y disputarle su puesto.

⁵ **Gaeko** (de la noche) en la mitología vasca es una representación invisible del dios de las tinieblas, aunque también podía adoptar la forma de algunos animales como un lobo negro, una lechuza, vaca u oveja. Es capaz de controlar los elementos, aunque nada puede hacer contra Mari, su señora.

Capítulo 6

Graciana había acogido al clérigo en su modesta casa. La tarde anterior apareció aquel joven desgarbado y de cara un tanto asustadiza que montaba un viejo caballo que caminaba muy despacio como si, al presentir que le restase poca vida, se la tomase con calma alargándola más.

No era amiga de novedades que la sacasen de su habitual rutina en su pequeña aldea de Abrisketa, que se reducía a cultivar un pequeño huerto, cuidar de un puñado de conejos y gallinas y sobre todo observar desde la distancia a veces, otras más cerca, lo que hacían sus vecinos de Fínaga.

Las dos aldeas estaban levantadas a media ladera de dos montes vecinos y separados por un escueto valle. No les separaría ni una milla en línea recta, pero desplazarse de una a otra aldea por aquello de tener que descender al valle y luego volver a subir era un camino bastante tedioso, especialmente si, pensaba Graciana, a quienes encontraría allí, los odiaba.

En cuanto Adelio se presentó y explicó los motivos que le estaban llevando a recorrer los territorios de Vizcaya y Durango, Graciana le ofreció su propio camastro y ella ya improvisaría para sí un jergón cercano al hogar. Su casa se dividía en una habitación y la cocina. Todo un lujo comparado como vivían otros, ¡como animales!, decía ella siempre que tenía ocasión.

Aquel joven rondaría algo más de la veintena. Graciana, por su parte, no estaba segura de sus años pero era consciente de que andaba más cerca de la cincuentena que de la cuarentena. Permanecía soltera y ahora que escuchaba a aquel muchacho imaginaba lo dichosa que habría sido de haber tenido un hijo como aquel que consagraba su vida a Dios.

Esa misma tarde mató un conejo para así honrar con una buena cena a su invitado. Adelio agradeció con desdén la cena. Sabía que aquello era un gran un gran esfuerzo para la mujer, pero ya se estaba acostumbrando a tales consideraciones por las gentes que le acogían en su ruta por el territorio para determinar sobre un mapa los lugares en los que aún se rendían cultos paganos y en un censo del número de personas que solían acudir a ellos.

Allí donde llegaba Adelio se repetía la misma historia, siempre había alguien dispuesto a informarle, normalmente movidos por resentimientos personales, por antiguos agravios de mala vecindad, despechos por amor o simple envidia. Casi nunca era porque sintiesen su fe amenazada por aquellos que bien se ocupaban de mantener sus credos en secreto.

—Aquí en Abrisketa solo vivimos dos familias y yo misma. Aunque no tengamos mucha relación y sus hijos sean auténticos diablos pues no paran de hacer ruido, le aseguro que aquí todos somos devotos cristianos. Tenemos una

ermita que hay que reparar, porque el tejado cada invierno se nos viene abajo, pero los hombres siempre prestan más atención a sus posesiones. Quizás ahora que usted está aquí, si les recriminase su actitud...

Adelio asintió conforme sin dejar de roer los trozos de conejo hasta dejar los huesos totalmente limpios de carne.

—En cambio los de enfrente, los de Fínaga —prosiguió Graciana— que también tienen una ermita como nosotros, la mantienen en muy buenas condiciones.

—Entonces son buenos cristianos...

—No se engañe, son los peores, ¡los peores!

—Algunos de estos templos fueron levantados sobre antiguas aras de culto pagano, para así liberar a estos lugares del peso maldito de la herejía. Si dices que son capaces de tener su ermita en mejor estado que vosotros y no les reconoces buena cristiandad, ¿no será acaso que les tienes envidia? Te advierto que tratar de engañarme te puede traer tan malas consecuencias como al peor de los paganos.

—No, padre, no —se excusó asustadiza la mujer—. ¡Esa es la trampa! Fingen ser lo que no son, de esa manera siguen profesando sus cultos en el mismo lugar que, como dice usted padre, lo hacían las gentes bárbaras que habitaban estos lares antes de que llegase el mensaje de Dios.

Adelio frunció el ceño, era posible que la mujer tuviese razón. Normalmente, en cuanto la iglesia “cristianizaba” un antiguo lugar de culto herético, las gentes lo iban asumiendo con el paso del tiempo, y si alguno no lo hacía se buscaba otros lugares para llevar a cabo sus ritos. Ese era el cometido de su periplo por todo el territorio, labor que llevaba desempeñando todo el invierno y que ahora, con la llegada de la primavera, esperaba concluir de manera más holgada.

Si aquellos, como decía la mujer, rendían culto pagano a escondidas sobre suelo sagrado, sería todo un hallazgo que le reportaría un gran aval para seguir progresando en su orden.

Diez años atrás, Adelio fue confiado a los frailes de Tabira, el núcleo de población más importante del territorio de Durango. Nada más morir su madre, en pleno salto de la niñez a la mocedad, su padre lo entregó a la iglesia con la intención de redimirse él mismo de sus pecados al consagrar un hijo al servicio de Dios. Juan de Arrázola había sido un guerrero toda su vida, la mayor parte empleándose como soldado de fortuna, al servicio tanto del reino de Navarra como de reyes asturianos, y en ocasiones también para Sancho de Estíguitz, el conde de Durango.

Al regreso de una de sus habituales empresas al servicio del rey navarro, a su hacienda en la aldea de Arrázola llegó con el tiempo justo de acompañar a su esposa en las últimas horas de su enfermedad. Algunos dijeron que ya regresaba

trastornado; en cualquier caso, fuera como fuere, el óbito de su esposa le sumió en un profundo abatimiento, manteniéndose encerrado en su casa durante semanas.

Se corrió la voz de que el peso de sus actos había hecho mella en su alma y se había vuelto loco. Así, un día se acercó a la vecina Tabira y sin demasiadas explicaciones entregó a los frailes todas sus posesiones, incluido su yelmo, escudo y espada, tomando como ropas unos hábitos de los propios clérigos y sin mediar palabra con su hijo le abandonó dejándole al cuidado de los frailes.

El prior le dijo a Adelio que su padre era un hombre terriblemente atormentado por sus actos y que a partir de ese momento buscaría lograr la expiación viviendo en soledad, empleándose en realizar obras para enaltecer a Dios.

El muchacho, al enterarse de que su padre le había dejado sin nada, solo le hizo una petición al prior: si su padre le había olvidado, si ni siquiera se había acercado a él tras estar más de dos años sin verle, tras haber perdido a su madre, si le dejaba a futuro sin ninguna posesión, le pedía humildemente que a partir de aquel día nadie se dirigiese a él como Adelio de Arrázola.

Además, el chico era consciente de que no sería la mejor carta de presentación a futuro que le relacionasen con el despiadado mercenario Juan de Arrázola, al que sus propias fechorías le habían vuelto loco.

Adelio de Tabira fue el nombre que adoptó para regocijo del propio prior que, a partir de aquel episodio, se desvivió en su educación. Era lo menos que podía hacer por el joven que ya no tendría más patrimonio que lo que llevase encima y lograrse para sí en el futuro, pues todos aquellos bienes que habría podido heredar de su progenitor obraban ya en poder de los frailes.

Se le instruyó en el arte de la escritura, las matemáticas, algunos conocimientos básicos de medicina y especialmente en el estudio de la fe. Sin otra perspectiva de vida que no fuese la clerical, su vida estaba encaminada a consagrarse a la causa de Cristo.

Tras la cena, Adelio puso sobre la mesa un pliego, un pequeño tintero, una pluma de ganso y realizó algunas anotaciones. Graciana le observaba admirando el trazo de las letras. De haber sabido leer habría entendido que todo lo que le había contado lo estaba transcribiendo, para que a futuro, si es que alguno de los informes que elaboraba sobre los lugares que visitaba se investigaba, aportasen la mayor información posible. Al terminar, rezaron juntos y se fueron a descansar.

Al alba le despertó, atravesando una pequeña ventana, un tímido sol de primavera. De buena gana se habría quedado recibiendo el tibio tacto del sol en su cara pero se moría de ganas de aliviar su vejiga.

Rodeó la casa y comenzó a orinar. Ciertamente a lo lejos se veía la aldea de Fínaga y a un lado de ella, en una pequeña planicie en mitad de la ladera, se

adivinaba la silueta de la ermita.

—Iremos a hacerles una visita —se dijo en voz alta. Al volverse descubrió a Graciana, que ya debía llevar un buen rato levantada y regresaba a la casa con un hatillo de leña.

—Buenos días, padre.

—Buenos días.

—Acabo de escucharle que va a ir de visita. ¿A Fínaga, verdad? Yo también hablo sola alguna vez.

Adelio eludió responder al comentario. Había algo en el tono lisonjero de aquella mujer que no le agradaba. Entró en la casa tras ella y, sentándose en un taburete a la mesa, aguardó a que Graciana avivase las llamas del hogar y le reconfortase con un caldo bien caliente. Al tiempo, la mujer le ponía al corriente de lo que acababa de enterarse.

—Una de las vecinas, la de la casa de abajo —le explicó haciendo señas—, me ha dicho que ha muerto uno de aquellos.

—¿De quiénes?

—De los paganos —respondió en un tono demasiado descarado a juicio de Adelio, como si se tratase una respuesta obvia—. El viejo ha amanecido tieso. Si tenía pensado hacerles una visita, es posible que ahora descubra cómo son realmente.

—Explícate sin rodeos.

Graciana percibió un claro reproche en la voz del joven, así que ofreció un tono más displicente, que a Adelio, reconociendo su fingimiento, le exasperaba aún más.

—Pues que no esperarán que ningún miembro de la iglesia se acerque por allí, ni ellos buscarán a nadie para celebrar un funeral cristiano.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque les conozco bien, padre, ya se lo dije. —Su voz aflautada estaba a punto de hacerle estallar de ira—. El muerto es el suegro de mi hermana.

—¿Tu hermana? Así que tienes allí familia.

—Una hermana, un cuñado, dos sobrinos...

—Y paganos todos, ¿verdad?

—¡Hasta el tuétano!

No era la primera vez que se encontraba con casos similares. Normalmente eran falsas acusaciones, especialmente las que se levantaban entre miembros de una misma familia, pero había algo en las explicaciones detalladas de Graciana que le despertaba interés. Hasta ahora no se había encontrado con

nadie que realizase sus ritos en el interior de un templo cristiano.

Terminó con el caldo hervido con las sobras del conejo de la cena y después salió con Graciana a buscar su caballo.

Como su anfitriona no tenía establo, lo había guarecido esa noche en la cuadra de unos vecinos. La mujer de la casa apareció tirando de las riendas del veterano animal. Adelio no fue capaz de evitar una mirada descarada a aquella mujer de unos treinta años que le pareció muy hermosa. En su juventud, el celibato se le mostraba como uno de los mayores retos a conseguir y no eran pocas las veces en que sentía sobre sí esa pesada carga. Por el gesto sonriente que hizo Graciana al despedirle, sospechó que había adivinado su turbación.

No tardó mucho en llegar. Tras sobrepasar la ermita descubrió la casa del finado unos metros más adelante al ver congregados a su puerta a una docena de hombres y mujeres, sin duda vecinos de la aldea que se avisaron entre sí al descubrir al clérigo que se acercaba a lomos de un caballo. Todos le recibieron con respeto, pero no encontró entre ellos ningún rostro amable.

—Lamento vuestra pérdida —pronunció en gesto lacónico al bajar del caballo—. ¿Quién es el fallecido?

—Es mi padre —contestó Jurdan, un hombre que no sobrepasaría en mucho la cuarentena.

—Mi nombre es Adelio de Tabira, y estando alojado de manera temporal en la casa de uno de vuestros vecinos de Abrisketa, me he enterado de esta trágica noticia. He venido a officiar el entierro.

Nadie contestó. Nadie que viniese de Abrisketa habría sido bien recibido.

—¿Dónde está?— inquirió al hijo del fallecido al tiempo que se acercaba a la entrada de la casa ante la que estaban reunidos el grupo de vecinos.

—Está dentro —respondió Jurdan.

Adelio pasó al interior sin esperar a ser invitado. Sus ojos tardaron unos segundos en hacerse a lo lúgubre de la estancia. El fallecido había sido depositado en un tosco ataúd. Se acercó con idea de alzar la tapa que lo cubría pero observó que había sido clavada. Llegaba tarde. Era común entre los practicantes de antiguas creencias religiosas, el introducir algunos elementos domésticos o personales del fallecido a modo de ajuar en las sepulturas. Comenzaba a considerar las palabras de Graciana, visto el agrio recibimiento que había tenido. De ser ciertas, la caja, además de contener el cuerpo de un mal cristiano, contendría otras alhajas que no estarían en consonancia alguna con la fe verdadera, su fe.

Frunció el ceño contrariado. Salió afuera buscando de nuevo al hijo que parecía en alguna manera ser el pariente mayor de todo aquel grupo.

—El ataúd está cerrado, debemos desclavarlo para aplicarle los santos óleos.

—No.

Adelio en ningún caso habría esperado una respuesta tan contundente. Tragó saliva y optó por adoptar una actitud comedida. No debía olvidar que el único cometido de su misión era recabar información, y eso es lo que iba a hacer. Además, las miradas que le dirigían los presentes no eran precisamente las de unos afligidos y piadosos feligreses.

—No tiene importancia, se puede oficiar el entierro de cualquier manera. Se trataba simplemente de cumplir con el ritual —argumentó para salir airoso de la situación.

—Gracias, padre, pero ha sido un momento muy triste el de cerrar el féretro. Especialmente para mi esposo y no quisiéramos volver a revivirlo.

Tomasi, la esposa de Jurdan, preocupada por el tenso ambiente que había despertado la llegada del cura, medió intentando evitar que este se sintiese retado y les instase de nuevo a abrir el féretro.

—Lo entiendo —mintió Adelio—. De camino he visto cómo un par de hombres terminaban de cavar una fosa tras la ermita. Cuando queráis podemos llevar a cabo las exequias.

—¡Todavía no! —sentenció Jurdan entrando en la casa y dando un sonoro portazo al cerrar la puerta tras de sí, lo que provocó que la *eguzkिलore*⁶, la flor de

⁶ *Eguzkिलore*, en lengua vasca la flor del cardo, que una vez seca se coloca en la puerta de entrada de algunos caseríos y casas como una representación del astro diurno desempeñando las mismas funciones místicas atribuidas al sol, ahuyentando a los malos espíritus, brujas, o a los genios de las enfermedades. Para entender mejor su significación, sirva esta pequeña leyenda popular, reflejada por la escritora Toti Martínez de Lezea en su obra *Leyendas de Euskal Herria*:

“Hace miles de años, no existían ni el sol ni la luna y los hombres vivían en constante oscuridad, asustados por los numerosos genios que salían de las entrañas de la tierra.

Los hombres, desesperados, decidieron pedir ayuda a la Tierra.

—Amalur (madre Tierra) te pedimos que nos protejas de los peligros que nos acechan.

—Hijos míos, me pedís que os ayude y eso haré. Crearé un ser luminoso al que llamaréis Luna. Y la Tierra creó la Luna.

Al comienzo, los hombres se asustaron y permanecieron en sus cuevas pero, poco a poco, fueron acostumbrándose, al igual que genios y brujas que también se habían atemorizado al ver aquel objeto luminoso en el cielo pero también se acostumbraron y no tardaron en salir de sus simas y acosar de nuevo a los humanos.

Acudieron una vez más los hombres a la Tierra.

—Amalur, te estamos agradecidos porque nos has regalado a la madre Luna pero aún necesitamos algo más poderoso, puesto que los genios no dejan de perseguirnos.

—De acuerdo, crearé un ser todavía más luminoso al que llamaréis Sol. El Sol será el día y la Luna, la noche.

Y la Tierra creó al Sol.

Era tan grande, luminoso y caliente que los hombres tuvieron que ir acostumbrándose poco a poco, pero su gozo fue grande porque, gracias al calor y a la luz del Sol, crecieron las plantas de vivos colores y los árboles frutales. Los genios y las brujas no pudieron acostumbrarse a la gran claridad del día y desde entonces solo pudieron salir de noche. Otra vez fueron entonces los hombres a ver a la Tierra.

—Amalur te estamos muy agradecidos porque nos has regalado la Luna y el Sol, pero al llegar la noche los genios salen de sus simas y nos acosan.

culto pagano que se clavaba en las puertas de las casas para protegerlas de los números malignos de la noche, se desclavase a causa del portazo, yendo a parar a los pies de Adelio.

Su instinto le empujaba a pisarla y deshacer sus pétalos secos bajo las suelas de sus sandalias, pero se refrenó de nuevo, consiguiendo disimular su total animadversión por aquellas costumbres.

Tomasi, un tanto azorada, le ofreció una nueva explicación. Al mirarla mientras se excusaba, descubría rasgos comunes con su hermana Graciana.

—No podemos aún porque nuestra hija ha ido en busca de su hermano que está trabajando en la ferrería, pues aún no lo sabe y era muy querido por su abuelo —pronunció señalando a lo lejos.

Si se escudriñaba bien a lo lejos se podía ver una pequeña estela de lo que sin duda era el humo de una *haizeola*.

Esa misma mañana, al poco de irse Peru a trabajar en su primer día como peón de Beltz, había amanecido muerto el abuelo. Kata tampoco estaba, la chica había bajado a buscar algo de carbón a la carbonera de Beltz y, cuando regresó, se encontró con la triste noticia. Una vez que se recuperó del impacto inicial, partió en busca de su hermano mellizo.

Anixe había comenzado a calentar un potaje de verduras cuando vio que llegaba Kata. La primera impresión al reconocerla a lo lejos fue de entusiasmo, recordando su anterior encuentro en el bosque, pero en seguida adivinó que algo malo había sucedido al comprobar que sus ojos estaban enrojecidos. Había estado llorando.

Kata puso a su hermano al corriente de la noticia, que aguantó estoicamente el tipo intentando adoptar una postura serena ante Beltz, pero tanto Anixe como Kata adivinaban que estaba totalmente abatido.

—Lo siento mucho, chicos, fue un buen hombre y mejor amigo. También fue ferrón hasta que sus espaldas le obligaron a cambiar de oficio —sentenció Beltz llevándose la mano a sus castigadas lumbares.

Los nietos conocían de sobra la historia, pero agradecieron que aquel hombre tan hosco en sus modales tuviese un recuerdo tan espontáneo hacia su abuelo.

—Deja la labor, Peru, ya me las arreglaré. Pero antes de partir comeréis. La comida está lista si mi olfato no me engaña, ¿no es así Anixe?

La muchacha asintió. Comieron los cuatro y, tras el almuerzo, a instancia de

Nuevamente, la Tierra les dijo:

—Voy a ayudaros una vez más. Crearé para vosotros una flor tan hermosa que, al verla, los seres de la noche creerán que es el propio Sol.

Y la Tierra creó la flor *Eguzkilore* (Flor del Sol), que protegería las casas de los malos espíritus, brujos, lamias, genios, de la enfermedad, la tempestad y del rayo."

Beltz, Anixe les acompañó, ya que él no podía abandonar el horno, encargando a su hija que ofreciese sus condolencias a la familia.

Poco rato después de haber hablado Tomasi con Adelio llegó la pareja de hermanos acompañados por Anixe, que apenas repararon en la presencia del cura, aunque este, en cambio, sí que los examinó con suma atención, especialmente a las muchachas.

Kata y Peru entraron en la casa. Anixe se quedó afuera hablando con otras mujeres. Adelio la examinaba con descaro sin que ella se percatase. Le llamó sobremanera la atención la blancura de su rostro solo rota por estar tiznada con un par de manchas de carbón. Destacaba entre el resto de mujeres la apariencia de su cabello, tan corto y tan rubio. Incluso aunque estaba algo alejado le asaltó la duda de que si aquellos ojos serían verdes o azules. Una muchacha con un rostro bellísimo pero de una talla superior al resto de las mujeres e incluso a la de algunos hombres. Entonces escuchó unos golpes huecos que provenían del interior de la vivienda. Se acercó con descaro para que su intuición le revelara que efectivamente estaban desclavando la tapa del ataúd. Seguramente los dos hermanos querían ver por última vez a su pariente. Si entraba de improviso seguramente descubriría aquello que intentaban ocultar. Estuvo a punto de hacerlo pero se refrenó, recordando cuál era su único cometido. Si aquellas gentes no abrazaban la fe como era debido, ya habría manera de “convencerles”.

Esa era siempre su querencia y motivo habitual de disputa con su prior y mentor también. “Es mejor convencer que vencer”, le decía, mientras el anciano fraile negaba alterando la construcción de la frase: “Vencer y después convencer”.

En cualquier caso era él quien iba a recopilar todos aquellos casos y después ya los reflejaría a su criterio para establecer las necesidades más apremiantes.

Encaminó sus pasos hacia la ermita, una construcción sencilla de planta cuadrada que no tendría más de diez pasos de lado. La puerta estaba abierta. Entró y un olor extraño le hizo ponerse en alerta.

—¿Qué han quemado aquí? —susurró.

Un extraño olor flotaba en el ambiente. No era el penetrante olor de la cera, tampoco incienso. Era alguna de esas hierbas que en ocasiones prendían al celebrar sus cultos. Sin duda con aquellas gentes había una ardua tarea que realizar, ni el sagrado suelo santo habían respetado para officiar sus ritos, como le había advertido Graciana. Le resultaba desalentador ver cómo aún se seguían manteniendo aquellas costumbres que sin duda condenarían a sus protagonistas al infierno.

Ante tales pensamientos, Adelio se abstraía en la imagen de los paganos ardiendo por siempre en las profundidades de las simas infernales. Entregarse a tales pensamientos despertaba un sentimiento de ahogo, casi de vértigo. El

concepto de eternidad, tanto fuese celestial como infernal, se le tornaba tan espantoso que al final se angustiaba. Entonces agradecía que volviesen a él pensamientos más reconfortantes, los mensajes de Cristo, del amor, del perdón y la reconciliación. Aquello también estaba ahí, en los sagrados textos, aunque la iglesia incidiese con más tesón en los pasajes más graves y terribles. Arrodillándose ante una peana que sostenía una pequeña talla de madera de la virgen, se encomendó a ella para rogarle que le hiciese soportar aquel agravio por el que estaba pasando.

Reclinado ante la imagen, percibió que alguien entraba en la ermita. Giró la vista a su izquierda y de reojo observó cómo una figura se reclinaba en posición de respeto ante la imagen de la virgen pero sin arrodillarse. Alzó como un resorte la vista a la talla de madera y observó extrañado que aquella no llevaba en brazos al pequeño Jesús. Se trataba de la imagen de una mujer, con un pelo largo y sin túnica que cubriese su cabeza. Una imagen muy poco común dentro de la iconografía cristiana.

Frunció el ceño ante la sospecha de que aquella talla camuflase en su identidad quizás otra idea. Contrariado dio por concluida su oración y se puso en pie. Al girarse observó a la nieta del difunto que con ojos llorosos permanecía con la cabeza agachada. En sus manos llevaba un pequeño ramo de flores.

Adelio salió al exterior, tras alejarse unos metros dudó y volvió sobre sus pasos. Asomándose curioso por el quicio de la puerta, vio a Kata repartiendo las flores alrededor de la imagen y pronunciando en voz baja una extraña plegaria de la que solo entendía un par de palabras.

—Señora Mari, señora Mari, señora...

Además de repetir esas dos palabras como casi una invocación, derramaba una pequeña porción de tierra que traía apretada y protegida en una de sus manos. Lo hizo sobre la peana en la que descansaba la talla de la madre de Dios, ¿o acaso no lo era?

La chica terminó su oración y se giró buscando la salida topándose de frente con Adelio, que la miraba con ojos inquisitivos. Ella le aguantó la mirada a través de sus ojos húmedos, que centelleaban como la llama de una vela el color miel de sus retinas.

Se atusó la melena negra. En un gesto de impaciencia hizo el ademán de irse. Adelio se echó a un lado permitiéndole pasar y volvió su mirada al interior buscando la talla de madera. No había reparado en los tonos ocres que la ornaban, ni en el color negro de la melena de la imagen. Giró su vista atrás, buscando a Kata que, como si presintiese que alguien la observaba, se giró hacia Adelio, que se deleitó contemplando su hermoso rostro convencido ahora de que era el mismo de la imagen de madera.

Poco tiempo después se congregaron familiares y algunos vecinos del finado

alrededor de la fosa. El ataúd ya estaba en su interior. Todos con la cabeza gacha y gesto grave esperaron a que el sacerdote oficiara el acto. Al tiempo, Adelio imploraba a Dios para entregar aquella alma. No podía evitar pensar en las intenciones del resto de los allí congregados, ¿a quién se lo estaban entregando ellos?

El cementerio estaba en campo abierto, a unos metros de la ermita, en la curvatura que la ladera de la montaña hace en una de sus vertientes para precipitarse al fondo de un valle poblado de hayas y robles. Apenas se distinguían dos o tres enterramientos señalados con cruces, pero sin duda por los túmulos que formaba el terreno había más, muchos más.

Tras las exequias se recluyó de nuevo en el interior de la ermita. Notó al poco que el rumor de voces cesaba y los congregados se iban en dirección a sus casas.

Salió en busca de su caballo, que pastaba por las inmediaciones. Silbó fuerte y el animal acudió lento a la llamada de su amo. Adelio acarició su testuz, adoraba a aquel animal. Sospechaba que una vez que él se hubiese ido realizarían algún tipo de rito. Ya sobre la grupa del animal, al doblar por detrás de la ermita, volvió a ver a Kata que esta vez depositaba unas flores a los pies de un manzano seco, retorcido en su tronco y en sus ramas, que como una silueta siniestra de forma humana alzaba sus ramas como si de brazos se tratasen hacia el cielo, recortándose su silueta espectral sobre el cielo gris.

Discreto, hizo adelantarse al caballo. En su base, el tronco se abría mostrando una profunda oquedad: era ahí donde Kata acababa de depositar un ramito de flores similar al que ofreció a la talla de madera en la ermita. Adelio descubrió pequeños guijarros que se distribuían por toda las ramas allí donde fuese posible sostenerse, piedras lisas y ovaladas del río sin ninguna duda a tenor de sus formas. En esta ocasión la joven sí que se giró sorprendida.

—Vaya, parece que te he asustado.

Kata, recogiendo la túnica para caminar con más agilidad, emprendió el camino de regreso a casa.

—Dime ¿qué hacías?

No respondió y continuaba alejándose.

—Te he hecho una pregunta.

Adelio sobrepasó a la joven cerrándole el camino con su caballo. Ahora sí que ella le lanzó una mirada retadora. Su madre y su abuela le habían prevenido bien acerca de cómo comportarse y no disputar con los que no eran como ellos, especialmente si eran miembros de la iglesia. Pero estaba con el ánimo hundido y todo su pesar se transformó en rabia en ese instante. Aún se sentía muy dolida por haber sido interrumpida en su ofrenda al árbol, que con su apariencia retorcida y llena de curvas adoptaba la forma de la Dama. Lamentaba su falta de

previsión al no haber comprobado que, como sospechaba, el cura ya se había ido y no permanecía husmeando por los alrededores.

—Ponía flores a la señora —contestó altiva.

—¿A nuestra señora quieres decir?

—Sí claro, a nuestra señora. ¿A quién si no?

Adelio sabía a quién se refería, consciente de que en su futuro informe no pasaría por alto aquellos gestos paganos.

—Y dime una cosa, ¿por qué está ese árbol cargado de piedras?

—Costumbres.

—Ya. Costumbres, claro. Nunca lo había visto. Me pregunto: ¿qué objeto tiene eso? ¿Las has puesto tú?

Kata suspiró profundamente. Su rostro se relajó y Adelio quedó atrapado por la belleza de las facciones de su cara y de su cuerpo, que ahora, gracias a un repentino viento que se había levantado, ceñía su túnica mostrando con total descaro la silueta armoniosa de sus formas. Apareció de repente en él ese maldito desánimo que en ocasiones, sin su control, le asaltaba de improviso para recrearse en la formas de una mujer.

Deseoso de marchar de allí, su caballo, por esa extraña conexión que a veces tiene el animal con su dueño, presintió cierta inquietud en su amo poniéndose tranquilamente en marcha y despejando el camino a la muchacha.

—No las puse yo. Lo hizo mi abuelo.

Kata desapareció por la estrecha vereda sobre la pradera que la encaminaba a su hogar. En sentido contrario, Adelio emprendió la marcha posando su vista en aquel tronco retorcido de forma de mujer que se alzaba como si protegiese o quizás amenazase a la ermita. Se supo fuera de lugar entendiendo que aquel paraje no era terreno aún cristianizado, aunque una ermita lo coronase; sin duda, tenía mucho trabajo por delante.

Pasó el resto del día recorriendo los alrededores. Visitó una aldea aún más pequeña de nombre Buiana, que estaba muy cercana a una ferrería. Rodeó la montaña en la que se levantaba Fínaga por su base terminando en una vega pantanosa a la que denominaban Padura.

De vez en cuando dirigía la mirada a las ruinas que coronaban lo alto de la montaña: parecían los restos de un antiguo poblado. En cualquier caso, el caballo estaba demasiado mayor para hacerle subir hasta la cima. Al caer la tarde regresó a Abrisketa. Graciana en esta ocasión había matado una gallina, elaborado caldo en abundancia y guisado la carne del ave. Incluso la mujer se las había ingeniado para conseguir dos cuartillos de vino. El precio a tales atenciones fue acosarle a preguntas sobre todo lo que había encontrado en

Fínaga. Al principio le correspondió dándole algunos detalles sin importancia, sin duda nada que ella no supiese. Después, su insistencia en saber qué iba a hacer le hizo cambiar de actitud mandándola incluso callar.

Tras la cena se tumbó sobre su jergón dejando volar la imaginación y deleitándose en el recuerdo de Kata, pues así había escuchado que la llamaban los suyos... ¡Kata!

El vino consumido le relajó buscando en el sueño el refugio para una tormenta que intuía que comenzaba a fraguarse en su alma.

Capítulo 7

Desde que partiesen de Oviedo tres semanas atrás al mando de algo menos de tres mil hombres, habían tenido tiempo de ir conociéndose más en profundidad. En opinión de Froila, era más probable que Bermudo se hubiese dejado arrastrar en la trama conspiratoria que haber sido uno de los artífices. En cualquier caso ya daba igual, el infante había demostrado en las semanas compartidas su valor en combate, trazando estrategias e impartiendo órdenes con buen criterio.

Durante las primeras jornadas recorriendo la tierra de nadie en dirección hacia el este no obtuvieron demasiada resistencia, tan solo un par de escaramuzas y la seguridad de que las fuerzas musulmanas, dispersas a lo largo del territorio despoblado que separaba a ambos mundos, el cristiano y musulmán, eludían el combate ante las noticias que les llegaban de que un fuerte contingente enemigo se aproximaba. Aquella tranquilidad terminó al sobrepasar los condados de Castilla y Álava. Fue entonces cuando debieron emplearse a fondo en recuperar las plazas de Cenicero, Haro y Brunes⁷.

Mucha más sangre enemiga que propia derramada y un buen botín como premio, incluido el cautiverio de un par de caudillos enemigos que aguardarían encerrados en espera de obtener por ellos un succulento rescate, convertía a aquella campaña en un éxito.

Unos trescientos soldados propios habían causado baja entre muertos y heridos. Froila estimaba que sería conveniente acantonar allí no menos de un millar y medio de hombres antes de regresar a la corte, para que aquellas plazas no retornasen a manos de los infieles, pero eso no sucedería todavía, antes debían partir al norte y castigar la insolencia de los vizcaínos.

No hacía mucho que fue preso y recluido en una lóbrega mazmorra en Oviedo

⁷ Brunes, actualmente Briones (La Rioja).

el conde alavés Zenón, por acaudillar una revuelta en Vizcaya. No satisfechos los vizcaínos con negarse a tributar los impuestos que a juicio del monarca asturiano le debían, conformaron una tropa dirigida por el osado Zenón que penetró por el oeste, hacia la Tresmiera⁸, avanzando por la costa y haciendo botín por aquellos lugares que pasaban.

Finalmente derrotado y preso, se hizo llegar a los vizcaínos desde la propia corte asturiana la falsa noticia de que Zenón había muerto en prisión.

El rey Alfonso pretendía derrotarle por medio del cautiverio, que se aviniese a ser leal a la corona y después le restituiría en sus cargos. Si se lo ganaba para sí, el “problema del este” como solía decir su padre el rey Ordoño refiriéndose a los vizcaínos, pasaría a un segundo plano y podría ocuparse con total dedicación a ir ganando tierras a los musulmanes afianzando así la frontera al situarla cada vez más lejana hacia el sur.

De nuevo los vizcaínos permanecían en rebeldía y no tributaban al rey; era pues hora de dar un escarmiento y de situar definitivamente las cosas en su lugar.

Unos dos mil hombres abandonaron Brunos con Froila de Onís y Bermudo Ordóñez al frente. Los aproximadamente quinientos que quedaron como guarnición no lo hicieron muy a gusto. Aquellos que iban a Vizcaya soñaban con aumentar el peso de sus bolsas. Asolarían en lo posible el territorio vizcaíno haciendo todo el daño posible rapiñando aquello que pudiesen transportar. Una vez concluida la empresa no permanecería guarnición alguna en territorio vizcaíno, considerando más importante proteger la frontera del sur.

Era preciso que Froila y Bermudo encontrasen puntos de acuerdo a la hora de compartir la bicefalia de las tropas, ya que si bien no había habido problema para ellos hasta el momento, a la hora de encarar el asunto de Vizcaya habían surgido puntos de divergencia.

Froila optaba por entrar en el territorio a través de Orduña y, tras asolar aquel enclave, avanzar hacia el norte arrasando todo lo que encontrasen. Bermudo no contemplaba tal idea con agrado, argumentaba que era la misma estrategia que habían usado tanto su padre como su abuelo en incursiones pasadas y que era conocedor de algunos problemas que se les presentaron. Repetir por tercera vez la misma operación no era inteligente. Entrarían en Vizcaya siguiendo el curso del río Cadagua al suroeste del territorio y avanzarían erráticos siendo impredecibles en su avance.

Froila no fue capaz de negarse a comandar aquella fuerza ante la insistencia de Alfonso, después de que él mismo le sugiriese poner al frente a su hermano

⁸ Tresmiera, la Merindad de Tresmiera, situada entre los ríos Miera y Asón en la zona oriental de Cantabria, fue una comarca reconocida geográficamente y administrativamente en documentos del siglo IX.

para rehabilitarle de cara al reino tras su traición. Sabía que el rey quería tener al frente de tan elevado número de hombres a alguien de su total confianza, por eso no mostró el más mínimo inconveniente a los deseos del monarca, pero ahora, ya que las incursiones contra los musulmanes habían tenido éxito, aquella se le antojaba una misión menor. Al final claudicó ante la propuesta de Bermudo, pues este ya se había pronunciado ante algunos oficiales y no quiso contradecir las indicaciones del hermano del rey, aunque este hasta hacía bien poco hubiese sido considerado uno de sus mayores enemigos.

Remontaron el curso del Ebro, después se desviaron al norte atravesando el valle de Mena para dirigirse a Vizcaya.

Allá por donde pasaban la desolación era total. Casas incendiadas, aldeas arrasadas y las vidas de aquellos que no rendían vasallaje o que mostraban resistencia eran segadas de cuajo. El pánico se fue extendiendo por el territorio a medida que iban avanzando. Para los lugareños era imposible hacerles frente, impredecible saber qué ruta seguirían a la jornada siguiente pues se adentraban incluso en los valles más recónditos haciendo entender a sus habitantes que eran capaces de llevar el horror a todos los lugares. Los vizcaínos, por su parte, poco más podían hacer que prevenirse unos a otros tocando cuernos o prendiendo hogueras de alerta en las cumbres más altas del territorio.

Llevaban ya diez días asolando el territorio cuando por fin vieron el mar.

Apenas habían sufrido bajas significativas, incapaces los vizcaínos hasta el momento de organizar una buena defensa. La estrategia sugerida por Bermudo se mostraba eficiente e implacable.

—¡El mar, Bermudo! —exclamó Froila satisfecho señalando a lo lejos.

—Llevo oliéndolo ya un rato. Allá abajo —indicó Bermudo señalando por la ladera que descendían—, está la villa de Bakio, un buen lugar para volver a hacer botín.

—Sobre eso te quería hablar. Habrá que ir sopesando ya la idea de cómo dar fin a esta misión y la manera de emprender la retirada.

—Aún es pronto, Froila. ¡Fíjate en el gran botín que estamos haciendo! Se van a arrepentir mucho estos de no haber cumplido con sus tributos al rey.

—Realmente nos haremos con bastante más de lo que el rey habría recaudado de haber tributado estos desdichados como debían, pero no conviene tentar demasiado a la suerte. Hasta ahora hemos operado con mucha facilidad, pero ten en cuenta que apenas hemos logrado encontrar resistencia.

—¿Y qué esperabas encontrar? ¿Un ejército acaso?

—¿Y por qué no?

—Pues porque no existe, al menos organizado como tal.

—Pero llevamos ya diez jornadas de operación y las noticias se habrán extendido, es probable que organicen algún tipo de resistencia. Los hombres que podrían hacernos frente no lo han hecho, se han cuidado mucho de no toparse con nosotros, no creo que solo pensasen en huir.

Bermudo chasqueó los dientes.

—Froila, mira tras de ti. ¡Son casi dos mil soldados! ¿Qué ejército van a improvisar para enfrentarse a nosotros? Recuerda el gran número de bajas que sufrieron en su última derrota y valora la experiencia de nuestros hombres. En todo el territorio de Vizcaya sus pobladores no excederán en mucho de las nueve mil almas, eso incluyendo mujeres, niños, ancianos... Por mucha voluntad que pusiesen no serían más que un puñado de incautos voluntariosos.

—No tengo dudas sobre nuestros hombres. Los musulmanes a los que nos hemos enfrentado son un enemigo muy complicado y taimado. A pesar de ello les hemos provocado muchas bajas y expulsado más hacia el sur, pero nos hemos internado en el corazón de un territorio poblado, no en tierra de nadie, y estamos a muchas leguas y jornadas de territorio “amigo”. Hay que contar con todos los factores, Bermudo, y no tentar a la fortuna.

—En serio que pareces preocupado —le contestó el infante con una sonrisa, pues entre ellos ya se había roto el halo de desconfianza de las primeras jornadas—. ¿No ves que no han organizado una mínima defensa? Lo que no acabo de comprender, y quizás de ahí vengan tus dudas, es por qué han sido tan osados e inconscientes.

—Tú lo has dicho, de ahí vienen dudas y no lo acabas de comprender. Se trata de adelantarnos a lo que pueda suceder y ser previsores. Los mayores fracasos en la guerra han venido siempre del exceso de confianza.

—En fin... ¡ya hablaremos de ello! Ahora vamos a ganarnos el pan del día.

A lo lejos se divisaban algunos tejados dispersos por una ladera. El humo de las chimeneas ascendía en columnas tiñendo de blanquecino el azul intenso de una mañana primaveral. Los dos mandos de aquella fuerza implacable repartieron las órdenes a sus oficiales, y estos a la tropa.

La caballería cargó al galope con las espadas desenvainadas, las puntas de las lanzas cortando el aire señalando el camino a seguir a sus monturas. La aldea de Bakio apenas comenzaba a retomar su actividad habitual tras el amanecer, cuando la guerra se presentó a la puerta de sus casas.

• • •

Llevaban dos días siguiendo en la distancia al ejército asturiano. Munio y los cuatro hombres que le acompañaban sabían moverse ágiles y cautos por la espesura de los montes. Con la seguridad de aquellos que se saben protegidos, observaban desde una distancia prudencial los movimientos erráticos de aquella

horda. Munio se lamentó en varias ocasiones del cielo con el que actuaban los soldados.

—¡No dejarán nada! ¡Malditos sean! Roban, matan y queman. Como no ponga alguien freno a esto me temo que tendremos que cambiar de zona para operar.

La noche anterior, aprovechando que el ejército no se pondría en marcha hasta el alba, decidieron adelantarlos. Rodeando por otro valle ganaron la suficiente altura por las montañas, y por el cordal que estas describían se acercaron a la costa. La luna iluminaba la senda a seguir, y al descubrir su brillo sobre el mar atisbaron la villa de Bakio, donde sus habitantes ya descansaban. Sin ningún sigilo cabalgaron hasta las primeras construcciones. Los ladridos de los perros alertaron en las viviendas a los que buscaban el sueño. Los gritos que Munio y sus acompañantes profirieron despertaron a toda la villa.

—Alerta, alerta, ¡despertad!

Un nutrido grupo de hombres y mujeres se fue conformado en su alrededor, con gran desconfianza, quien más quien menos portaba una espada, una lanza o cualquier apero como horcas que pudiesen servir de defensa.

Munio, cuando vio que era rodeado por un ya numeroso grupo, habló alto poniéndoles al corriente de todo lo que habían visto, sin omitir ninguno de los detalles más escabrosos. Algunos dijeron que algo habían oído sobre asaltos de los asturianos pero los suponían bastante más a al sur. Ni por asomo se imaginaban que estuviesen a las puertas de sus casas. El temor corrió entre los reunidos discutiendo a la luz de las antorchas qué determinación tomar. Ante las voces que abogaban por tratar de realizar algún tipo de emboscada, Munio consideró que debía intervenir.

—Creo que no me habéis entendido. Son dos mil hombres y en esta aldea seréis... ¿cien? ¿Ciento cincuenta? Ya podéis echar a correr y esconderos bien. No tenéis apenas tiempo. Poned a resguardo vuestras vidas y olvidaos de aquello que no podáis llevar encima.

—¿Y vosotros quiénes sois? ¿Por qué venís a avisarnos? —cuestionó entre el gentío la voz de una joven, despertando un murmullo de desconfianza. La intención de que saliesen corriendo y después tener Munio y sus camaradas tiempo de hacer algo de botín se esfumaba como la quimera que era. Aun así había un segundo plan algo más expeditivo. Uno de los bandidos tomó una de las antorchas de manos de una mujer para iluminar bien a Munio y que todos le observasen con claridad.

—Os alerto por dos motivos básicos. El primero es por humanidad. Uno, que tiene en su haber muchos crímenes —rio socarrón—, espera que con esto quizás el buen Dios el día que me tenga ante Él para juzgarme tenga en cuenta reconocer que una noche hice algo por los demás, que no es otra cosa que salvar vuestras vidas, que os aseguro son necesarias para nosotros. El segundo es por

pura conveniencia, ¡miradnos bien! Mi nombre es Munio y todos nosotros somos integrantes de la partida de Basoa. Supongo que os sonará ese nombre.

—¡Bandidos! —exclamó una joven desatando el rumor entre todos.

—Tú lo has dicho, bandidos, y lo cierto es que esos soldados se han convertido en un gran contratiempo para nuestras bolsas.

Ágil se inclinó a un lado rodeando con su fuerte brazo por el talle a la muchacha que les había reconocido. Espoleando levemente al caballo y tirando de ella logró subirla a lomos del animal con él. Previsible ante su resistencia, la sujetó por el pelo poniendo el filo de una daga en su cuello.

Desconcertados por aquella reacción todos dieron un paso atrás. Munio reculó unos pasos con su caballo.

—Ahora mismo vais a llenar esa bolsa. —Uno de los salteadores arrojó una bolsa de cuero al tumulto—. La quiero repleta de monedas, así que aflojad los sólidos que tengáis, los dineros y también los tremises. Favor por favor, os hemos alertado con tiempo para que salvéis la vida y a cambio nos ganamos el pan. ¡No es mal trato!

Un hombre se abalanzó sobre los caballos, pero rápidamente otros le sujetaron: se trataba del padre de la joven.

—¿Pero qué hacéis? Soltadme, somos más que ellos. ¡Podemos aplastarlos!

La confusión reinaba entre todos, también entre los hombres de Munio, que parecía ser el único que mantenía la calma.

—No seáis imbéciles. Llenad esa bolsa con dineros y nos iremos de aquí; si no, le corto el pescuezo y os aseguro que no será la primera vez que me lleve por delante la vida de una inocente. ¡Llenad la bolsa y nos iremos! —Munio hizo un gesto con la cabeza y sus hombres empezaron a hacer retroceder a sus caballos lentamente hacia la entrada al pueblo. Él hizo lo mismo al tiempo que seguía impartiendo órdenes desde su montura—. Nos retiramos a las afueras, si observamos que alguien se acerca, la matamos, si intentáis burlar mis órdenes... la matamos. Apresuraos en llenar la bolsa.

No fue fácil llenarla. Muchos se excusaban con que no tenían dinero lo que provocó algún que otro tumulto y más de un puñetazo. En seguida el padre de la muchacha se puso al frente de un grupo que iba recogiendo todo lo que encontraban en las bolsas que cada uno portase, o en las casas que incluso asaltaban para ofrecer un rescate por la vida de la joven. Llegó un momento que incluso estuvo a punto de dar muerte a uno de sus vecinos que le negaba un solo tremís. Pasado un rato, el padre de la chica se acercó a las afueras de la aldea gritando a los jinetes que retenían a su hija. Uno de los bandidos adelantó su caballo y recogió al aire la bolsa que el padre, rojo de ira, le arrojó.

—Ya tenéis lo que queríais, ¡ahora soltadla!

—¿Qué hay en la bolsa? —cuestionó Munio al que la había recogido y que estaba comprobando su contenido iluminado por la antorcha que portaba otro jinete. Frunció el ceño, la cerró y se la ajustó a la cintura.

—Algo más de media bolsa...

Munio hizo un gesto de desaprobación al hombre.

—¡No hemos podido juntar más! —se excusó sin apartar la mirada de su hija.

—Ya he oído el tumulto —le interrumpió Munio—. En fin, no parece justo que la vida de esta preciosidad valga solo media bolsa, pero por lo visto corren malos tiempos. No te culpo por ello.

Munio liberó a la chica de la presión de sus brazos, permitiéndole descabalgarse. Al poner pie en tierra echó a correr hacia los brazos de su padre, que la recibió entre suspiros.

—Olvidad esto, no merece la pena lamentarse —les ordenó Munio—, y ahora haced lo que os he dicho, corred para salvar vuestras vidas porque los que llegarán al alba no serán tan piadosos como nosotros.

Los jinetes espolearon a sus animales poniéndolos al galope. En un instante desaparecieron en la oscuridad internándose en los bosques cercanos.

El hombre se acercó a recoger la tea encendida que habían arrojado al suelo antes de emprender la huida, iluminando con ella el rostro de la joven, ávido por comprobar si había sufrido algún daño.

—Estoy bien —le respondió la chiquilla—, no me ha hecho nada, solo me ha tenido sujeta muy fuerte.

—Pequeña, habrás pasado mucho miedo.

La chica asintió abrazándose con más fuerza aún a su padre.

—Tranquila, ya pasó todo. El hombre se separó de ella para mirarla a la cara al comprobar que negaba con la cabeza—. Que sí, que ya se han ido, no temas.

—No es eso, es lo otro. Lo que han dicho de ese ejército debe ser cierto. No paraban de hablar de ello.

—Es posible.

—Hagamos caso, padre, y vayámonos de aquí.

El hombre asintió conforme. De regreso a las casas, algunos les salieron al paso a reconfortar a la joven, otros, resentidos por haber tenido por las buenas o las malas que aportar dinero para el improvisado rescate a la joven, se habían refugiado en sus casas. Muy pocos hicieron caso de las advertencias de los bandidos, a pesar de que la chica les relató lo que les había escuchado mientras la tenían retenida.

—Esos aún esperan a que nos larguemos para entrar después a placer en

nuestras casas. ¡Confiar en la palabra de unos ladrones! Lo que teníamos que hacer era organizar su búsqueda y colgarlos de un árbol.

Comentarios similares estaban en boca de todos los que hicieron caso omiso al consejo de Munio.

Poco antes del alba, un par de docenas de vecinos cargados con sus pertenencias más elementales sobre sus hombros y carretas, abandonaron sus casas. Enfilando la empinada senda que bordea la costa en dirección a Bermeo, volvieron la vista atrás al llegar al punto más alto desde donde se deja de ver el pueblo. Con los pelos como escarpas, comprobaron cómo un ejército cargaba al galope contra la villa que aún no se había despertado.

Capítulo 8

Desde lo alto del acantilado, Lope se deleitaba contemplando las olas que rompían furiosas contra aquel peñón de tierra desgajado del continente que en las bajamares volvía a él cuando emergía un angosto istmo conformado por rocas desprendidas del acantilado y otras arrastradas por el oleaje.

En su memoria aún perduraba el recuerdo de cuando estuvo sobre aquel lugar. Tendría siete u ocho años cuando con sus padres ascendió por la agreste pendiente del islote para ofrendar en su cima oraciones a la Dama y rogarle por que conociese un hermano, pero eso nunca sucedió. Naturalmente, él no sabía que las complicaciones que tuvo su madre tras su alumbramiento fueron las culpables de que perdiese la fertilidad, ni que su padre se castigase con el credo de que Sugaar, además de desposeerle de la paternidad de su hijo, convirtió en estéril a su esposa para que ya no pudiese engendrar en ella.

Había prometido a sus padres regresar al día siguiente con una respuesta. En aquel lugar esperaba encontrar reposo para vislumbrar en su mente el sendero por el que debería discurrir su vida a partir de entonces y conceder en un nuevo compromiso de matrimonio, pues con solo veintidós años de edad, Lope ya llevaba uno de triste viudez.

Íñiga permanecía en su mente a todas horas. Le resultaba incomprensible cómo una mujer que aún no había llegado a la veintena podía contraer un mal como aquel e ir apagándose lentamente. Algunos lo achacaron a que había sido la pena producida por el cautiverio y la segura muerte de su padre, el conde Zenón, en alguna lóbrega mazmorra asturiana, pero Lope sabía que las dolencias se le habían declarado poco antes de que su irreducible suegro fuese hecho prisionero.

Su matrimonio fue un acuerdo entre las dos familias; lo que ocurrió es que

tanto Íñiga como Lope se enamoraron, algo tal vez inusual en un enlace pactado.

Zenón emparentaba de esa manera con uno de los más destacados nobles vizcaínos, como era Lope Fruiz, el señor de Busturia, y al tiempo con un descendiente del linaje mac Ailpín que gobernaba el reino de Alba. Anteriormente Zenón ya había logrado que otra hija suya, Toda, contrajese nupcias con el rey navarro.

La ausencia de Zenón dejó descabezado el gobierno de Vizcaya, lo que limitaba una ágil respuesta a los saqueos que padecían por parte de los soldados del rey. Es por ello que un puñado de nobles y parientes mayores del territorio determinaron que harían frente a la agresión, pero eso no sucedería ese mismo día y Lope tenía otros asuntos en su cabeza. A media tarde enrolló un par de mantas, tomó un pequeño odre con agua acomodándolos sobre el lomo de su caballo al tiempo que lo ensillaba y partió al galope en dirección a aquel escarpado lugar batido incesantemente por la furia del mar.

La estampa del joven Lope cuando cabalgaba era ciertamente espectral. Dos años antes fue su bautismo en combate participando en las mismas refriegas que mantuvo su suegro con los asturianos antes de caer cautivo. La fiereza de Lope no pasó desapercibida ni entre propios ni entre sus enemigos. En la maraña ocre y gris que era la masa de hombres y caballos que combatían cuerpo a cuerpo, la imagen de aquel caballo blanco con un jinete que destacaba entre todos por el refulgir plateado del peto de su armadura, causaba inquietud con solo sostenerle la mirada. Sus largos cabellos al viento, de un rubio casi cano, parecían jirones desgarrados de la vela de un navío desarbolado en una tempestad. Su túnica blanca salpicada en gotas de sangre enemiga, su tez pálida casi cadavérica, acentuaban su albina figura en medio del caos del combate.

A pesar de la perfilada barba tan clara como sus cabellos, su rostro revelaba una barbilla y unos pómulos extremadamente acentuados que parecían intentar emerger rasgando la tersa piel de su cara para que así la calavera que se escondía bajo su cara quedase al descubierto. En contraposición a ese inquietante aspecto, Lope poseía unos ojos tan negros que conferían la sensación de tener la oquedad de sus cuencas vacías.

En esa mirada, su padre encontraba la misma que Sugaar en forma de serpiente le ofreció cuando yació por primera vez con su esposa.

En su descenso del acantilado constató que había alguien realizando algún trabajo en la cima de aquel peñón que parecía flotar sobre el mar como un barco amarrado a tierra.

Una vez abajo se encontró en una desangelada playa de rocas en la que hubo de desmontar para evitar que el caballo trastabillase por algún mal paso entre tantos cascotes desprendidos del acantilado y que las olas batían y removían unos contra otros en una danza sin fin.

En uno de los extremos de la playa, aprovechando una oquedad en la pared del acantilado, se mantenía en pie, desafiante a todas aquellas inclemencias, una pequeña cabaña. Próxima a esta, una mula atada con una soga larga para que se pudiese mover con soltura, pastaba en una pequeña porción de pradera que rodeaba la mísera construcción. Allí Lope soltó a su caballo.

Abrió de un puntapié la puerta de la cabaña no encontrando dentro gran cosa, un par de camastros, unos platos sucios sobre una mesa sin recoger, algo de ropa tirada en un rincón que parecían hábitos de monje y una gran cantidad de herramientas. Salió afuera, se ajustó a su espalda en un petate las mantas y el pellejo de agua y no pudo evitar dedicar unos instantes a observar la ira de las olas contra todo aquel entorno.

Justo frente a él comenzaba el pequeño istmo para acceder al islote. Este paso no era otra cosa que un montón de piedras arrastradas por los fuertes oleajes que se habían acumulado sobre las rocas que surgían de las propias aguas.

El recuerdo de aquel lugar cuando lo visitó en su niñez con sus padres era diferente, era verano, el mar estaba en calma y la marea muy baja.

Ahora el continuo batir de las olas le hacía temer ser arrastrado por ellas. Al llegar a la mitad del paso observó aliviado una aparatosa pero útil pasarela, lo que le permitió completar el paso sin mayor contratiempo a la base del islote. El desnivel a salvar era de casi cien metros. Alzó la vista buscando la cima pero quedaba oculta por la curvatura de la pendiente. Ante él comenzaba una empinadísima senda con abundante gravilla. Le resultaba casi increíble que hubiese estado allí con sus padres siendo un niño, aunque tenía el vago recuerdo de que lo hizo sobre las espaldas de su progenitor. Comenzó el ascenso ayudándose de unas sogas que, bien dispuestas en los lugares más complicados y sujetas al suelo por estacas, permitían sujetarse y no caer al vacío. En los lugares que la roca lo había permitido, aparecían esculpidos algunos escalones. Ciertamente su tío se estaba tomando muy en serio habilitar un acceso hasta la cima.

A pocos metros de la cima reconoció su voz.

—¡Alto ahí! ¿Quién eres y qué has venido a hacer aquí?

Lope alzó la mirada descubriendo a un par de frailes. Uno de ellos era enorme, tanto a lo alto como a lo ancho, y blandía amenazante un martillo de cantero. El otro era algo más bajo pero de complexión robusta también, como su compañero, le cerraba el paso a la cima sujetando un pico.

—¡Buenas tardes lo primero! Soy Lope Fortún, hijo del señor de Busturia y, si los años aún no te han hecho mella en la memoria, igual hasta te acuerdas de que soy tu sobrino, así que mejor si os echáis a un lado porque voy a subir —les advirtió seguro.

Los frailes retrocedieron y dejaron que Lope ganase la cima. Nada más llegar

al alto se dobló fatigado para recuperar el aliento.

Juan de Arrázola observaba con gesto grave a Lope. En otro tiempo habría respondido socarrón a la broma del joven, pero aquellas actitudes formaban parte de un lejano pasado para él, ahora era otro hombre. Bajó el pico y con la mirada instó a su enorme ayudante a que hiciese lo propio con el martillo.

—¿Qué hacéis aquí arriba? —preguntó Lope recuperado de la fatiga.

Su tío miró alrededor invitando con su gesto a que Lope hiciese lo mismo.

La cima no tendría más de veinte metros en su parte más larga y unos diez en la zona más ancha. El terreno había sido nivelado, y presentaba en su mayor parte un adoquinado un tanto hosco pero que bien cumpliría su función. Frente a él había un rectángulo perfectamente delimitado en el suelo a cuyo alrededor se estaban construyendo unos sólidos muros que aún no levantaban más de un metro del suelo.

—¡Construís un templo! —afirmó con cierto tono de admiración por la osadía de aquellos dos frailes.

—Una ermita —respondió Juan de Arrázola.

—Una ermita en honor a San Juan —añadió el otro fraile balbuceando.

Ahora Lope le dedicó una mirada exhaustiva. Sin ninguna duda su padre se lo había descrito muy bien unas semanas atrás cuando supo que el marido de su difunta hermana se había instalado allí y planeaba construir un templo sobre el islote para cristianizar aquel lugar tan simbólico para los seguidores del antiguo credo como él.

—Se ha buscado una especie de oso para que le sirva como burro de carga en el trabajo. ¡Ese cabrón de Arrázola solo ha venido a jodernos! —decía su padre colérico—. No tienen bastante con sembrar cada rincón con ermitas e iglesias, que también tiene que haber un imbécil que se aventure a hacerlo en medio del mar. ¡Y no podía ser otro que Juan de Arrázola! El miserable que le dio una vida de mierda a mi hermana, que de repente un día —proseguía aflautando la voz para conferir más ridiculez al proceder de su cuñado— abandona su vida de mercenario y, para lavar su conciencia, se nos hace fraile.

La devoción que mantenía Fruiz con aquel paraje era algo notorio. Admiraba aquel lugar tan hermoso y era por ello que en varias ocasiones había acudido allí a orar y escuchar las voces del mar y la tierra, del viento y del cielo, manteniendo una espiritualidad que no había logrado despertar tan intensa en su hijo como se manifestaba en él y, en menor medida, en su esposa.

—¿Así que en honor a San Juan, eh? Pues has escogido el emplazamiento más sencillo. —sentenció irónico.

—No se trata de sencillez, se trata del reto que es construir un templo aquí, en medio del mar... Este lugar tiene algo, este lugar es...

—Un lugar de culto —contestó rotundo Lope.

—Lo será.

—Siempre lo ha sido tío, bien que lo sabes —respondió irónico rememorando las palabras de su padre.

—No entiendo qué quieres decir —contestó retador, poniéndose con los brazos en jarra, gesto que imitó de seguido su ayudante.

Lope sonrió tímidamente, no iba entablar una batalla dialéctica por un tema que en cierta medida ni le iba ni le venía. Aun así reconocía el tesón de aquellos dos a los que imaginaba realizando multitud de viajes subiendo los materiales necesarios para la construcción.

—¿Y cuánto tiempo lleváis enfrascados en esta labor? —cuestionó buscando que el registro de la conversación discurriese de manera distendida.

—Casi un año ¿no es así? —respondió su tío.

—En otoño hará un año —contestó su ayudante.

Lope se puso a caminar comprobando los trabajos. Realmente aquellos dos sabían desempeñar el oficio de constructor, las piedras que componían lo que conformarían las paredes estaban bien labradas, parecía que gran parte de ellas las estuviesen extrayendo de la misma cima; otras, sin duda, habían sido transportadas hasta arriba. Toda la obra presentaba un buen aspecto.

—Dura tarea... ¿No habéis pensado en pedir ayuda?

—No, esto es cosa nuestra.

—Ya, pero me temo que si lleváis a buen término la labor, será entonces cuando algún obispo, o quizás algún oportunista, se quiera arrimar.

Su tío mudó el rostro a colérico. Sin duda tal idea habría pasado alguna vez por su cabeza.

—Es cierto que ahora solo soy un humilde fraile, pero también sigo siendo Juan de Arrázola y no creo que eso se le olvide a nadie —respondió apretando los puños alrededor del mango del pico—. En este mundo es muy común eso de acercarse a disfrutar del fruto cultivado por otro cuando ya está listo para ser degustado. Es común y pecado también, por muy obispo o noble que fuese quien lo intentase. Lo que cuenta es que esta es una obra que perdurará por los tiempos venideros.

—No estaría tan seguro, es un buen sitio para construir una fortificación —argumentó Lope.

—Podría ser, pero si fuese menos agreste. Ya has visto cómo es el acceso.

—Sí, pero lo que es inaccesible ahora, dentro de poco quizás no lo sea. Veo que en algunos puntos habéis comenzado a labrar en la piedra una escalera.

—Al principio, cuando íbamos habilitando el terreno, solo subíamos una vez al día. Lo hacíamos con el alba y, cuando el sol se ponía, bajábamos a la cabaña.

Lope asintió.

—Allí he dejado mi caballo.

—Pero ahora —continuó el ayudante de su tío—, debemos subir y bajar varias veces a lo largo de la jornada acarreando materiales. La construcción de una escalera en los puntos con más pendiente se hace necesaria.

Lope asentía interesado. Cuando les mostró la posibilidad de que aquel lugar, ya con un acceso transitable, se transformase en un punto a levantar una fortificación, lo hacía simplemente pensando en voz alta. Quizás sería un proyecto nada a desdeñar en el futuro.

Al oeste, el sol comenzaba a ocultarse tras los montes de Bakio, sin llegar aún a ponerse sobre el mar como ocurría en el periodo estival.

—Aún no nos has dicho a qué has venido —le cuestionó su tío.

—A orar.

—¿A orar? ¿Eres uno de esos paganos? —le preguntó apretando los puños.

—No —contestó Lope sin tener la absoluta certeza de si lo era o no, pero no convenía menoscabar el ánimo de su pariente—. Es un buen sitio y he venido a recogerme.

—Antes has dicho que era un lugar de culto, ¡y que lo era para los paganos! —insistió el otro fraile.

Lope les sonrió.

—¡Veis como lo sabíais!

—Claro que lo sabíamos, por eso estamos aquí, ¡para cristianizarlo!

—Ya, pero además de eso algo tiene, ¿no? Un enorme pedrusco desgajado de la costa y sujeto a ella por ese estrecho paso —aseveró dirigiendo su vista hacia abajo disimulando una pequeña sensación de vértigo.

Los frailes le escrutaban de arriba abajo desconfiados.

—¿Acaso vosotros no oráis?

—A diario y varias veces a lo largo de la jornada —respondió su tío.

—Pues yo hoy siento esa misma necesidad. No sé si sabéis que está a punto de desatarse una guerra.

—¿Una guerra dices?

—¡Desde luego que vivís aislados del mundo! Sabed que el ejército de Alfonso se ha adentrado en nuestra tierra y lleva varias jornadas saqueando y esquilmando todo lo que encuentra a su paso. Ha llegado el momento de poner

fin a tal felonía. Contar con un hombre con tanta experiencia guerrera como tú nos sería de gran ayuda.

—Esa ya no es vida para mí. Juré que nunca volvería a levantar un arma contra otro hombre y moriré si es preciso antes de quebrar mi promesa. Si has venido por ese motivo ya puedes darte la vuelta.

—Ya te he dicho que he venido aquí a recogerme.

Lope desvió la mirada dirigiéndola a una bandada de gaviotas que revoloteaban alrededor, incapaz de revelar que subía allí arriba a borrar de sí un recuerdo amargo.

Durante el poco tiempo que duró su vida en común con Íñiga, descubrió con ella el placer de subir a los montes por el puro placer de hacerlo. Recordó cómo ella le respondía cuando lo hacían:

—¿Subir esa montaña? ¿Pero por qué, Íñiga? Si es muy alta —le argumentaba intentando excusarse.

—¿Que por qué? —contestaba ella segura, aunque le gustaba mostrar cierto misticismo en su respuesta—. ¡Pues porque está ahí!

Poco antes de caer enferma le sugirió a su esposo subir a aquel trozo de tierra que flotaba en el mar. Lope le advertía de lo peligroso de hacerlo, lo que parecía entusiasmar más aún a la joven, y lo intentó ir posponiendo con la esperanza de que lo olvidaría. Al final, la enfermedad truncó ese y otros proyectos. Quizá por ello se había acercado hasta allí buscando cerrar un episodio inconcluso de su pasado.

Al día siguiente consentiría en su nuevo matrimonio con Dalda de Estíguiz, sellando así una alianza al desposarse con la hija de Sancho de Estíguiz, conde de Durango.

Los frailes percibieron cierta melancolía en el silencio del muchacho. El sol se acababa de poner y era hora de emprender el descenso.

—Nosotros nos vamos, ¿vas a quedarte aquí?

Lope asintió. Los frailes se miraron y se encogieron de hombros. Aun así le advirtieron.

—Ahora está la marea baja, es solo así cuando se puede cruzar el paso con tranquilidad. En cosa de una hora te será imposible regresar, así que advertido quedas.

Los frailes comenzaron el descenso. Su tío de sobra sabía que Lope no era como Fruiz ni tampoco como su madre. Sabía reconocer a los de su clase, y ese muchacho estaba destinado a dirigir a los demás. Sabía moverse hábil entre dos aguas y no ofender a nadie como para considerarlo enemigo y sí levantar simpatías como para tenerlo como aliado. Tales aspectos los sospechaba

inculcados en el muchacho por la extranjera de su madre desde bastantes años atrás, antes de que él abandonase al suyo propio al cuidado de los frailes de Tabira.

De pequeños, Lope y Adelio fueron buenos amigos. Primos de una edad similar, coincidían por largas temporadas los meses estivales bien fuese en su propiedad de Arrazola o en la de sus cuñados cuando su esposa acudía a visitar a su hermano Fruiz, con el que mantenía una especial vinculación que a él le exasperaba. Siempre intuyó que Lope podría ser un notable caballero y, si el joven quería recogerse esa noche antes de entrar en combate, no sería él quien le impidiese llevarlo a cabo en aquel lugar tan especial que ya sentía como propio.

Desde lo alto Lope observó el descenso de los frailes y asistió complacido a cómo uno de ellos, no acertaba a distinguir si era el más grande de los dos, tomaba de las riendas a su caballo y lo dirigía hacia la parte trasera de la cabaña. Parecía que por allí descendía un pequeño reguero de agua y sin duda el animal estaría mejor guarecido de las inclemencias del tiempo. Pasados unos instantes, comenzó a elevarse un fino trazo de humo desde el tejado de la cabaña, y por un momento lamentó no estar al calor de la lumbre que los religiosos acababan de encender. A su alrededor no encontraría nada con lo que preparar una hoguera; además, tampoco llevaba yesca y pedernal para encender un fuego.

Echó un trago de agua, por lo menos en eso sí que había sido previsor, y dispuso una manta en el suelo buscando cobijo entre los muros que, aunque levantaban poco del suelo, le servirían para guarecerse del viento que se desataba cada vez con más fuerza.

Tumbado observaba el cielo, que ahora comenzaba a mostrar, a medida que oscurecía, los primeros astros de la noche. En ocasiones se preguntaba qué sentido tenían todas esas luces nocturnas, por qué estaban ahí y para qué demonios servirían. Nunca escuchó una respuesta que le convenciese. La mayoría de ellas le parecían fruto de la superstición. Quizás la más lógica fuese que estaban ahí para servir de orientación por la noche, pero para eso habría bastado con una docena de estrellas; por el contrario, allá arriba eran miles, cientos de miles quizás.

Volvían a su mente las dudas de los frailes cuando le mostraron sus sospechas de si no sería un pagano. Lo cierto es que al negarlo tampoco les mentía. Desde joven había sido educado de manera oculta por sus padres en el culto al credo real, como ellos lo llamaban, y durante mucho tiempo se sintió parte de él, especialmente cuando al crecer descubrió lo peligroso que era mantener esa doble vida, ser cristianos de puerta afuera y ser ellos mismos de puertas adentro. Pero no estaban solos, había muchos que como sus padres no habían abrazado la fe cristiana. En cierta manera le habría gustado ser como ellos, pero se hacía demasiadas preguntas y, aunque siempre había una respuesta para todo en la

boca de su padre, lo cierto es que más bien creía que eran argumentos para justificar lo que no se entendía. Y así, se convencía de que ni los cristianos, ni los musulmanes, ni los fieles al credo de la Dama sabían ciertamente entender el mundo.

Decidió disfrutar del instante relajando la vista y perdiéndola en el firmamento estrellado. Más abajo, las olas rompían en las cuevas y túneles que atravesaban el islote por su base provocando un estruendo tal que parecía que aquel enorme pedrusco estuviese siendo demolido por la fuerza del océano.

Cuando partió por la tarde con la excusa de buscar la soledad y encontrar una respuesta sabía que no era cierto. La respuesta la conocía de sobra, por supuesto que concedería en desposarse con Dalda. El enlace, además de convenir a las dos familias, le colocaría en una muy buena disposición de hacerse valer como uno de los notables a futuro del territorio de Vizcaya, lugar que habría ocupado de no mediar la viudez con Íñiga.

Ahora, la inminente contraofensiva contra las fuerzas asturianas había situado al noble durangués a ser la cabeza visible de la resistencia al rey asturiano, y eso a Lope le situaba de nuevo en muy buen lugar entre los que se aprestaban a defender Vizcaya.

En las cimas de los *montes bocineros* de las merindades de Vizcaya habían prendido los fuegos alertando a todos los habitantes del territorio. Desde los profundos y tupidos valles del interior hasta la costa, desde las vegas de los ríos hasta los altos donde algunos pastores tenían sus cabañas, el refulgir centelleante de aquellas lumbres trasladaba a todos el mensaje que debían prepararse para la guerra.

Con las primeras luces del nuevo día emprendió el descenso. Una vez abajo al tiempo que cruzaba por el paso de rocas que la marea había dejado al descubierto, el ayudante de su tío le salió al paso.

—Habrás sido una noche fresca.

—La verdad es que sí.

—Pasa a la cabaña y toma algo caliente, acabamos de encender el fuego.

Agradeció el ofrecimiento. Los frailes parecían más distendidos y no mostraban los recelos de la tarde anterior. Al tiempo que reconfortaba su cuerpo con un cuenco de caldo caliente, Lope le hizo conocedor a su tío de su futuro matrimonio con Dalda de Estíguiz.

—Si aguardas un momento —su tío Juan intuyó que se disponía a marchar—, te haré compañía en el ascenso al camino. Parece que la mañana no trae lluvia y aprovecharé para acercarme hasta Bakio en busca de algunas provisiones.

El fraile tirando de la mula y Lope haciendo lo propio con su caballo, emprendieron la subida por la senda que, terriblemente escarpada, ascendía

varios centenares de metros sobre el nivel de las aguas en busca del camino que unía las villas de Bakio y Bermeo.

A pesar de la fatiga de la subida, Juan de Arrázola se mostraba locuaz explicándole a su sobrino los mayores inconvenientes que encontraba para realizar su labor. Llegando a lo alto el terreno se volvía menos abrupto y se abría en praderas de suave pendiente. Allí se detuvieron para recobrar el resuello por el duro ascenso. Volvieron la vista atrás y adivinaron movimiento por la ladera del islote: el otro fraile, como cada mañana, ascendía a su labor en lo alto.

Un murmullo lejano despertó su atención. A un centenar de metros una veintena de personas se acercaba lentamente por el camino. Unos lo hacían a pie y otros sobre tres carros en los que transportaban algunos enseres domésticos. Un par de caballos y un asno cerraban la comitiva portando petates sobre sus lomos.

Lope montó su caballo y se acercó al grupo, que se detuvo prevenido al verle.

—¿Quiénes sois y a dónde viajáis? —les cuestionó a viva voz desde una distancia prudencial, pues era sumamente extraño que un grupo tan numeroso se desplazase por aquella estrecha vereda donde en algunos puntos a duras penas podrían circular los carros.

Nadie contestó. Por el habla confirmaron que no era extranjero, pero sus sospechas apuntaban a la posibilidad de que fuese otro bandido.

Lope frunció el ceño al advertir aquella desconfianza optando por presentarse.

—Soy Lope Fortún, hijo de Lope Fruiz, señor de Busturia, y ahora decid quiénes sois y a dónde os dirigís —añadió severo.

Aquella explicación tranquilizó los ánimos, y aunque la mayoría no le conociesen en persona, de sobra habían oído hablar del joven albino hijo de una princesa extranjera.

Retomaron el paso hasta llegar a su altura y cortésmente se presentaron como vecinos de Bakio, haciéndole conocedor de que ese mismo amanecer los asturianos habían atacado la cercana villa costera. Ellos, alertados por unos bandidos, habían logrado poner sus vidas a salvo. Este episodio de los bandidos hubo de ser aclarado por los viajeros.

Lope les indicó que continuasen hasta Bermeo y, una vez allí que buscasen amparo en la propia iglesia. Más tarde ya pasaría él por allí por si acaso el cura ofrecía alguna objeción. A partir de ese momento, nadie en el territorio sería abandonado a su suerte por culpa de la guerra.

Siendo conocedor de que Bakio había sido asolado, no tenía sentido ya ir a buscar provisiones allí, alegó Juan, así que se ofreció para acompañarles hasta Bermeo y hacer valer las palabras de su sobrino. Ya se haría allí con las provisiones necesarias.

—Somos un pueblo que, unido, expulsará a los invasores. ¡Os lo aseguro! — les arengó Lope desde su caballo al tiempo que se dirigía a la villa asaltada.

Tras unos minutos al galope, Lope advirtió entre las copas de los árboles, aún en la lejanía, el arenal de la playa de Bakio. Puso entonces el caballo al trote, avanzando prevenido, sospechoso de que quizás pudiese toparse con alguna presencia poco grata.

Cuando vio el humo de las casas incendiadas y a algunos vecinos intentando sofocar los incendios, dio por seguro que los asaltantes habían abandonado el lugar.

Al llegar a la altura de las primeras casas se apeó del caballo uniéndose a un grupo de hombres en la tarea de sofocar el incendio de una cabaña. Incapaces de disminuir la intensidad del fuego abandonaron aquella labor en cuanto una fuerte brisa levantó de nuevo las llamas. Mientras todos recuperaban el aliento, se presentó de la misma manera que lo había hecho con los vecinos que habían huido. Escuchó la narración del asalto de boca de aquellos hombres y los lamentos por no haber hecho caso a los bandidos y haber huido. Más de la mitad de la población murió bajo los cascos de los caballos o alanceados por los jinetes desde sus monturas; el resto se alejó en desbandada. Los soldados no se esforzaron demasiado en seguirlos, centrándose en incendiar la villa tras saquear las viviendas.

Continuó con ellos en pos de conseguir apagar los fuegos que aún quedaban y, llegada la tarde, se dispuso a emprender el regreso.

—Podréis reconstruir vuestras casas e intentar olvidar lo ocurrido hoy, pero ellos, con la facilidad con la que nos expolian, volverán en el futuro. Todos los hombres y muchachos que estén en disposición de tomar un arma deben hacerlo. Unidos.

Los ánimos estaban caldeados, muchos estaban heridos, otros habían perdido familia o amigos. No fue difícil que el silencio que mantenían los que se habían agrupado en torno a aquel joven caballero que les arengaba, tornase primero en rumor para estallar después en gritos de venganza.

—Tomad las armas de las que dispongáis, los caballos si los hubiere, tomad provisiones también y dirigíos a Bermeo primero. Allí nos agruparemos con otros que, como vosotros, claman por hacer justicia. Partiremos en dos días hacia Tabira y a nuestro paso otros grupos se irán uniendo. Eso mismo sucederá al tiempo por toda Vizcaya y Durango. Allí, en Tabira, conformaremos un ejército que les hará frente expulsándolos de nuestra tierra. ¡Vengaremos Vizcaya!

—¡Iremos contigo, Jaun Zuria, iremos contigo! —gritaba un muchacho con los ojos inyectados en sangre, rojos del humo y de llorar la muerte de sus padres.

—¡Jaun Zuria! ¡Nuestra Madre te guarde, señor blanco! —se oía exclamar al resto.

Capítulo 9

Se despertó con la frustración de aquel que aunque se esté orinando, intenta desterrar tal sensación de su cuerpo y permanece al abrigo del lecho hasta que se ve incapaz de contenerse.

Alivió su vejiga en un orinal que estaba bajo el catre donde había dormido, una atención más de Graciana para evitarle salir a la intemperie. De la cocina llegaba el aroma de la leña recién prendida y el sonido del crepitar del fuego en el hogar.

Somnoliento, vistió su hábito y entró en la cocina recibiendo un “buenos días” por parte de Graciana, que estaba pendiente de que el caldero de cobre que había puesto al fuego con agua no se calentase demasiado. Comprobando la temperatura con los dedos asintió conforme.

—Está templada.

Retiró el cacharro del fuego y vertió el líquido en una palangana de arcilla ofreciéndosela a Adelio. Sorprendido por el detalle asintió conforme y se retiró de nuevo con el recipiente al aposento para asesarse. Tales atenciones las sabía interesadas por parte de la mujer, pero no iba a desdeñar la agradable oportunidad de lavarse con agua tibia.

Ya sentado a la mesa, mientras daba cuenta de un desayuno a base de leche caliente y unas finas rebanadas de pan recubiertas de miel, le inquirió a la mujer sobre aquellos a los que fue a visitar el día anterior.

—Háblame de ellos, Graciana, háblame de los paganos.

La mujer frunció el ceño, y tras echar un par de maderos al fuego se limpió las manos frotándolas en el delantal sentándose al otro extremo de la mesa donde Adelio apuraba su desayuno.

—Esos no creen en Dios. Estoy segura de que antes o después habrán despedido al muerto con sus ritos antiguos.

—¿Estás segura de ello?

—Tan segura como que detrás de cada noche siempre llega el alba. A estas horas el viejo ya tiene que estar ardiendo en el infierno.

Adelio mostró una leve mueca similar a una sonrisa, pero en seguida la expresión de su rostro mudó al imaginar los presentimientos de aquella mujer y lo terrible del castigo eterno. Estaba seguro de que en todos los hombres, por paganos que fuesen, siempre habría una leve esperanza de prender en sus corazones la chispa de la fe, por eso entendía que era necesario esforzarse aún más con aquellos que no seguían el camino de Cristo. Eso era lo que quiso transmitir el Cristo desde su martirio en la cruz, se decía convencido. Lamentaba las palabras escuchadas a Graciana pero mucho más cuando las escuchaba de

hombres de la iglesia.

—Una pregunta más, Graciana.

—Dígame.

—Tú sientes una especial animadversión por esa gente, ¿no es así?

—¿Una qué?

—Que los odias. Dijiste que entre ellos hay parientes tuyos, una hermana incluso.

El rostro cansino de la mujer, adoptó un rictus muy serio.

—¿Odiarlos? ¡Con todas mis fuerzas!

Adelio frunció el ceño.

—El odio no es buen compañero para un cristiano, es algo a desterrar.

Graciana bajó la cabeza respetuosa por aquella llamada de atención. No quería rebatirle nada, pero ya empezaba a intuir que aquel joven cura era un tanto blando. Debería comenzar a abrirle los ojos, como ya hizo con todos sus vecinos de Abrisketa. Desde muy joven fue consciente de su habilidad para sembrar la semilla de la discordia en las cabezas de otros, a propia conveniencia sin que estos se percatasen.

—Son paganos, padre. Realizan ritos malignos, ¡demoníacos! ¿Acaso no debemos odiar al demonio?

—Tonterías, Graciana. Son creencias antiguas, erróneas por supuesto, y persisten en su propia terquedad, pero no es menos cierto que dentro de esas gentes anida un alma devota, aunque errada en el culto. Solo hay que mostrarles el verdadero camino, la verdadera fe. Ese es el gran cometido que podemos tener, Graciana. Imagina la satisfacción de Nuestro Señor si lográsemos, si lograses tú misma, ¿por qué no?, la salvación de una sola de esas almas. Arrebatárselas al maligno para entregárselas a Dios. ¿No crees, Graciana, que es mejor seguir ese camino y abandonar el odio?

La mujer se tomó su tiempo para contestar asimilando cada una de las palabras del clérigo.

—Sería perder el tiempo, son tercos como mulas.

—Incluso a las mulas más tercas se las puede llegar a domesticar.

—A pocas —rechinó entre dientes de manera casi inaudible.

—¿Cómo es que tu hermana se entrega también a ese culto? ¿Acaso no tuvisteis unos padres cristianos?

Los ojos de Graciana se encendieron en cólera al tiempo que los leños en el fuego crepitaban en llamas.

—¡Por supuesto que sí! —respondió enfadada llevándose de seguido avergonzada la mano a su boca por su temperamental reacción. Adelio, con un gesto de la suya, la instó a que no le diese importancia y que continuase, quería conocer la historia—. Lo que ocurre es que Tomasi, mi hermana, fue embaucada por Jurdan y terminó siendo más pagana que él. Costumbres de otros tiempos siempre las ha habido. Nuestras familias, quien más quien menos, mantenían alguno de esos usos, pero la cuestión era no darle la gravedad que los paganos les dan, anteponiéndolos a la fe. Tomasi, a raíz de que se juntó con Jurdan fue cuando se mostró abiertamente como es ahora y al cabo de poco tiempo comenzaron a vivir juntos. Menos mal que mis pobres padres ya habían fallecido y no tuvieron la desgracia de verlo.

—Espera un momento —interrumpió interesado Adelio—, dices vivir juntos. ¿Es que no están unidos en matrimonio?

—Aquí nunca tuvimos noticia de su boda.

Terminado el desayuno, Adelio se puso en pie y se acercó a la ventana. Afuera había amanecido un día soleado.

—Creo que hay más razones que te callas. De todas maneras, iré a hacerles una visita.

Graciana se había levantado también de la mesa al hacerlo el cura y así recoger los restos del desayuno.

—No servirá de nada —sentenció segura.

Adelio se giró un tanto disgustado por una nueva muestra de desaprobación.

—¡Es suficiente, Graciana! No creo que sea tarea de las ovejas indicarle al pastor cómo debe gobernar su rebaño.

—¿Cómo dice? —preguntó sin entender.

—Que te dediques a tu labor, que yo haré la mía.

La mujer le siguió con mirada rencorosa hasta la puerta. Adelio se pertrechó bien contra el frío de la mañana y salió en busca de su caballo.

Queriendo evitar esfuerzos al veterano animal, tras descender al fondo del barranco que separaba las dos aldeas, optó por seguir otra senda que parecía rodear la montaña e ir ganando altura de una manera más distendida. Ante él ahora se abría una inmensa pradera y tras ella, a lo lejos, se veía ascender lentamente el humo de la ferrería que oteó la jornada anterior.

Un pequeño riachuelo cruzaba la pradera asomando a ella tras abandonar un tupido bosque, y justo en ese punto vio cruzar a alguien que se adentraba entre la espesura de los árboles.

Kata estaba en su pensamiento desde que había amanecido y ahora, seguro de haberla visto, caminaba tras sus pasos. Los rayos del sol atravesaban las

ramas dibujando en ocasiones sus doradas trazas al trasluz. Descabalgó y ató con cuerda lo suficientemente larga al animal como para que se acercase a beber al arroyo o pudiese pastar tranquilo mientras él seguía a Kata.

Esa mañana en la herrería, Beltz proseguía con la formación de su nuevo aprendiz. Sin duda Peru tenía cualidades para aprender el oficio y convertirse en un buen ferrón, lo intuía de carácter reservado y eso le agradaba, además de mostrar buena disposición al trabajo siguiendo todas sus indicaciones.

Anixe, por su parte, había acarreado un par de sacos de cisco desde la carbonera del bosque.

—No traigas más, ya tenemos suficiente —le indicó su padre—. Y si no sabes qué ponerte a hacer, enseguida te busco tarea.

Ella respondió con un bufido.

—Siempre estás igual, podías ser un poco más amable —le contestó irritada, a lo que Beltz ofreció un guiño disimulado a Peru escondiendo su sonrisa por la reacción de su hija—. Pues sí que tengo algo que hacer. He visto que esta noche han brotado bastantes setas...

—¡Hummm! —respondió sincero Beltz—. Me encantan las setas ¡y no veo que llegue la hora de comer!

—No corras tanto, padre, que ya hay comida preparada y esta no es la mesa de un noble. Si las voy a buscar cuenta que como mucho serán la cena.

—¡Hummm! Pues no veo que llegue la hora de la cena.

Peru observaba divertido la escena. Le encantaban las reacciones de Anixe al enfadarse, pero lo que más le sorprendía era descubrir resquicios para las bromas en Beltz. Se sentía a gusto con ellos y una idea que llevaba tiempo dando vueltas por su cabeza iba a convertirse pronto en una sincera intención. Anixe recogió un cesto de mimbre y se encaminó al bosque. Poco después apareció Kata por la herrería.

—¿Qué haces aquí? —preguntó extrañado Peru a su melliza, que antes de responder se encogió de hombros, mostrando un semblante triste.

—Nada. En casa ni padre ni madre abren la boca y ese silencio me hace acordarme mucho más del abuelo. Me apetecía salir a caminar y he llegado hasta aquí. ¿Qué tal es el trabajo?

—Es duro pero está bien, voy a ser ferrón.

Kata asintió sonriendo a su hermano. Beltz, que estaba más alejado, se acercó al ver a la joven.

—¿Qué tal por casa, Kata?

—Bueno, supongo que lo normal, tristes, muy tristes. Lo peor fue lo del cura ese que se empeñó en celebrar el entierro.

Beltz asintió.

—Algo me ha contado tu hermano. En fin, no cabía esperar otra cosa. Se les deja que hagan su parte y ya está. Mejor no buscar líos con esos.

—Eso mismo dicen mis padres. Pero bueno, ya se hizo lo que había que hacer antes de que él viniese, incluso después.

—Por supuesto —asintió el veterano ferrón girándose y volviendo al trabajo—, como siempre ha sido.

—¿Y Anixe? —preguntó curiosa a su hermano.

—Me extraña que no la hayas visto. Se ha ido hace un momento a buscar setas.

—¿Setas? ¡Anda, qué ricas!

—Si quieres búscala y recoge algunas para llevar a casa. Ha ido por donde la carbonera.

—Buena idea.

Peru volvió al trabajo y Kata se encaminó tras los pasos de su amiga.

La estrecha senda que cruzaba por el bosque hacia la carbonera discurría paralela al arroyo. El suelo arcilloso del camino amenazaba a la joven y a cualquiera que caminase demasiado deprisa tras las últimas lluvias con premiarle con un buen resbalón. Patinó un par de veces consiguiendo mantener el equilibrio, hasta que sucedió una tercera y no pudo esquivar la caída. De seguido escuchó unas risas.

—¡Pero qué torpe eres!

—¡Ayayayayay! Ayúdame. ¡Qué daño!

—Espera anda, que ya voy.

—¿Pero dónde estás? No te veo.

Anixe apareció unos metros más arriba, oculta por la maleza, rebuscando en las zonas donde sabía que se encontraban los mejores setales.

—¡Encima me he quedado sentada sobre un charco! Estoy empapada.

—Sí que estás graciosa ahí sentada, sí.

Anixe le tendió una mano.

—Deja que me apoye en tu hombro, no puedo casi andar —suplicó Kata, dolorida.

Las chicas se apartaron del camino hasta alcanzar un claro en el bosque donde estaba el cesto en el que Anixe había recolectado una buena cantidad de setas. El sol tibio de la mañana era todo un regalo.

—Ayúdame a quitarme la ropa, a ver si al sol se seca.

Anixe extendió la túnica de Kata sobre un matorral donde el sol le daba de lleno.

—Está empapada, no se secará en todo el día.

—Ya, pero si le sigue dando el sol igual algo sí que se seca. Además, aquí al sol se está muy bien —añadió Kata retadora, recostándose en la hierba y extendiendo sus piernas a la caricia de los rayos del sol. Anixe se tumbó a su lado perdiendo la mirada en las formas de las nubes sobre las copas aún desnudas de hojas de los alisos. Tras compartir unos instantes de silencio, Kata se volvió a Anixe.

—¿Ya has terminado?

—¿Terminar de qué?

—¿De qué va a ser? De recoger setas.

—¡Ah! ¿Y cómo sabes que estaba cogiendo setas? ¿Y cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó ahora intrigada.

—¿Será porque ahí tienes una cesta con setas y porque me lo ha dicho Peru?

—¿Has estado en la ferrería?

—Claro.

—Tu hermano va hacer buenas migas con mi padre, y eso es raro, ¿eh?

—No iba allí por ver a Peru —le respondió sonriendo pícara y girando la cabeza en sentido contrario a Anixe.

Se sorprendió al percibir el tibio tacto de la mano de Anixe que ascendía por su muslo hasta la cadera. Después sintió que se acercaba y se pegaba junto a ella.

—Tienes la piel helada —susurró Anixe, provocando que Kata se estremeciese al sentir su cálido aliento en la nuca.

—No tengo frío.

Armándose de valor, decidió que esa vez sería ella la que tomaría la iniciativa. Se giró hacia Anixe, quedando sus miradas frente a frente. Entonces Kata la tomó de las mejillas y la acercó hacia sí, besándola apasionadamente.

A unos metros de allí, oculto tras el enorme tronco de un roble centenario, Adelio, que había ido siguiendo a Kata, al observar aquella actitud en las muchachas se quedó anonadado.

Anixe se dejó besar. Después se incorporó sobre Kata jugando con su lengua entre sus labios y deslizando su mano entre sus muslos. Kata, rendida, disfrutaba de sensaciones que hasta ahora solo había experimentado en soledad, dejándose hacer y correspondiendo de igual manera a su compañera. Tras unos

minutos de pasión que estallaron en jadeos y suspiros, fueron recuperando la calma.

Anixe notó cierto rubor en Kata. Con su mano volvió su cara hacia ella, que ahora parecía querer evitar mirarla.

—¡Mírame!

—No, déjame.

—Kata...

Se giró en sentido contrario a Anixe, que le acariciaba el pelo con dulzura.

—¿Te sientes avergonzada?

Le costaba responder y enfrentarse a la mirada azul de Anixe, pero igual que se había armado de valor para besarla, lo hizo para responder. Se volvió quedando las dos mirándose y apoyando sus cabezas la una en el brazo de la otra.

—No es vergüenza, es otra cosa.

—Dime entonces.

—Es que... —Tuvo que tragar saliva, sentía que se ahogaba y se le atragantaba la frase en su garganta como si fuese un trozo de comida mal masticado.

—Dime, Kata, ¿qué es?

—Es que te quiero.

Desde la distancia, quizás ayudado por la brisa que parecía acercar las palabras de las chicas, Adelio escuchaba la conversación.

—Yo también a ti —le respondió Anixe emocionada.

Se abrazaron permaneciendo un buen rato en silencio, sin borrar las tímidas sonrisas de sus rostros y derramando al tiempo alguna que otra lágrima.

—¡Ay, Anixe! Cuánto vamos a tener que sufrir.

—No digas eso. Siempre estaremos juntas.

—¡Júramelo!

Kata se apartó brusca mutando su semblante apacible a un gesto serio.

—Júrame que eso va a ser así.

—Te lo juro, Kata. Lucharemos por ello.

—¿Verdad que sí? Nada nos separará. ¡Nada!

Las chicas se levantaron y Kata, desistiendo de la inicial intención de recoger setas, volvió a vestirse con la prenda empapada protestando por la desagradable sensación, desapareciendo después con Anixe por el mismo lugar por el que

habían llegado a aquel soleado claro en el bosque.

Adelio abandonó su escondite en busca de su caballo. No reparó ahora en lo viejo del animal, fustigándolo hasta ponerlo al galope. Olvidando su intención de dirigirse a Fínaga, emprendió el regreso a Abrisketa con el corazón desbocado en sus latidos. Aunque como hombre de Dios no podía consentir con aquella actitud, su interior albergaba la querencia de que al menos en Kata no hubiese voluntad de obrar contra natura, a pesar de mostrarse bastante más apasionada que su compañera.

Nunca su celibato se le había mostrado como una carga tan pesada. Esa noche, en la soledad de su jergón, rememoraba las imágenes de pasión entre las dos jóvenes. Al acecho de pensamientos lascivos que era incapaz de apartar de su mente, evitaba darse placer buscando sin éxito refugio en la oración, pero su ensoñación volaba continuamente al claro de un bosque donde se entregaba a dos muchachas que le convertían en el objeto de su deseo.

Capítulo 10

Les había escuchado. Pensaron que se había alejado lo suficiente como para no escuchar la conversación que mantenían, pero estaban equivocados. Basoa se encontraba rellenando el pellejo de agua en el arroyo próximo al campamento en mitad de un bosque, donde pasaron la última noche en su deambular por el territorio en busca de las hordas asturianas o de cualquier atisbo que revelase qué clase de conflicto se estaba desatando en Vizcaya. Aunque no habían logrado dar con los extranjeros, albergaban la esperanza de que el grupo de Munio hubiese tenido más suerte.

Agachado junto al curso del agua, el único sonido que percibía era el gorgoteo del líquido al entrar en el pellejo, pero fue terminar de llenarlo y escuchar sus voces. El grupo parecía discutir y era extraño, apenas unos minutos antes cuando lo abandonó los cuatro hombres que le acompañaban permanecían tranquilos, algunos aún desperezándose del sueño.

Sigiloso, volvió sobre sus pasos ocultándose tras los árboles, lo suficientemente cercano para escuchar su acalorada conversación.

—Os digo que es el momento.

—No sé, a mí me da miedo, no me importa reconocerlo. Le temo.

—¿Le temes? No olvides que solo es un hombre ¡y nosotros somos cuatro!

—Ya, solo uno dices, ¡pero es Basoa! Si tan fácil lo ves, ¿por qué no lo has hecho mientras dormía?

—Porque ese nunca duerme —añadió un tercero uniéndose a la conversación—, y no es un hombre, es un diablo.

—No busquéis excusas, debemos actuar los cuatro. ¿Acaso no os lo he demostrado? Fue Basoa quien les mató.

—No sabemos si ellos quisieron traicionarle o ¡qué sé yo!, quizás robarle, y por eso acabó con ellos.

—Si hubiese sido así nos lo habría contado.

—Tienes razón —añadió una cuarta voz que hasta ahora había permanecido silenciosa—. Yo también sospeché cuando no regresaron este año. Después, enterarnos de que fueron cosidos a puñaladas... ¡docenas por todo el cuerpo! Esas muertes no son fruto de un asalto, son obra de una mente enferma.

—Decidme quién de vosotros no se ha estremecido cuando su mirada muda y se convierte en la de otro ser, cuando su rostro sin motivo aparente muda de improviso a una expresión de espanto.

—Por no hablar de sus gritos en medio de pesadillas.

—O cuando pierde su mirada en las copas de los árboles y parece que pierde el juicio ¿qué es lo que mira?

—¡Qué más pruebas queréis! Fue Basoa quien los mató y lo hace por placer.

—Cuando matamos a alguien en un asalto —alegaba el más reacio de los cuatro—, Basoa no toma parte en las muertes. Nunca lo hace, ¡nunca!

—¿Y no te parece extraño? Él nos deja hacer a los demás, unas veces mira y sonrío, otras muestra su ansia. Vernos matar le excita.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí que lo sabe —añadió otro—. Díselo, anda, diles lo que me contaste a mí.

—Maté al viejo del otro día, el que nos dijo lo de los asturianos.

—Sí, ya te vimos agachado junto a él con Basoa.

—Me ordenó que lo matase con su puñal, su empuñadura tiene muchas muescas.

—¿Cuántas son muchas?

—¡Más de veinte! Antes de devolvérselo se sonreía viendo cómo yo las contaba. Le iba a preguntar por el sentido de aquellas marcas, pero él se me adelantó en la respuesta y me dijo que cada una de ellas era una muerte que se había cobrado ese puñal, y que ninguna había sido obra suya.

El grupo guardó silencio por unos instantes, hasta que aquel que se mostraba más dubitativo con el resto tomó la palabra.

—Entonces dos de esas muescas son mías —sentenció.

—Todos tenemos alguna muesca en su puñal, y aunque disfruta viéndonos matar, él también lo hace. Le he vigilado las últimas semanas: a veces se marcha y mata en soledad por el simple motivo de hacerlo. Es él quien mató a los que no volvieron esta primavera. Tengo las pruebas.

Llegada la conversación a ese punto, Basoa creyó conveniente hacerse notar. Así comenzó a acercarse al grupo procurando que estos se alertasen de su presencia.

—¿Oís? ¡Viene alguien!

Todos se levantaron y adoptaron una posición preventiva.

—Tranquilos, soy yo —respondió su jefe—. Había ido a por agua y creo que vamos a cambiar el plan para hoy.

Los hombres se miraron entre ellos tratando de transmitirse tranquilidad. Le habían oído llegar de lejos y no se les pasó por la cabeza haber sido escuchados.

—Tú —le dijo al que ofrecía dudas en la conversación mantenida— te quedas aquí y preparas algo caliente para el mediodía. A la tarde emprenderemos el regreso, estamos citados con el resto y creo que al final no habrá sido baldío este esfuerzo por descubrir qué está ocurriendo, pues acabo de descubrir rastros que me hacen sospechar que un gran número de hombres a caballo pasó por aquí recientemente.

—Pues no encontramos nada ayer cuando llegamos y tampoco se ha oído otro ruido que no sea el viento esta noche —sentenció aquel que había llevado la voz cantante en la conversación y que a su vez, con un leve gesto al resto que pasó desapercibido a Basoa, les transmitió serenidad, haciéndoles entender que la cuestión que estaban tratando quedaba pospuesta para otro momento.

—Tampoco miramos por los alrededores, y no muy lejos de aquí hay rastro de que un grupo numeroso ha estado acampado. Debemos asegurarnos de que no se encuentren en varios grupos dispersos.

—No es muy probable, pero podría ocurrir.

—¡Basta ya de charla! —ordenó Basoa con su habitual aplomo—. Tú te vienes conmigo, y vosotros dos subid a lo alto de los riscos. La mañana es muy clara, no hay ni una nube. Un grupo grande, aunque esté lejano, seguro que no os pasa inadvertido. ¡Moveos ya, maldita sea! —ordenó irritado—. Y tú, lo dicho. Prepara algo de comer.

Tal y como les había ordenado, los hombres se dispersaron. Dos de ellos partieron a pie, ascendiendo las laderas de la montaña en cuya base habían acampado. El otro comenzó a desollar tres conejos que se habían procurado en una cabaña de campesinos que la jornada anterior habían “visitado”, y aquel que decía ser conocedor de los secretos de Basoa cabalgaba tranquilo a su lado. Lo hacía incluso sopesando la posibilidad de si en algún momento sería posible, y

sobre todo tendría el valor, para ser capaz de acabar con la vida de Basoa y librarse de aquel hombre al que creía un auténtico ser maligno.

—¿Dónde está ese rastro que has descubierto?

—Al otro lado del arroyo, allá mismo —contestó Basoa señalando una pradera que ascendía lenta al otro lado del curso del agua y que más arriba se convertía en un collado entre las montañas.

—Quizá se fueron por ahí.

—Eso es lo que creo. ¡Espera! —gritó Basoa deteniendo su caballo y haciendo que su acompañante hiciese lo mismo— ¿Qué es eso en el agua?

—¿El qué? No veo nada.

—Algo metálico, lo habrán extraviado al pasar por aquí.

—No sé dónde dices.

—Ahí mismo en la orilla, ¿no son monedas? Juraría que son sólidos de plata. Con esa vista de topo de poco nos puedes servir.

No hizo falta que se lo repitiese de nuevo. La alusión a su corta vista era algo habitual; sin embargo, la sola posibilidad de poder hallar algún dinero le animó a descabalar antes incluso de que Basoa se lo ordenase.

—Es verdad, creo que veo brillar algo —sentenció seguro e ilusionado, señalando a los guijarros del arroyo que brillaban bajo los rayos del sol de la mañana.

Se agachó delante de Ikatz, el caballo de Basoa, al borde del curso de agua rebuscando entre los guijarros. Al tiempo el jinete, tirando de las riendas y reclinando su cuerpo hacia atrás, gesto del que no fue consciente su confiado subordinado, hizo que las vigorosas patas del animal se alzasen.

Su negro alazán, convertido en arma mortal como en otras ocasiones, sabía interpretar a la perfección las indicaciones de su amo. Los cascos delanteros golpearon con fuerza sobre los hombros del infortunado bandido que de seguido dio con su cuerpo en el lecho del arroyo. A pesar del golpe recibido y de que su cara se estrellara contra las piedras del fondo, no había perdido el conocimiento. Preso de un dolor increíble trató de incorporarse y de llevarse las manos a la boca, en la que sospechaba varios de sus dientes partidos, pero fue incapaz de mover sus brazos. La descomunal descarga de las pezuñas de Ikatz había quebrado los huesos de sus hombros. Aún en su mente no se habían comenzado a entretrejer las ideas para interpretar lo que acababa de ocurrir, cuando Basoa saltó de su caballo y, subiéndose a horcajadas sobre la espalda del herido que permanecía tumbado sobre el arroyo, tomó una piedra que asomaba por encima del agua. Fuertemente asida con sus manos la alzó a lo alto para estrellarla con todas sus fuerzas sobre la cabeza de aquel que ya no revelaría ninguna de sus sospechas.

Repitió el golpe una segunda vez. El cuerpo permanecía inmóvil y a partir de aquel lugar el angosto cauce del arroyo se tinto en rojo.

Jadeante y excitado, se limpió las manos ensangrentadas antes de sujetar por las riendas al caballo, que permanecía agitado y nervioso. Los rayos del sol realizaban el intenso color negro del caballo, adquiriendo su pelaje unos brillos casi azulados. Basoa le transmitió calma con cariñosas palmadas en su cuello y susurrándole palabras al oído.

—¡Qué bonito eres, Ikatz! —le dedicó sincero.

Regresó al campamento al galope. Quien allí permanecía ya había comenzado con la labor de desollar los conejos cuando escuchó el rumor de un galope aproximándose. Alzó la vista y descubrió a Basoa que, como una exhalación, cruzaba entre los árboles. Desconcertado, se puso en pie sujetando por las patas al conejo a medio desollar.

Para cuando presintió que algo peligroso ocurría, Ikatz ya estaba casi sobre él. El caballo le arrolló estrellando sus poderosas pezuñas delanteras, dos auténticas mazas, sobre su pecho. Unos metros más adelante, Basoa logró contener el empuje del caballo y regresó junto al herido que, inmóvil en el suelo, a punto parecía estar de ahogarse en la sangre que vomitaba a borbotones. Aun así agitaba nervioso la mano en la que sujetaba el minúsculo cuchillo con el que estaba desollando los conejos. Basoa pisó su muñeca hasta que soltó el cuchillo, mientras con su mirada parecía implorar ayuda, pero también una explicación.

—Si dijera que lo siento, no mentiría. Si dijera que no lo siento tampoco mentiría. ¿Lo logras entender?

El herido negaba nervioso con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna entre los estertores que le producía estar asfixiándose entre su propia sangre.

—Tampoco yo lo entiendo, pero los dos sabemos qué tiene que ocurrir ahora. —Basoa desenvainó su espada—. Solo será un momento.

Sujetando la espada con ambas manos, apoyó la punta de la hoja en el esternón del herido. Tomó aire y apretó con todas sus fuerzas hasta que la hoja se detuvo tras atravesar el cuerpo del muchacho. Después alzó la mirada a las copas de los árboles, otra vez sucedía. Las ramas desnudas de hojas se retorcían unas con otras, crujiendo como si se quebrasen. La visión espeluznante y los siniestros sonidos le sumergieron en un estado de pánico que era incapaz de dominar. Se alejó corriendo sin dirección hasta que tropezó con una raíz y cayó rodando, quedando tendido sobre la húmeda hojarasca que se pudría en el húmedo suelo del bosque.

Revolcándose en el humus, tal y como un jabalí lo haría, gemía inconsolable. Esquivando las ramas que los árboles le lanzaban para atraparle, se movía a un lado y a otro cubriéndose el rostro para no ver aquello. Sabía que debía rehacerse y poco a poco fue serenándose. Los árboles cesaron lentos en sus

movimientos al mismo ritmo en que él se tranquilizaba.

Regresó sobre sus pasos recuperando la espada que permanecía clavada en el pecho del finado. Recogió únicamente sus pertenencias, acomodándolas en un petate sobre la grupa de Ikatz y se alejó en busca de los otros dos.

Próximo al medio día les vio descender por las laderas del alto al que les había ordenado subir.

—¿Alguna novedad?

—Ni rastro de ningún ejército. Eso sí, dentro de poco habrá jaleo.

—Las almenaras de los *montes bocineros* han sido prendidas, tocan a rebato en todo el territorio —contestó el segundo.

—Era lo esperado —contestó Basoa. La posición distendida de aquellos contribuyó a culminar con su plan. En un suspiro desenvainó la espada y, barriendo el aire, segó el cuello de uno. Antes de que el otro reaccionase descargó de seguido un mandoble con la espada en un gesto previamente calculado, hundiéndola en su vientre.

Al extraerla, como siempre ocurre, el herido solo se preocupa de llevar sus manos a su abdomen para evitar que sus vísceras se desparramen por el suelo. Un gesto que ayuda sobremanera a terminar con su vida.

Alzando sus brazos descargó un golpe definitivo contra la cabeza de su subordinado. El otro herido intentaba taponar su herida en el cuello, mientras descubría aterrado los secretos que escondía en el interior el cráneo quebrado de su amigo. Después cruzó su mirada con Basoa.

—Os oí antes, hablabais de mí... —le ofreció su jefe, adivinando que pedía una explicación.

El herido asintió, implorando al cerrar los ojos que Basoa terminase con aquello.

Capítulo 11

Después de abandonar Bakio, Munio y sus camaradas se refugiaron en un alto a medio camino entre la villa costera y su vecina Bermeo. El amanecer estaba cercano y no convenía deambular a la luz del día con las tropas extranjeras tan cercanas. Aguardarían a la noche para acudir a su cita con Basoa. Desde la lejanía fueron testigos del asalto asturiano y también de cómo un reducido grupo de vecinos había considerado sus indicaciones abandonando sus casas antes del ataque.

Se dedicaron a dormir para pasar la jornada de la manera más liviana, pero,

cayendo la tarde, Munio observó movimiento en el camino que venía de Bermeo. Un fraile tiraba del roncal de una mula que portaba un abultado costal. Ordenó que le acompañasen un par de sus hombres, los otros dos permanecieron al cuidado de las monturas.

Descendieron sigilosos de árbol en árbol para no ser vistos por un confiado Juan de Arrazola que canturreando regresaba después de proveerse de víveres y de arreglar alguna herramienta en la herrería. Cercanos al camino se abalanzaron sobre el viajero en una precipitada carrera.

Los gritos que proferían asustaron a la mula, que comenzó a dar sacudidas hasta que el saco que portaba se desprendió de su grupa desparramando su contenido por el suelo.

El fraile, sorprendido, intentó controlar la reacción del animal pero un empujón de este lo lanzó a un lado golpeándose en la cabeza con las piedras del camino. Ligeramente aturdido acababa de ser rodeado por los tres bandidos.

—Buenas tardes, padre —le ofreció irónico Munio.

Juan de Arrazola intentaba incorporarse pero unas veces la bota de Munio, otras las de los otros, se lo impedían al patear sus costados a cada intento que hacía por incorporarse.

—¡Estate quieto ya! — le ordenó Munio—. ¿Viajas solo?

El fraile asintió.

—Eso parece —corroboró uno de los bandidos, que se había alejado unos pasos para comprobar que nadie más viajaba con el fraile.

Revisando el contenido del costal, no encontraron cosa de gran valor, simples provisiones, cecina, un par de hogazas de pan, queso, un pollo limpio de plumas y vísceras bien envuelto en un lienzo listo para asar y un tarro de arcilla con miel que, al caer, se había roto y embadurnado todas las provisiones.

Sin más, uno de los bandidos anudó de nuevo el saco y se lo echó al hombro.

—¿Dinero? —le inquirió Munio.

El fraile, que ya había recuperado un poco la compostura, echó mano de su cinto y desanudó una minúscula bolsa de cuero, arrojándosela a los pies del bandido. Munio la revisó arrojándola después también lejos: estaba vacía.

—De acuerdo, parece que has gastado todo. ¿A dónde te diriges?

El fraile no contestó, no pensaba revelar que su destino estaba justo al lado, en el singular islote en el que él y su compañero estaban construyendo una ermita.

—¡Responde! —le apremió uno de los bandidos dándole un nuevo puntapié en un costado.

Sin poder evitarlo, el antiguo mercenario dirigió la vista a lo alto del promontorio adentrado en el mar en cuyo alto su compañero estaba trabajando. Esa mirada alertó a los bandidos, que se giraron en esa dirección.

—¿Es ahí? —pronunció Munio.

—Parece que en lo alto hay una obra, ¿no os parece? —añadió el que acaba de patear el costado del fraile al dirigir su mirada a lo alto de aquel paraje.

—Si tú lo dices... —contestó Munio con desdén—. ¿Es ahí a dónde te diriges, fraile?

El clérigo asintió.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los bandidos a Munio.

—¿Hacer? ¡Nada! ¿Acaso pretendes subir hasta allí?

—No tenemos nada de valor —aseguró el fraile.

—¡Vaya! ¡Si sabes hablar! —contestó socarrón Munio—. ¿Qué estáis construyendo ahí?

—Una ermita.

—¡Una ermita! —Hizo una pausa reconociendo el agreste terreno con la mirada intuyendo lo laborioso de aquel trabajo—. Anda, recoge a tu mula, vete y no olvides en tus plegarias pedir por nosotros.

El fraile se incorporó lentamente ignorando la burla. Sin pronunciar palabra caminó hacia la mula que unos pasos más adelante aguardaba ya más tranquila tras el susto.

—Espera un momento. ¿Qué llevas ahí colgado?

Uno de los bandidos se había percatado de que un pequeño bulto pendía del lomo del animal anudado a la montura.

—Vamos a ver qué más llevas ahí.

El fraile tomó el pequeño saco desatando su abertura. De pronto se montó un gran revuelo.

—¡Alerta! —gritaron los que ladera arriba se habían quedado vigilantes.

El fraile y los tres bandidos giraron la vista a uno de los extremos del camino.

Un jinete cabalgaba al galope contra ellos con la espada desenvainada. El joven Lope, en su regreso de Bakio, se había topado con la escena del asalto y sin dudarlo cargaba contra los bandidos.

Juan de Arrázola no pudo disimular una leve sonrisa al reconocer a su sobrino. A su lado, el ladrón permanecía aún sin reaccionar. Rápidamente, el fraile echó mano de lo que el pequeño saco guardaba en su interior. Entre las herramientas que portaba tomó una pequeña pero pesada maza para tallar la piedra que esa

mañana hubo de llevar al herrero de Bermeo para ser reparada colocándole un mango nuevo.

Con el pesado martillo en la mano se giró hacia el bandido que, desprevenido, solo centraba su mirada en aquel jinete. Olvidándose de su promesa de nunca volver a levantar la mano contra ningún hombre, golpeó con la herramienta en la frente del salteador con todas sus fuerzas, que de seguido se desplomaba sin vida en medio del camino.

El caballo de Lope saltó por encima del cuerpo del ladrón. Al tomar sus cuatro patas contacto con el suelo estaba casi a la altura de los otros dos. Munio se arrojó a un lado, evitando ser arrollado. Su compañero, en cambio, fue alcanzado por Lope descargando un golpe de espada que abrió un tajo cruzando por su nuca desde el hombro derecho hasta el oído contrario.

Munio se incorporó asombrado de cómo en un instante dos de sus mejores hombres yacían muertos.

—¡Ayuda! ¡Bajad rápido! —gritó a los otros dos que ya descendían tirando de los caballos, pero aún les restaban unos metros para llegar y Munio se encontraba entre el fraile, que se le encaraba con la maza en la mano, y aquel, que estaba apaciguando a su animal para volverse y cargar de nuevo.

Justo en el momento que lo esquivó, pudo contemplar durante un par de segundos su rostro y creyó reconocer en aquel una especie de fantasma. Una faz pálida hasta el extremo, más propia de un cadáver que de un vivo. Unos cabellos largos y canos, una barba del mismo color. Solo fue un instante, pero sintió un miedo profundo al cruzar sus miradas y descubrir que las cuencas de aquellos ojos eran tan profundas y oscuras que parecían estar vacías. Ahora el jinete, ya rehecho de la primera acometida, se volvió avanzando en su contra.

Munio desenvainó su espada dispuesto a atravesar al osado fraile en cuanto estuviese lo suficientemente cerca. El antiguo mercenario lanzó su maza contra el salteador, que reaccionó protegiéndose con su brazo izquierdo del impacto del martillo que buscaba su cara. Aquel gesto salvó su vida, pero el golpe encajado dejó su extremidad seriamente magullada e ineficaz para combatir. Sin tiempo para lamentarse por si tendría algún hueso roto, se giró dispuesto a hacer frente a la acometida del jinete en el momento que sus compañeros alcanzaban el camino.

Munio contuvo el enérgico golpe de espada que descargó su atacante oponiendo la suya como defensa, pero ni aun así logró evitar que el metal de su adversario se deslizase por la parte superior del lóbulo de su oído seccionándolo y haciéndole estallar en gritos.

Lope evaluó rápidamente la situación: los otros bandidos a caballo con alguna montura más sin jinete acababan de hacer aparición en la lucha. Ahora sí que se encontraba en una situación de clara desventaja, así que giró el caballo

enfilando al galope el camino hacia Bermeo.

Volvió su mirada constatando cómo aquel desconcierto había sido aprovechado por su tío, que descendía en una carrera casi suicida hacia la base del acantilado. Los bandidos, ante el riesgo de caída, se olvidaron del fraile centrando su atención en Lope. Munio tomó uno de los caballos encaramándose a él con dificultad.

—¡Ayúdame a montar! —ordenó a uno de sus esbirros incapaz de taponarse la herida del oído por el que sangraba profusamente al tiempo que debía sujetar las riendas del caballo ya que apenas podía mover el brazo herido.

—¡Matadle!

Sus dos compañeros se lanzaron tras Lope. Munio, incapaz de seguirles, se mantuvo en aquel lugar intentando taponar su herida con un trozo de su propia camisa que, rasgada en jirones, transformó en un improvisado vendaje.

El jinete blanco cruzaba como una centella por la estrecha vereda que discurría sobre el acantilado. Ya para cuando alcanzó los espesos bosques tras los que arribaría a Bermeo, les había logrado dejar a mayor distancia. Los bandidos desistieron de seguir persiguiéndole y regresaron con Munio al darse cuenta de que no cabalgaba tras ellos.

Lope disminuyó la intensidad del galope del animal al comprobar que ya no le perseguían, dándole un par de palmadas a modo de gratitud en el cuello. Era media tarde cuando se presentó en Bermeo y acudió al encuentro con sus padres, que ciertamente se hallaban alarmados por la tardanza en regresar de su hijo.

Fruiz y Siubhan se habían acercado a Bermeo esa mañana para supervisar los preparativos del grupo de hombres que se iban a incorporar al ejército que haría frente a los invasores.

Tras ser puestos en antecedentes por su hijo, una docena de hombres salió en busca de los bandidos, pero ya no darían con ellos. Regresaron cayendo la noche tras recuperar los cuerpos de los dos salteadores muertos en la reyerta, y comprobar el buen estado de Juan Arrazola, acercándose por propia indicación de Lope a la cabaña que ocupaban a los pies del acantilado.

Después de recibir con satisfacción la noticia, Lope hubo de centrarse en otras cuestiones si cabe aún más apremiantes.

—¿Y de lo otro qué? —le cuestionó su madre.

—¿De qué otro? —respondió.

—El compromiso con Sancho de Estígúiz es firme. Dalda consiente y solo falta que formalices la petición de mano —le recordó su padre.

Lope bajó la vista. En esos momentos solo tenía la mente puesta en la guerra

que se iba a desatar.

—Ayer te marchaste tan de improviso, tan... —Era Siubhan la que hablaba a su hijo—. Sé que continúas sufriendo, pero no permitas que el dolor condicione tu futuro. Dalda es muy hermosa y te aseguro que está entusiasmada por esta unión: no te será difícil quererla. Íñiga siempre permanecerá en tu corazón, pero tú, Lope, estás vivo y ella no; debes intentar ser feliz.

Lope sonrió tímidamente a su madre, ya había tomado una decisión hacía tiempo. Sabía que Dalda consentía, pues tuvo ocasión de estar con ella a solas y se sinceraron mutuamente. Lo que le sorprendía era que sus padres mantuviesen tantas dudas acerca de su decisión. Sin ser consciente, ofrecía una personalidad hermética.

—Me casaré con Dalda. En cuanto unamos nuestras fuerzas a las que tenga bajo su mando Sancho de Estíguz en Tabira, pediré formalmente la mano de su hija. Pero ahora, si me disculpas, madre —hizo una pausa buscando la mirada de su padre que ofrecía un gesto más distendido consciente por fin del consentimiento de su hijo—, pospongamos ese tema, pues tenemos que pensar en cómo organizar nuestras fuerzas para la guerra.

A la mañana siguiente, se logró reunir un par de centenares de hombres, más o menos bien pertrechados para el combate. Quienes sufrían algún tipo de carencia eran equipados en su medida por los mismos señores de Busturia que pusieron todo de su parte en dotar a aquella fuerza de un armamento digno. Allí donde veía Lope que alguien no portaba un escudo o una lanza, hacía que se le proveyese de tal material. Consolaba a los refugiados de Bakio asegurándoles que se tomarían cumplida venganza, y también daba ánimos a las madres y esposas que afligidas veían marchar a los suyos a la guerra, actitud que levantaba comentarios de admiración y adhesión hacia aquel joven caballero.

Siubhan y Fruiz observaban cómo su hijo era el centro de todo aquel tumulto. Entonces fue cuando escucharon por vez primera algunos vítores ensalzando a “Jaun Zuria”, el Señor Blanco, como ya le acababa de bautizar el pueblo.

—¡Jaun Zuria! —pronunció Fruiz a oídos de su esposa.

—Es un líder —respondió orgullosa.

Fruiz, rememorando el episodio del pasado que tanto le inquietaba, comenzaba a adivinar quizás el propósito de Sugaar. Su esposa le tomó por el brazo para reconfortarlo, sospechando qué clase de pensamientos ocupaban su mente al verlo repentinamente en actitud ausente.

—Quizás ahora que Lope ya es un hombre cobra sentido por qué Sugaar me arrebató su paternidad. Jaun Zuria le aclaman... ¡Si supieran realmente de quién es hijo!

—¡Tuyo, Fruiz! Debes olvidar aquello, por favor.

—Pero mírale, Siub. Si es que es distinto a todos nosotros... ¡Es tan blanco! Su cabello, su aspecto, su mirada. Ha crecido a la imagen de Sugaar, no puedo obviar que le vi entre los fognazos de los relámpagos en la alcoba, estaba a mi lado.

Siubhan suspiró profundamente desistiendo de seguir hablando de aquello. Ella, por su parte, sí que sabía encontrarle un gran parecido a alguien.

Capítulo 12

—¿Cenamos ya? Me muero de hambre.

Peru le instaba así a su madre a que llenase los platos con la cena. Regresaba hambriento y molido por el duro trabajo en la herrería.

—Le he dicho a tu padre que la cena ya estaba caliente, si en un momento no aparece con tu hermana cenaremos y que se tomen la sopa fría.

—¿Dónde están?

Tomasi cambió el gesto de apremio que tenía por cenar para contestar a su hijo.

—Hoy Kata está muy triste. Ha estado casi toda la tarde poniendo y quitando piedras en el árbol muerto, lo mismo que hacía tu abuelo, ya sabes.

Tomasi se refería a una antigua creencia que trataba sobre ofrendar a la “madre” guijarros de los ríos, guijarros hermosos dispuestos sobre las ramas de los frutales para conseguir protección para sus cosechas y que librara su flor de las heladas. El abuelo, además de transmitirles esa costumbre, tenía su propia versión del rito. Nunca les dijo por qué eligió aquel manzano seco y retorcido que en más de una ocasión su hijo Jurdan estuvo a punto de talar, impedido precisamente por su padre. El abuelo, según su criterio cambiaba o movía las piedras de una rama a otra. Si amanecía alguna en el suelo en seguida le buscaba un significado, y de una manera u otra sus vaticinios siempre habían tenido reflejo en la realidad. Aquel manzano, decía el viejo, era el protector de la casa, de la familia; las formas retorcidas y caprichosas de sus ramas se asemejaban a una mujer que se revolvía con furia alzando sus brazos contra algo, al menos eso era lo que el anciano explicaba a su nieta, que siempre se había mostrado encandilada con la silueta de aquel manzano seco.

La puerta de la cabaña se abrió violentamente empujada por el viento. En el exterior aún quedaba un poco de luz y vieron cómo Anixe y Jurdan se acercaban corriendo para esquivar la lluvia que se acababa de desatar.

—¡Vamos de una vez! —les reprendió Tomasi—. ¡Que al final la sopa va a

estar helada!

Sentados a la mesa, inclinaron levemente sus cabezas y, cada uno a su manera, dieron gracias por la comida que tenían ante sí.

—¡A por la sopa! —sentenció Jurdan dando por concluido el pequeño momento de meditación—. ¿Qué tal ha ido la jornada, hijo? ¿Aprendes el oficio?

Peru se encogió de hombros y metió una par de cucharadas de sopa en su boca antes de contestar.

—Bien, pero Beltz es muy raro. Casi no habla y tengo que adivinar muchas veces lo que he de hacer solo con sus gestos.

Jurdan sonrió.

—Seguro que sí, pero no es mal tipo Beltz, aunque es cierto que es muy silencioso y solitario. Medio año fundiendo pedruscos de mineral de hierro, otro medio año talando árboles y fabricando carboneras y siempre sin compañía.

—No le costaría hablar un poco más, así le entendería mejor. No me extraña que le duren tan poco los ayudantes.

—¡Eh, mozo! —le reprendió ahora la madre—. No pongas tantas pegas al trabajo, mira que estás aprendiendo un oficio y ser ferrón no es cualquier cosa.

—¡Ya lo sé! —se excusó Peru—. Solo digo que se me hace difícil seguirle en las labores, casi todo lo tengo que adivinar.

—Así, cuando aprendas, serás tan bueno fabricando tochos de hierro como él —le contestó convencida su madre, que no quería escuchar más quejas.

—Beltz no fue siempre así —intervino Jurdan—. La vida cambia a las personas y ese grandullón antes era un tipo alegre, pero la vida le arreó dos buenas patadas donde más duele.

—¿En los cojones? —preguntó Peru entre dientes, incapaz de retener la sopa en la boca al reírse él solo de su ocurrencia.

Tomasi, que cenaba sentada a su lado, le propinó un golpe con la mano en la cabeza, censurando el comentario.

—¡Habla con propiedad, marrano! Que estamos cenando.

—No es nada divertido —reprendió Jurdan a su hijo—. ¿Sabías que perdió a su mujer?

Peru se encogió de hombros. Miró a su hermana, pero Kata parecía abstraída. No había pronunciado palabra alguna desde que comenzase a cenar. Revolvía la sopa lentamente y de vez en cuando se llevaba una cucharada a la boca para acto seguido volver a revolver el cuenco y perder su mirada en el caldo como si allí buscase algo. El chico volvió la vista a su padre.

—Sí, bueno, nunca le he preguntado por ella, a Anixe quiero decir, ¡a su padre

ni se me ocurriría!

—Pues mejor así.

—Se murió, ¿no?

—Algo peor.

—¿Peor? —Peru se mostró pensativo—. Pues si es peor... la mató alguien o igual la atacó una bestia. ¿Un jabalí?

—¡Dejad de una vez el juego de los acertijos! —censuró Tomasi—. Se marchó, hijo, les abandonó.

—¡Pues vaya con la señora! —respondió el muchacho.

—Se fue con un caballero que pasó un par de veces por la herrería a encargar algunos trabajos de forja a Beltz. El tipo, de alguna manera, engatusó a la mujer, dejándole al final a Beltz con el encargo sin recoger y también sin esposa. Una noche, cuando ya se disponían a acostarse, ella salió afuera. Beltz, desde la cama, escuchó cómo una montura se detenía, y la voz de su mujer y del forastero entre risas. Salió afuera con el tiempo justo de ver cómo ella, abrazada al jinete de aquel caballo, se alejaba al galope abandonándole a él y a sus hijos de una manera tan ruin.

—¿Qué clase de mujer abandona a unos hijos? —se preguntó Tomasi en voz alta.

—¡Uf! Pues sí que es un buen golpe, pero has dicho “a sus hijos” y Beltz solo tiene una hija, Anixe.

Tomasi y Jurdan negaron al tiempo con la cabeza. Intrigada por el cariz que iba tomando la conversación, Kata levantó la mirada, ahora inquieta como la de su hermano por conocer aquel secreto que les desvelaban.

—Te dije que a Beltz la vida le dio dos buenas patadas. Una fue que su esposa le abandonase por otro hombre, sin nunca sospechar que algo así le pudiese suceder. ¡Qué extrañas ideas se pasarían por la cabeza de aquella mujer para actuar así!

—¡Qué ideas ni ideas! —censuró Tomasi—. Que era mala, era mala sin más.

—Bueno, vale, da igual —interrumpió impaciente Peru—. ¿Qué fue lo otro, la otra patada que le dio la vida?

—Cuando eso sucedió, Anixe no tendría más de tres o cuatro años, pero también tenía un hermano mayor —prosiguió Jurdan.

—¿Y dónde está? ¿Acaso murió?

Jurdan bajó la mirada y dio cuenta de las dos últimas cucharadas de la cena. Después se sirvió un poco de agua. Parecía que estuviese buscando las palabras para contestar. Fuese o no fuese así, lo hizo de una manera sencilla y

clara.

—Es un asesino.

—¡Un asesino! Pero... ¿cómo que es un asesino? ¿Es un bandido?

—Así es, asalta junto con otros a viajeros solitarios, cabañas aisladas o incluso pequeñas aldeas como la nuestra. No es que mate solo por robar, que lo hace, ciertamente...

—¡Mata por puro placer! —le interrumpió Tomasi—. Mata por gusto, ¡por vicio! Es una maldita alimaña.

Tanto Kata como su hermano sintieron un escalofrío de terror recorrer su espalda al ser conocedores de tal revelación. Nunca habrían imaginado algo así.

—¿Y eso lo sabe Anixe? —preguntó Peru.

Tomasi busco la mirada de Jurdan esperando una respuesta. Este se encogió de hombros y se levantó de la mesa recogiendo los platos, pues ya habían terminado de cenar. Los depositó dentro de un cubo con agua y volvió a la mesa con un pequeño costal, de cuyo interior extrajo un par de puñados de nueces que desparramó en el centro de la mesa. Entonces tomó de nuevo la palabra Tomasi.

—No creo que lo sepa. ¿Qué sentido tendría que Beltz la atormentara con una cosa así?

—Ya —respondió Jurdan, que clavando la punta de un cuchillo entre las cáscaras de las nueces, las iba abriendo dejándolas sobre la mesa para que se fuesen sirviendo—. Los dos hermanos se llevan varios años, pero es posible que Anixe le recuerde, aunque era muy pequeña cuando ocurrió.

—No creo, has dicho que tendría unos tres años...

Jurdan frunció el ceño incómodo.

—Me refiero a algo que ocurrió unos años después.

—Tres años después exactamente —corroboró Tomasi a su esposo.

—¡Uf! Menuda historia, ¿eh, Kata? —exclamó Peru a su melliza, excitado—. ¿Qué te pasa? ¿No has dicho nada en toda la noche?

—No tengo ganas de hablar. De todas maneras, si Anixe supiese algo me lo habría dicho.

—¿Sí? Qué segura estás de ello —le respondió irónico—. También me lo podría haber contado a mí.

—Sí, claro, ¡a ti te lo va a contar! —respondió Kata, ofreciendo un gesto despectivo.

—Bueno, padre —interpeló Peru—, ¿qué es lo que pasó después de esos tres años?

—Beltz trabajaba en la ferrería ayudado por su hijo. Si Beltz se había vuelto silencioso y un tanto huraño tras ser abandonado por su mujer, lo cierto es que su hijo ya lo era, lo había sido siempre. Un chico callado, sin amigos y con una mirada... una mirada de bestia, ¡como un jabalí! Beltz sabía que había algo en la mente de aquel muchacho que estaba incontrolado. En una ocasión llegó a decirme que temía que un día les hiciese algo a él o a Anixe.

—¿Pero por qué? ¿Solo porque era un poco raro?

—En ocasiones desaparecía por espacio de dos o tres días, y cuando regresaba lo hacía cubierto de sangre. Traía, es verdad, alguna pieza de caza cobrada, pero aquella sangre que manchaba sus ropas, incluso su cabello en ocasiones... Beltz le interrogaba alarmado y no recibía respuesta alguna del chico. Pronto comenzaron a oírse relatos de gentes que desaparecían y otras que aparecían degolladas, desangradas. Beltz sospechaba que...

—¡Que el asesino era su hijo! —interrumpió Peru.

—Claro, y te aseguro que Beltz no es de los que se amilana ante nadie, pero no sé si es que no podía o no quería creer que aquel criminal que deambulaba por bosques y montañas era su hijo. Aquello le tenía que corroer por dentro.

—¿Y qué pasó después?

—Llegaron noticias a la ferrería de quién era y dónde vivía el caballero con el que se amancebó su mujer. Esa misma noche Beltz, desde la cama, escuchó los cascos del caballo de su hijo que se alejaba al galope. Sospechó que de nuevo se perdería por los montes para cometer alguna de sus tropelías. Esa sería la última vez, acabaría con aquello a su regreso aunque no tenía muy claro qué hacer, porque aún albergaba una mínima esperanza de que todo aquello no fuesen más que macabras coincidencias y su hijo no fuese la bestia que intuía. Esa noche tardó mucho en dormirse y no se despertó al alba como era su costumbre, lo hizo casi a media mañana. Al levantarse, percibió el olor del humo. Asomándose por el ventanuco de su cabaña vio a su hijo trabajando en la *haizeola*. Se sintió aliviado, quizás todas sus conjeturas careciesen de fundamento, pensó, su hijo estaba allí trabajando, pero cuando se acercó al horno para la labor, se quedó horrorizado.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Peru con los ojos abiertos como platos. La expresión en el rostro de Kata no difería en nada de la de su mellizo.

—El muchacho encontró a su madre. Resultó que apenas vivía a tres leguas de aquí, en casa de su amante fingiendo ser una criada. Entró en la casa de madrugada sorprendiéndolos dormidos y, sin más miramientos, los descuartizó a golpe de hacha. Después introdujo sus cabezas en un costal de los que usan para acarrear el cisco a la fragua y cuando Beltz se acercó esa mañana, le descubrió con una sonrisa sanguinaria introduciendo en lo más vivo del fuego del horno las dos cabezas ensartadas en la misma horca.

Kata se levantó de la mesa de repente llevándose la mano a la boca. Jurdan y Tomasi, sobresaltados, observaron cómo la chica salía corriendo hacia el exterior de la vivienda. En cuanto alcanzó la puerta y se vio fuera comenzó a vomitar.

Tomasi censuró las formas que había empleado su marido en la narración del relato.

—Podías haberte ahorrado algunos detalles, desde luego que parece que fueses un comediante.

—Qué se yo, mujer —intentó excusarse visiblemente aturdido—, la historia es así...

—Ya, pero hay maneras y maneras.

Tomasi se levantó y se acercó hasta Kata, Jurdan también lo hizo pero al comprobar que la joven volvía al interior acompañada de su madre se quedó a medio camino.

—¿Estás bien, hija? —preguntó preocupado.

—Sí, padre, es solo que...

—Ya, ya se, lo siento —volvió a excusarse.

—Me voy a acostar, no me encuentro bien —contestó Kata.

—Eso es —corroboró su madre—. ¡Todos a dormir! Se acabó la velada.

—Pero —protestó Peru— ¿cómo acaba la historia?

Tomasi acompañó a Kata hasta su jergón lanzando una mirada retadora a su esposo para que cesase de una vez con el relato. Jurdan tomó a Peru del brazo y en voz baja terminó con la narración.

—¿Pues cómo quieres que termine? Beltz descubrió que su hijo era un maldito demonio, que incluso había matado a su propia madre. Corrió a casa a proteger a Anixe, y se enfrentó a su hijo con una espada, pero este eludió cualquier tipo de lucha, siempre, decía Beltz al contármelo, siempre con una sonrisa burlona y siniestra en su rostro. Tomó su caballo y, sin más equipaje que su espada al cinto y la horca que en sus extremos tenía clavadas las dos cabezas, ennegrecidas por el fuego, partió al galope y nunca más volvió.

—¡Uf! Esa historia es terrible, padre.

—Sobre lo que me preguntabas de Anixe, es posible que su padre no le hable de aquello, pero desde luego que se acordará de que tuvo un hermano.

—¿Y cuál es su nombre? No me lo has dicho.

—Habrás oído alguna vez hablar de bandidos, de algunos de sus nombres.

—Bueno sí, de algunos.

—¿Te suena Basoa?

Capítulo 13

Los casi dos mil hombres que emprendieron la campaña de castigo y saqueo de Vizcaya bien podían decir que culminaban con éxito su propósito. Tomar las bolsas de los dineros de aquellos a los que desposeían de los suyos era sencillo, pero también era tentador hacerse con otros bienes. Para ello hubieron de proveerse sobre la marcha de carros y animales de tiro y así transportar los botines expoliados. Finalmente, Bermudo coincidía con Froila en el diagnóstico de la situación.

—Quizás sea conveniente dar por concluida esta empresa.

Bermudo se dirigía así a Froila, que acababa de situarse cerca de él a orinar. Los dos acababan de salir de sus tiendas poco después del amanecer.

—La tropa se ha hecho con demasiado botín para transportarlo de una manera ágil. No tienen medida.

—¿Conoces mejor manera de financiar la campaña?

—Pues no —respondió Froila—, pero acaparar más botín demoraría nuestro regreso. Eso sin contar que no hemos recibido respuesta y no es descabellado suponer que traten de organizar algo.

—Es posible, ya hemos visto los fuegos en las cimas de los montes más altos, algo traman.

Compartieron el caldo del desayuno con el resto de la tropa, así como unas buenas lonchas de tocino sobre generosas rebanadas de pan. Es lo bueno de los saqueos, siempre se encuentra comida en abundancia y variada, algo que sin duda ayuda a mantener alta la moral de los hombres. Impartieron órdenes para levantar el campamento y partir al día siguiente. Resultaba tentador regresar a Asturias por la costa, el camino más corto atravesando la Trasmiera, pero debían organizar una sólida guarnición en Brunos, donde aguardaban acantonadas el resto de fuerzas que componía la expedición en origen.

Como si aquella conversación fuese premonitoria, poco después se presentó una comitiva compuesta por media docena de caballeros vizcaínos en clara señal de tregua con la intención de hacer llegar un mensaje.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Bermudo a Froila, que había hecho ir a buscarle.

—Míralo tú mismo.

Froila señalaba a lo lejos, sobre una loma aparecían recortadas las siluetas de

media docena de jinetes.

—Se les ha acercado alguien.

—He mandado una avanzadilla y dicen que quieren entrevistarse con el mando, que traen un mensaje de su señor, el noble durangués Sancho de Estíguiz

—¡Que insolencia! Su señor es el rey Alfonso.

—¿Qué hacemos? ¿Les escuchamos, Bermudo?

—Claro, habrá que ver qué quieren, quizás acepten por fin someterse para que cesemos con nuestra campaña.

—Es posible.

Bermudo y Froila se acercaron a caballo, a media distancia acompañados de una docena de jinetes. La comitiva enviada por el señor de Durango hizo lo propio.

Detenidos frente a frente, separados por unos pocos metros, fue Froila quien tomó la voz.

—¿Habéis venido a rendir los tributos que adeudáis a vuestro rey?

—Hemos venido a transmitir un mensaje.

—¿Con quién estoy hablando?

—Mi nombre es Lope Fruiz, señor de Busturia, y traigo de parte de Sancho Estíguiz, caudillo ahora de los territorios de Vizcaya y conde de Durango, el requerimiento a que ceséis en vuestra campaña de expolio a nuestro pueblo, con la exigencia de que devolváis los bienes expoliados y, si no accedieseis a ello, a que tengáis la dignidad de presentar batalla.

Las fuerzas vizcaínas, reunidas bajo el mando de Estíguiz, estaban dispuestas para combatir, pero el errático deambular de la tropa extranjera por el territorio, hacía complicado presentar batalla. Así pues, el señor de Durango encomendó a Fruiz, tras su llegada con los refuerzos que traía desde Bermeo, Gernika y otras pequeñas aldeas que engrosaron con sus hombres sus filas a su paso, la misión de trasladar el reto al enemigo. Después, eso sí, de haber tratado los esponsales de sus respectivos hijos.

Lope quiso acudir junto a su padre, pero tal deseo le fue impedido tanto por este como por su futuro suegro.

—Ya habrá tiempo de ir a batallar con los asturianos, ahora dedícate a conquistar el corazón de Dalda —le ordenó Sancho de Estíguiz.

Fruiz acudía ante el enemigo con el encargo de obtener una respuesta conforme a las normas de nobleza que de cualquier caballero, aunque enemigo, cabría esperar.

—¿Y qué necesidad tenemos de presentaros batalla? ¿No habéis aprendido la lección? ¿Por qué queréis seguir alargando el padecer de los vuestros? ¡Someteos a vuestro legítimo señor, someteos a vuestro rey!

—Señor mío, no recuerdo haber oído vuestro nombre...

—Froila de Onís

—¿Sois entonces quien está al mando?

—Bermudo Ordóñez, infante de Asturias y León, hermano del rey Alfonso es quien acaudilla este ejército.

—Pues trasladad al infante estas palabras: que no reconocemos tal autoridad mientras no se haga merecedora de ello. Que si estas tropas solo están preparadas para asaltar aldeas y extender el terror entre personas desarmadas, que sepa el rey que a eso nosotros lo llamamos cobardía y que retamos a este ejército a justo combate, puesto que la conveniencia o no de retar a batalla, es asunto de este pueblo.

Bermudo, que se había mantenido en un segundo plano, sintiéndose agraviado por aquellas palabras, adelantó su caballo hasta situarse al frente de la comitiva asturiana.

—Eres muy osado al hablarnos de esa manera. ¿Acaso no temes represalias?

—Simplemente he trasladado el mensaje que se me ha hecho hacer llegar. Aunque solo seamos media docena de hombres, os aseguro que no os sería nada sencillo llevarlas a efecto. Por otro lado, confiamos en la caballerosidad de aquellos que aceptan negociar bajo trato de tregua.

Bermudo esbozó una sonrisa bajo su barba, asintiendo.

—Tened confianza, no habría nada noble en represaliar a los mensajeros. Aunque desaprobéis esta campaña de “recaudación” sabed que es fruto de vuestra inconsciencia.

—Sin duda ahí radica el origen de nuestra disputa.

—Soy Bermudo Ordóñez, infante del reino y hermano del rey Alfonso. Para vuestra tranquilidad os diré que damos esta operación por concluida. Nos retiramos y esperamos pronto recibir la petición de clemencia por parte de ese al que llamáis vuestro señor. Al tiempo que mi hermano el rey es tenaz e implacable cuando le retan, también es indulgente con aquel que muestra su vasallaje.

—Señor infante, os insto pues a que concedáis en que nuestras fuerzas se midan y que sea el juicio de Dios quien premie con la victoria a quien defienda la posición más justa.

Froila miró a Bermudo con gesto de preocupación. La petición del noble vizcaíno era de justicia, pocos argumentos podría esgrimir el infante para eludir

la confrontación sin ser tildada tal actitud de cobarde. Por otro lado, aunque no tenía dudas de que aplastarían cualquier conato de insurgencia, ponerse a batallar cuando ya habían hecho presa en todo el botín que podían transportar no era nada conveniente.

Bermudo sostenía la mirada retadora de Fruiz, al tiempo estaba buscando una respuesta contundente que no tardó en encontrar.

—Los hombres nos hemos dado unas normas de conducta, que a pesar de que entremos en disputa y seamos enemigos las hemos de mantener; de no hacerlo, no nos diferenciaríamos mucho de los salvajes o de los infieles que nos quieren imponer su fe y su dios sacrílego.

—Eso es cierto señor —contestó Fruiz.

—Es por ello —prosiguió el infante—, que rechazar vuestra propuesta bien podría parecer un acto de cobardía a tenor de esas normas, que cualquier noble caballero debería observar.

—Entonces concedéis en presentar batalla... —respondió Fruiz inquieto.

Bermudo levantó la mano instándole a que guardase silencio y le dejase concluir.

—Tal petición es justa siempre que se trate de un igual a un igual, y este no es el caso. Estáis hablando con el infante, que es como hacerlo con el rey en su ausencia pues la misma sangre corre por nuestras venas, ¡sangre real! No hay pues rey en el mundo que acepte ser retado por hombres de ralea popular, no hay monarca que responda al reto de un súbdito, así pues nos es imposible corresponder a tal desafío siempre que no venga de alguien de sangre regia. De igual a igual y me temo que aún no se ha instaurado monarquía en esta tierra que no sea la que mi estirpe representa. Así pues, me veo obligado a rechazar vuestra petición por inapropiada.

Tan solo era una excusa, pero sabía Fruiz que tal argumento sería suficiente para sus enemigos. No tenían necesidad de batallar y no lo iban a hacer.

Froila sonrió satisfecho. Bermudo había sabido llevar la conversación a su terreno y nadie entre los suyos discutiría tal decisión. Sin duda obró convenientemente el rey el día que perdonó la vida y la traición de su hermano.

—Si no tenéis más que decir, podéis marchar. Informad al díscolo conde de Durango, deponed vuestra actitud y someteos al rey. A la postre serán vuestras familias las que os lo agradezcan.

—Señor infante, no me corresponde a mí tomar tales decisiones, aunque tengo una opinión al respecto.

—No me interesa saberla.

—Una cosa más antes de irnos, ¿decís que solo aceptaríais el enfrentaros a

un ejército bajo el mando de alguien de linaje real?

Bermudo frunció el ceño de nuevo, la insistencia del vizcaíno resultaba exasperante.

—Esa ha sido mi palabra.

—¡La palabra de un infante! Antes de que la noche caiga tendréis noticias nuevas, señor.

Fruiz se despidió con un cortés gesto al infante inclinando su cabeza y partió con sus escoltas al galope.

—Traman algo. ¿No crees? —cuestionó dubitativo Froila a Bermudo.

—¡Claro! Buscar un rey que los acaudille —respondió irónico—, y antes del anochecer nada menos. Me temo que mucho habrían de correr esos caballos hasta alguna corte.

Tabira, la población más destacada del territorio durangués, albergaba en sus alrededores acantonado el grueso que conformaba el ejército vizcaíno. Fruiz y sus hombres recorrieron en un desbocado galope las cinco leguas que les separaban desde el campamento de los asturianos.

—¡Cobardes! Se saldrán con la suya y lo harán con la cabeza alta. Aun así podríamos salir a su paso o acosarles en su retirada —se lamentaba Sancho de Estíguiz tras ser conocedor de la respuesta del infante asturiano.

—No sería igual. El plan que hemos trazado quedaría sin efecto —respondió Fruiz a su futuro consuegro.

—Alguien de sangre real dicen. Sospecho que tienes un plan, ¿no es así?

—Creo que algo se puede hacer.

—Habla entonces.

—Sancho, eres tú quien nos dirige y me incomoda sugerir esta posibilidad, pero solo por tirar por tierra las excusas del enemigo creo que estamos en disposición de dar una respuesta que no se imaginan y que en ningún caso podrían rechazar con los argumentos que ha esgrimido el infante bajo el peso de su palabra.

—Piensas que tu hijo podría ser nuestra baza, ¡maldita sea! Es hijo de princesa, nieto y sobrino de rey. Mi devoción a nuestra tierra está por encima de mi cargo. Me echaré a un lado y será Lope quien rete al enemigo. Haz venir a tu hijo. ¡Y vosotros! —ordenó a un par de soldados—. ¡Traed un escribano! Redactaremos una nueva declaración, ese infante asturiano no tendrá excusa ya para eludir el combate.

Fruiz se reunió de inmediato con su hijo, para darle cuenta de lo que su futuro suegro y él habían urdido.

—¿Y dices que el señor de Durango consiente en cederme el mando de todas las fuerzas? Eso no tiene mucho sentido.

—Lo tiene, hijo, al menos para nuestro enemigo sí que lo tiene. No podemos perder la ocasión de enfrentarnos a ellos y dejar sus fuerzas diezmadas bajo la estrategia que hemos diseñado. Les convertiremos en reos de sus palabras.

El joven se paseaba cabizbajo y pensativo de un lado a otro de la estancia donde hasta hacía poco había estado con Dalda conociéndose un poco más y hablando de sus vidas hasta que fueron interrumpidos por Fruiz y su prometida se ausentó.

—¿Puedo pasar?

Siubhan había entreabierto tímidamente la puerta.

—Adelante, madre. Tenemos noticias.

—Las conozco, Sancho me ha puesto en antecedentes. Es una ocasión única, hijo.

—La cuestión de que seas quien capitanee nuestras fuerzas —añadió Fruiz— es pura retórica, una simple excusa para argumentar a nuestros enemigos. No estás aún preparado.

—Soy consciente de ello, padre. Carezco de la formación necesaria para llevar a los hombres al combate, aunque deberían todos saber que combatir lo hice en las escaramuzas que mantuvimos con los asturianos previas al apresamiento del conde Zenón.

—Nadie ha olvidado el arrojo con que te empleaste. Aun así será conveniente recordárselo a todos.

—Creo —Siubhan tomó la palabra— que os equivocáis al enfocar esta situación. Tú, hijo, eres de sangre real. De no haber yo tenido que exiliarme, ahora que tras la muerte de mi hermano mayor, Cináed, ocupa Domnall el trono, tú desempeñarías sin duda un papel destacado en la corte de Alba, e incluso podrías haberle disputado el trono a tu tío, a fin de cuentas siempre ha sido un necio. Tu posición al frente de las fuerzas de Vizcaya no puede ser solo un pretexto para combatir al enemigo, debe tener tras la lucha unos frutos.

—Pero madre, es arriesgado. ¿No entenderán que quiera aprovecharme de la situación guiado solo por ambición?

—¡Maldita sea! ¿De qué demonios estáis hablando?

Madre e hijo parecían ignorar las dudas que planteaba Fruiz, que intuía que aquellos dos hacía tiempo que se traían algo entre manos y que ese era precisamente el momento idóneo para poner sobre la mesa todo su plan.

—Esposo mío, el territorio se encuentra descabezado desde hace tiempo y eso a la postre solo traerá desorden y caos. Quizás de seguir así se levanten

disputas y rencillas entre los principales nobles de cada comarca fragmentando más nuestro pequeño país.

—Cierto, siempre he temido que la falta de un referente claro a la cabeza nos conduzca a enfrentamientos civiles. Hasta ahora la amenaza de los asturianos y musulmanes es lo que nos ha mantenido unidos.

—Sí, pero cada vez menos.

—Vamos a ver, Siub, tratar de que nuestro hijo aglutine la adhesión de todo el territorio es quizá pedir demasiado y en donde antes no había disputas quizás ahora surjan discordias y enemigos.

—La clave —sentenció Siubhan— es Sancho de Estíguiz. No creo equivocarme al decir que te aprecia, que es quien más interesado está en este casamiento y que ahora, cuando valore la posibilidad de unir a Vizcaya bajo un señor, se haga partícipe de ella, lo que podría equivaler a unir los dos territorios en el futuro.

Fruiz así se lo había confiado alguna vez a su esposa. El territorio de Durango se encontraba al margen de Vizcaya desde hacía algo más de un siglo, conformando un condado hereditario. Ahora Sancho de Estíguiz se encontraba enfrentado a la iglesia muy a su pesar, y por tanto mal considerado entre muchos de los durangueses. Su obstinación tras la muerte de su esposa en darle sepultura en el interior de la iglesia de San Pedro de Tabira, algo siempre reservado para eclesiásticos de notable virtud, había despertado las iras del clero. Temiendo que a futuro pudiesen surgir más recelos que cuestionasen su cargo, consideraba seriamente, ya que su hija sería la heredera futura del condado de Durango, en hacer retornar el territorio a Vizcaya con aquel matrimonio, lo que daría gran estabilidad al mando que en el futuro ostentaría su única heredera. Ahora la amenaza asturiana relegaba todos esos asuntos a un segundo plano.

—Sancho —proseguía Siubhan— aceptó el caudillaje de Vizcaya por el vacío de poder tras el apresamiento de Zenón, a quien le unía una gran amistad, y también porque nadie se opuso en una situación tan apremiante, pero sabemos que se trata de una situación provisional y es hora de que eso cambie. Esta tierra necesita un señor, necesita un rey, te necesita a ti, hijo. Si demuestras tu valía en el combate, si consigues guiarles hasta la victoria, da igual que los planes de batalla los realice otro, serás el señor de todos los vizcaínos, sin importar su signo, sean cristianos o fieles al antiguo credo como nosotros, pues tu sangre está íntimamente ligada a ese poder y permanece entroncada directamente con las fuerzas divinas de esta tierra.

—Ahora empiezo a perderme, madre —respondió Lope, confuso. Siubhan buscó complicidad en la mirada de su esposo.

—Fruiz, creo que es hora de que nuestro hijo conozca bajo qué extraños

signos fue concebido.

Su esposo resopló un par de veces. Se había sentado en una silla de la estancia y Siubhan permanecía en cuclillas a su lado. Tomándole la mano le animó a dar el paso.

—Siempre dijimos que se lo diríamos, pero ¿sabes, Siub? A medida que iba creciendo y los años pasaban lo veía menos necesario. Ahora intento poner en orden todas esas ideas en mi cabeza y ¡maldita sea! ¡Tienes razón! ¡Qué reina perdió tu pueblo con tu marcha!

—Si Sugaar a través de ti engendró a nuestro hijo, ¿no deberíamos hacer todo lo posible para que alcance la dignidad que le corresponde?

El joven observaba a sus padres incrédulo y absorto ante lo que acababa de escuchar. Sorpresivamente, la conversación daba un vuelco espectacular y de lo que era una simple trama política se había pasado con toda naturalidad a argumentar aquel proyecto con tintes divinos.

—¿De qué y de quién estáis hablando? —cuestionó irritado.

Fruiz mantenía la mirada baja, sobre las manos de su esposa que acariciaban las suyas, se levantó despacio, posando su vista en la de su hijo.

—Hablamos de ti, del hijo de Sugaar.

Fruiz no entró en la narración a su hijo de los detalles más íntimos de aquella noche en la que Sugaar se materializó en forma de serpiente blanca, pero fue claro al contarle con todo convencimiento que la forma masculina de Mari había tomado en aquel momento el control de su cuerpo y de su mente, convencido de que aquello no fue una ilusión. Que había otros, también buenos y fieles seguidores del credo en la dama, que fueron conocedores de aquella historia, pues era algo que le perseguía en su mente día y noche necesitado al final de compartirla con ellos para convencerse de que tras aquello no había oscuros propósitos, por haber sido quizás engañado por algún numen maligno, pero cuando otros la escuchaban de su boca, con la emoción que siempre se le desataba al recordar aquello, a nadie se le escapaba entender aquello como un signo de algo grande que estaría por llegar. Todos esperaban ver en aquel joven que crecía tan distinto, con una tez tan blanca, un pelo tan rubio y unos ojos a los que nadie podía sostener la mirada sin inquietarse, igual que si mirasen a una serpiente, que aquel muchacho estaba ungido por un hálito entre mágico y divino, algo que no estaba destinado a los hombres comunes, sino a los elegidos entre estos; por tanto, todo lo que argumentaba Siubhan cada vez iba cobrando más sentido en la cabeza de su esposo. Ciertamente su hijo estaba destinado a algo distinto, y qué mejor destino que el que ahora adivinaba que Sugaar planeó aquella lejana noche para él: situarlo al frente de su pueblo. ¿Cabría acaso un destino distinto para la semilla de un espíritu así?

Lope, cumplidor con los ritos y conocedor de todo aquello que debe saber un

buen devoto sobre el culto a la Dama, pues así se lo habían transmitido sus padres clandestinamente para no convertirse en proscritos a ojos de los cristianos, mantenía de puertas a fuera al igual que muchos, una apariencia de buen cristiano, pero en su interior no era capaz de inclinarse por ninguno de los dos credos de una manera sincera, aunque tales pensamientos los mantenía ocultos a sus padres.

Así pues, escuchó las explicaciones de su padre y los argumentos de su madre. ¡Qué más hubiese querido que creer! Sería todo más fácil así, pero su espíritu era crítico y desde siempre había cuestionado cualquier cuestión de fe, sustituyéndola por la duda.

— Pero... ¿os dais realmente cuenta de lo que me habéis dicho?

Los padres no le contestaron. Ya estaba todo dicho. Fruiz, esperanzado en que el influjo de Sugaar convertiría a su hijo en el líder bajo cuyo mando unificaría a todo su pueblo y Siubhan entusiasmada porque podía encontrar un sentido a su secreto y mentira. El hijo fruto del amor con Engas, alcanzaría por fin la dignidad que le correspondía por su noble linaje si conseguían la victoria.

—Yo soy Lope Fortún, hijo de Lope Fruiz señor de Busturia y de Siubhan mac Ailpín, princesa de Alba, todo lo demás no lo puedo entender. —Hizo un gesto cortés con la mano para evitar que Fruiz le interrumpiese al escucharle—. Sí que entiendo, padre, que esa visión te tuvo que marcar profundamente, pero debes darme tiempo para que asimile todo esto, por favor. No me pidáis que crea en ello ahora, haré todo lo posible por mantenerme a la cabeza del territorio después de la batalla si salimos victoriosos. Es en ese propósito donde debemos ser cautos y actuar con astucia.

Siubhan asentía conforme, esperanzada en que así encontraría el remedio para redimirse del sentimiento de culpa del engaño a su esposo y que ahora acababa de extender a su hijo.

—Hay que lograr el apoyo de los nobles y del pueblo a un tiempo. Mi futuro suegro en tal aspecto es primordial. Hablaré con Dalda para ver cuál es la mejor manera de abordar a su padre. Por otro lado, no estaría mal que entre aquellos que mantienen los viejos cultos circulase de manera sibilina la creencia de que Sugaar... en fin, eso que me habéis contado, ¿entendéis?

Los tres caballos más rápidos que había entre todas las fuerzas acantonadas alrededor de Tabira partieron con sendos jinetes para hacer llegar antes del ocaso al infante Bermudo Ordóñez el nuevo desafío al que le retaban los vizcaínos, haciéndole conocedor del lugar en el que dos días después les darían batalla. Muy a su pesar, pero rehén de sus palabras, Bermudo aceptó el reto. La noticia les había sorprendido en mitad de la cena, bien cargados de vino, y a pesar de que no eran las mejores condiciones para tomar decisiones, ni él ni Froila ofrecieron excusa alguna en esta ocasión. La comitiva enviada por Sancho de Estíguiz portaba la suficiente información acerca de la dinastía de los mac

Ailpín para que no albergasen dudas acerca del linaje real del joven Lope Fortún, que les acaudillaría en el combate.

—Esa arrogancia será su perdición —le decía Froila a Bermudo al tiempo que rellenaba de vino su copa, una vez que dejaron partir a los mensajeros de regreso con la respuesta afirmativa al desafío—. De esta los aplastaremos y no volverán a crearnos problemas en el futuro.

—Ya se ocuparon de ello en el pasado mi padre y mi abuelo. A pesar de que siempre les vencimos, es cierto que no fuimos capaces de doblegarlos por completo. Lo curioso es cómo demonios cuentan estos con un príncipe de Alba entre ellos, suponiendo que no sea falso. Aunque por lo rebuscado yo diría que es verdad.

—Cuando el conde Zenón cayó cautivo bajo mi tutela, ocurrió algo que ahora cobra sentido. Antes de llegar a Oviedo uno de los prisioneros que fue apresado con él logró escapar. Le dimos alcance al cabo de unas horas. Parecía una simple huida, pero después de cortarle el cuello, uno de los soldados se puso a registrarle y encontró un mensaje escrito en el interior de su camisa con un tizón de madera quemada. Era una simple llamada de auxilio dirigida a la princesa mac Ailpín, instándola a que intentase llegar a una alianza con sus compatriotas.

Bermudo frunció el ceño

—No tenía noticia alguna de tal episodio, supongo que mi hermano el rey sí que lo conocería.

—Así es —prosiguió Froila de Onís—. Por supuesto que tal llamada de auxilio nunca llegó a su destinataria y ciertamente no tenía mucho fundamento. Por lo visto y por lo que nos pudimos enterar posteriormente de boca de otros prisioneros, la tal princesa no era otra que una exiliada de su reino que llegó a las costas de Vizcaya hace unos cuantos años. Sin duda que de haber llegado ese mensaje a manos de la referida princesa, muy posiblemente nunca hubiese sido tomado en consideración ni por ella ni mucho menos por sus lejanos parientes. Zenón no era un rival que careciese de valor, eso es cierto, pero no tiene mucha cabeza. Supongo que por la situación de verse preso y cargado de cadenas se le nubló el juicio.

—Entonces es muy posible que nos enfrentemos a un enemigo tal y como habíamos exigido. Desde luego que en ocasiones el destino es sorprendente, pero el caso —prosiguió Bermudo—, es que por mucho que incordien, en el futuro nos harán falta.

—¿Para qué demonios nos van a hacer falta?

Llegados a este punto de ingesta de alcohol, entre los reunidos se hablaba con total naturalidad sin reparar en el rango.

—Hay que vencerlos y convencerlos —afirmó seguro el infante—. Es necesario repoblar el terreno conquistado a los musulmanes y, por otro lado, si

Vizcaya después de esta campaña y de nuestra victoria queda muy esquilhada en hombres, es probable que quienes queden opten por irse, y no vendría nada bien que toda esta tierra quede a su suerte. No me cuesta mucho imaginar a los navarros expandiéndose por aquí, y tenerlos a las puertas de nuestro reino no nos traerá nada bueno.

—¡Bah! —exclamó un oficial, el más bebido de todos—. Eso, si me permitís, mi señor, se arregla con una boda. Vuestro hermano el rey os desposa, o lo hace él mismo con una princesa navarra y ¡venga!, tras unas buenas montas de alcoba, se le hace un infantito y asunto concluido.

Todos se quedaron en silencio, sorprendidos. A pesar de que el ambiente distendido les empujaba a hablar en tono coloquial, a todas luces el capitán había ido demasiado lejos. El propio infante mudó el gesto a grave, pero de seguido estalló en risas a lo que le siguieron las carcajadas de todos.

—¡Si me acuerdo de esto mañana igual te mando colgar! —bromeó—. Pero qué demonios, tienes toda la razón. Se ganan más alianzas y reinos en la alcoba que en el campo de batalla.

Capítulo 14

El ambiente en la casa de Sancho de Estíguiz era de celebración: los señores de Durango y de Busturia acababan de anunciar el futuro enlace de sus hijos y celebraban una cena con gran número de asistentes, entre los que no faltaban la mayoría de los notables y parientes mayores del territorio reunidos para engrosar las filas del ejército que se enfrentaría a los asturianos. La casa se alzaba en el centro de Tabira. Poseía tres plantas y las numerosas ventanas que tenía premiaban a sus moradores con abundante luz, pero en los inviernos eran un inconveniente para mantener el calor. Los sótanos albergaban una bodega de la que los criados cada poco subían pellejos de vino.

—Lope quiere tratar un tema contigo al margen de sus padres —le comentó discreta Dalda, a punto de concluir la celebración.

El noble durangués se atusó la barba contrariado. Antes de comenzar la cena, sus futuros consuegros mostraron también interés en hablar a solas; él les solicitó tratar aquel tema una vez celebrada la cena. Ahora Lope mostraba el mismo interés. Le pareció más importante atender primero al futuro yerno, había algo en la actitud de sus padres que le hacía desconfiar.

Argumentando cansancio fue despidiendo a los invitados, también a los padres de Lope, posponiendo para la jornada siguiente la conversación que querían mantener. Dalda advirtió a Lope de que no se retirase aún.

Sancho rellenó las copas de su hija y la suya, fue a hacer lo propio con la de Lope pero este rehusó cortés.

—He bebido demasiado vino y necesito estar bien sereno para hablar.

—Desembucha entonces, muchacho.

Lope resopló y se lo dijo:

—Quiero ser el señor de Vizcaya.

Sancho torció el gesto y asintió.

—Claro que sí. ¡El Señor de Vizcaya! Pero la pregunta es, ¿te necesita a ti Vizcaya como señor? —cuestionó irónico, ya que, desde el cautiverio del conde Zenón, era él mismo quien había hecho valer su influencia situándose a la cabeza del territorio—. Lo que propones entra en clara disputa con la autoridad que ahora ostento. Recurrimos a tu ascendencia únicamente para legitimar nuestro reto al infante, pero tan solo es una argucia para lograr un fin que es batallar por la victoria, el fin no eres tú. ¿Por qué habría de considerar tu propuesta?

—Por la conveniencia, señor.

—Ahora empiezo a entender la insistencia de tus padres en tratar un tema urgente, como me decía tu madre.

—No estaba enterado de ello señor, pero supongo que se trataría del mismo asunto, aunque mis padres y yo mantenemos diferentes puntos de vista al respecto.

—Dalda, hija, ¿estabas al corriente de esto?

—Lope me lo ha contado esta tarde y he sido yo quien le he animado a que hablase contigo.

—Adelante entonces.

—De acuerdo. —Lope tragó saliva, nervioso—. Disculpadme por mi sinceridad, señor, pero creo que vuestros días al frente del territorio están contados.

Sancho de Estíguiz frunció el ceño pero asintió.

—Continúa.

—Tras el apresamiento de Zenón, urgían medidas rápidas y vos, que en principio ibais a ostentar el cargo de manera provisional, bien os habéis hecho merecedor de mantener tal honor, pero hay otros que ansían para sí tal posición.

—Siempre hay “otros”, pero fue por mi condición de aliado de los vizcaínos y a petición de la mayoría de los nobles el motivo por el que provisionalmente ostento el cargo, nunca ansié para mí esta responsabilidad.

—Precisamente por vuestra honestidad sois aceptado, pero como bien decís

de una manera provisional. El tiempo ha ido revelando a otros que están dispuestos a reemplazaros a cualquier precio y se han despertado numerosas insidias en vuestra contra en el propio condado de Durango. Hay movimientos en familias nobles para emparentar a sus hijos con linajes de alto rango, la corte navarra está al acecho, incluso los asturianos también para así legitimar a su estirpe al frente de nuestra tierra.

—No me cuentas nada nuevo, pero hay que contar con algo más que con el apoyo de nobles y ricos, nuestro pueblo de siempre ha aceptado o rechazado a sus señores.

—Precisamente por eso, conozco de sobra vuestra posición y el malestar que están despertando algunos miembros de la iglesia para con vos.

—Son un puñado de indeseables, ¡que el señor me perdone por hablar de ellos así!, pero todo tiene su origen en mi decisión de honrar la memoria de mi esposa al enterrarla en la iglesia de san Pedro. Ese desgaste que con tanto empeño acometen, al final dará sus frutos. Me preocupa el futuro del condado y he sopesado seriamente la posibilidad de que a mi muerte Durango se reintegre de nuevo en Vizcaya, pero el título de este condado lo heredaría mi hija, que al matrimoniar contigo...

—Señor, incluso hasta este matrimonio bendecido por nuestras familias se podría argumentar desde el punto de vista de la conveniencia.

Esas palabras no le gustaron a Sancho. Había pasado mucho tiempo intentando convencer a su hija para casarla con el hijo de la princesa extranjera, algo que Dalda rehusaba por entender que se trataba de un pacto político, aunque todo cambió cuando conoció a Lope en persona.

—Aunque —prosiguió Lope— os aseguro que no es eso lo que me mueve, incluso habéis visto que he tardado en consentir, pero era a causa de mi viudez.

Sancho asintió. Hacía casi dos años de la pérdida de su esposa y no había pasado un solo amanecer, una sola noche en la que no evocase su triste recuerdo.

—Lo entiendo, Lope. Íñiga, la hija de Zenón, fue una muchacha agraciada y estoy seguro de que habría sido una buena esposa, no en vano era hija de un gran hombre.

—Así es, pero eso forma parte del pasado y os aseguro, señor, que pondré todo mi empeño en ser feliz con Dalda. Y volviendo a lo que nos ocupa ahora, si somos derrotados por los asturianos todo habrá terminado, pero si triunfamos y en verdad que creo que la victoria es posible, habrá que resolver la cuestión del gobierno del territorio. Piense, señor, que todos los nobles que participen en la lucha se mostrarán legitimados para aspirar a tal honor. Primero serán varios; después, a medida que las posiciones se vayan enconando, aflorarán las alianzas y unos aceptarán someterse al vasallaje de otros a cambio de buenas

prebendas que finalmente vendrán de esquilmar al pueblo, que será el gran perdedor.

—Así funciona el mundo desgraciadamente, y en verdad que tengo informaciones de que esos movimientos de los que hablas ya se han empezado a producir.

—Nuestra familia también ha sido sondeada por un par de facciones.

—Entonces lo que propones no es otra cosa que crear nuestra propia facción y adelantarnos. Se trata de hacer lo mismo y, la verdad, no me gusta oír eso.

—Eso no lo habéis oído de mis labios. No se trata de eso.

—¿De qué entonces? ¡Maldita sea! Habla claro.

—De evitar la más que segura guerra civil que vendrá después y que debilitaría aún más el territorio por culpa de la ambición de unos pocos.

—¡Otra vez la ambición! ¿Y qué te mueve a ti Lope?

—Lealtad a nuestra tierra y a su gente, señor.

—Palabras, palabras, palabras, y yo lo que veo es que negocias a espaldas de tus padres... No lo encuentro muy honesto en un hijo.

—Mis padres, sin buscaros ningún mal, lo que quieren es el mayor bien para su hijo y también para el territorio, pero siempre anteponiendo al hijo por delante.

—Claro, y tú no eres así, ¿me equivoco?

—Sé que habéis perdido más que ganado en el tiempo que lleváis al frente de nuestra tierra, eso demuestra que no todo el mundo actúa por propio interés. A pesar de ello, continuáis hasta que encontréis alguien digno de que os tome el relevo. Pues bien, señor, yo seré ese alguien.

—¡Y dices que no hay ambición en tu propósito! Pues ya me puedes convencer, porque te advierto que ahora te juegas algo más importante.

—Quizá arriesgue este matrimonio, pero ni esta boda ni nuestros linajes están por encima del bien a Vizcaya.

A Sancho le gustó escuchar aquello. Iba a dar otro sorbo al vino pero se contuvo, quería mantenerse lo más lúcido posible. Dalda mantenía un semblante muy serio, en algún momento creyó que Lope se había excedido al arriesgar de aquella manera la vida que ambos iban a comenzar en común.

—El territorio necesita una cabeza que lo mantenga unido, alguien que no se haya mostrado beligerante con ninguna de las facciones que están surgiendo para que todas ellas lo puedan tomar como propio.

Lope se encontraba en un atolladero, había acudido con una idea clara, pero la conversación derivaba por derroteros imprevistos. Por su parte, Sancho intuía franqueza en sus palabras, lo cual no significaba que le fuese a dar la razón para

ocupar el cargo que él ostentaba.

—Puede que seas sincero, pero a la vez demasiado optimista. El mundo es mucho más retorcido y no suelen estas conversaciones de sobremesa, si me lo permites, interpretar nada correctamente.

Lope obvió la referencia indirecta al vino que todos habían consumido y mostró sus argumentos ya sin tapujos.

—Cuento con la ventaja sobre otros para ostentar el señorío que mi linaje real ya ha sido reconocido a tenor de mis anteriores nupcias con la hija del conde Zenón y ahora con la hija y heredera del conde de Durango. He nacido y crecí en esta tierra, soy hijo de ella y en el momento necesario acudí a la llamada de las armas para defenderla.

—Muchos otros también han combatido —argumentó Sancho para que Lope buscase argumentos más convincentes.

—A juicio de algunos incluso sería a futuro un legítimo candidato para aspirar al trono de Alba, aunque mis ojos están puestos solo en esta tierra.

—Continúa, muchacho, reconozco que entusiasmo no te falta.

—Se trataría de realizar un pacto entre pueblo y señor, un acuerdo que obligue al señor para con el pueblo y a este para con su señor y así aglutinar un apoyo desde los más acaudalados señores hasta el bracero más humilde.

—Eso es imposible.

—Lope —Dalda se sumó a las dudas de su padre—, no podrás llegar nunca a tener un apoyo así.

—Hay algo más que hará a la gente ponerse de mi lado, pues corre la creencia entre los seguidores de los viejos ritos que mi origen entronca directamente con uno de sus númenes.

—¡Eso es herejía!

—Solo es herejía a juicio de los cristianos, pero los creyentes en el antiguo rito también son nuestro pueblo, señor, y son una gran parte de él.

—¿Me estás diciendo que eres un hereje?

—No, no lo soy.

—¡Júralo por la salvación de tu alma!

—Lo juro por mi honor, señor, que es lo más que puedo ofrecer.

—¿Lo más? ¡El alma es lo más! ¿Y de dónde demonios ha salido tal disparate?

—Padre... —Dalda le interrumpió con gesto vehemente—. Ya lo habíamos hablado con anterioridad.

Sancho se levantó enfadado de la silla y comenzó a pasearse nervioso de atrás a adelante por el comedor. Dalda tomó a Lope de la mano, que tampoco podía disimular su nerviosismo por el cariz que iba cobrando la conversación.

—Padre, Lope está siendo totalmente sincero, incluso desvelando cosas que no dicen mucho en su favor.

—¡Ya lo creo que no dice mucho en su favor! —respondió colérico.

—Nadie te ha hablado antes con tanta franqueza. Siempre has despreciado la mentira asociándola a la cobardía.

—Señor, mis padres creen en algunas de esas tradiciones de culto antiguo.

—Pero... ¿sabes de lo que les estás acusando?

—Yo no puedo andarme con mentiras ni medias verdades si he de mostraros quién soy.

—Pues mira, a fe cierta que lo estás consiguiendo, pero no creo que eso te vaya a ayudar mucho en tus propósitos.

—Padre, no le engañes tú ahora.

—Dalda, estate callada.

—No padre, no me callaré. Mira, Lope, ya lo sabíamos.

—Dalda, ¡que te calles!

—Incluso mis abuelos eran como tus padres.

—¡Estaban equivocados! ¿Está claro? Sé que no había mal en ellos, lo sé. También creo conocer un poco a los tuyos y a muchos que guardan en secreto esas creencias, ¡como debe ser! Y sé que no son mala gente. Yo mismo miro para otro lado, pero pido al buen Dios que vaya haciendo desaparecer esos usos de nuestra tierra y que todos abracen la fe verdadera.

—Señor, tal leyenda en torno a mi persona puede hacer sumar más apoyos.

—Claro, claro, ¿crees que no lo sé? ¡Que Sugaar montó a tu madre! Eso dicen.

—¡Padre! Le insultas —Lope trató de contener la ira de su prometida.

—Dalda, déjalo.

—¡Pero hija! Si es lo que él mismo está argumentando! Que su padre tiene unos cuernos —Sancho abrió los brazos en claro gesto de lo que quería decir— así de grandes.

—Pues algo parecido cuentan de Jesús y su padre el carpintero.

—¡Dalda! —gritó Sancho—. He dicho que te calles. Solo falta que te escuche algún clérigo hablar así. ¿Pero de qué me extraño? Si en la familia de tu madre eran todos iguales.

—¡Y en la tuya, padre!

—Por lo que veo ya conocíais los credos de mis padres.

—Pues sí, aquí nos conocemos todos. Otra cosa es lo que se aparente de puertas hacia afuera de las casas.

—Padre, con lo que te ha dicho creo que deberías empezar a creer en sus intenciones.

—En fin —ofreció Sancho de Esteguíz por toda respuesta—, creo que ahora sí que necesito un trago.

El conde sirvió tres generosas copas.

—Ahora sin excusas, muchacho, ¡bebe!

Los tres compartieron unos instantes de silencio, que fue roto por Sancho en tono más calmado tras apurar su vino.

—Mis padres fueron buenas personas, jamás buscaron el mal de nadie —comenzó a hablar mirando hacia el suelo—. Supongo que tu caso y el mío en el fondo son similares. Yo abracé la fe cristiana, ¡que para algo me educaron en ella, por Dios! Pero después quisieron que siguiese manteniendo aquellos ritos de forma paralela y, la verdad, no podía. Espero que Dios les haya perdonado su error, no hay un solo día que no rece por la salvación de sus almas.

Dalda se le acercó sentándose en su regazo y posando un sonoro beso en la pequeña porción de mejilla que quedaba a la vista oculta por su canosa barba.

—Yo creo —contestó Lope— que es más importante valorar a las personas por su ser y su honestidad.

Sancho asintió conforme.

—No te separes de la fe de Cristo, muchacho, pero tampoco dejes de lado esa actitud, te ennoblece. Mira, yo no caso a mi hija, que es lo que más quiero, con cualquiera. Ya estaba al tanto de todas esas historias, y ya ves que no eran un impedimento. Lo que nunca me habría imaginado es escucharlas de tu boca, has sido osado y sincero a la vez. Vizcaya no puede estar sin señor y quizás no sea mala idea que tal honor recaiga en ti. ¿Sabes cómo te llaman?

—¡Jaun Zuria! —sentenció orgullosa Dalda.

—Jaun Zuria, así es —corroboró Sancho—. Jaun Zuria, y eso de un pacto entre el señor y su pueblo... Habría que buscar la manera de hacerlo verosímil, quizás con ello nos estemos salvando de una guerra civil. Pero antes debemos poner fin al expolio extranjero. Los asturianos pretenden regresar a la meseta remontando el Nervión. Les hemos retado en el valle de Orduña, antes de que salven la sierra de Gorobel, pero no es ahí donde combatiremos. Haremos que se lleven una desagradable sorpresa y, puesto que vas a acaudillar a nuestro ejército, mejor será que de cara a los demás seas tú quien proponga esta

estrategia que hemos trazado tu padre y yo. ¿Te imaginas combatir en tierra pantanosa?

Capítulo 15

Había cabalgado toda la noche para acudir puntual a la cita con el resto de su partida. No le preocupaban las explicaciones a dar, siempre se le ocurría algo. Manteniendo un miedo continuo que nadie adivinaba en él intuía que, ocultos tras los árboles, aguardando en los cruces de caminos o quizás esperando pacientes sentados sobre un tronco caído, los espíritus de sus muertos le saldrían al encuentro en cualquier momento para revelarse como el fruto de sus desvaríos y de la maldad de su alma, condenada a vivir en un estado de pánico que solo mitigaba por un breve espacio de tiempo al segar una nueva vida.

Después solía galopar sin dirección para perderse por profundos barrancos, o ascender a las cimas de las montañas para, en solitario, gritar y llorar el padecimiento de sus actos y que ni él mismo era capaz de comprender. Así podían transcurrir horas o incluso días, pero finalmente siempre se rehacía instalando su ánimo en la euforia, hasta percibir nuevamente el ansia de matar; entonces, dominado por la desesperación, asesinaría a cualquier desafortunado que se cruzase en su camino, derrumbándose a su lado, contemplando inconsolable un rostro desconocido que perdía su mirada muerta en el cielo del bosque.

Tras una frugal cena, Basoa se alejó de la hoguera. Con su gesto invitaba a Munio a seguirle y hablar en privado. Nada extraño a juicio de los dos que quedaban de su partida y que asumían con naturalidad su subordinación a Munio y Basoa.

Con un brazo entablillado y un emplaste en su oído sujeto por una venda que le rodeaba la cabeza, Munio ofrecía un aspecto lamentable. Al menos le servía de consuelo saber que el brazo no estaba roto.

Basoa le aguardaba apoyado en un árbol mientras centraba su atención en tallar con su puñal una figura en un pequeño trozo de madera. Los reflejos tintineantes de la hoguera iluminaban su enorme figura con parpadeos anaranjados. Su rostro se adivinaba por el brillo azul de unos ojos hundidos en el negro de su melena y barba. La sombra de su silueta se dibujaba inmensa sobre la porción de bosque que tras él proyectaba la luz de la hoguera.

—Se va a desatar una guerra, Munio, van a ser malos tiempos para una partida como la nuestra. Somos muy pocos para seguir operando como hasta ahora.

Munio soltó un bufido y bajó la mirada negando.

—Si estás pensando en disolver el grupo, te advierto que me negaré.

—No, no es eso.

Munio alzó la vista para enfrentarla a la del líder.

—Te han creído. No han dudado ni un ápice de que lo que les has contado fuese cierto.

—Ya veo que tú no.

Munio no le ofreció respuesta, era Basoa quien debía dársela.

—Así —retomó Basoa la palabra— les es más fácil aceptarlo. Decirles que había un traidor entre nosotros, que para cuando le descubrimos y dimos muerte ya era tarde pues fuimos emboscados y asaeteados por los esbirros del conde de Durango, decirles que la velocidad de Ikatz me libró de caer muerto como ellos es de toda lógica, no existe un caballo más veloz.

—¡Todo tu grupo muerto! Un traidor y tres acribillados por los hombres de Sancho de Estígiz... sin duda que tu inventiva está por encima de nuestras mentes — le reprochó irónico refrenando al máximo su tono de ira para que no fuese sospechado por resto del grupo.

Basoa mantenía su habitual apariencia neutra, un semblante que oculta en inexpresivo cualquier sentimiento.

—¿No me vas a contar lo que ocurrió? —le preguntó Munio—. Por algo me habrás hecho un gesto para que nos alejemos del resto.

Basoa asintió.

—He visto tu rostro hostil durante la cena. La misma expresión que adoptaste desde que llegué y descubrí que lo hacía solo.

—¿Qué esperabas? ¿Has visto mi aspecto? Además de tu grupo yo he perdido dos buenos hombres. ¡No me vengas con rodeos! Nos conocemos desde hace mucho, Basoa.

—Es cierto.

—¿Y bien?

Basoa se dio un tiempo para responder. Exhaló un suspiro mezcla de cansancio y congoja. Acomodó de nuevo su postura recostada sobre el árbol, parecía que buscar las palabras que Munio exigía debilitase sus fuerzas.

—No tengo ánimo para hacerlo.

—Maldita sea, Basoa, ¡eran tus hombres! ¿Te ha vuelto a ocurrir?

—No —respondió lacónico—. No ha ocurrido esta vez, en serio, es solo que... que lo habían descubierto.

Basoa detalló cómo había escuchado las sospechas de sus hombres, cómo

planeaban matarle y de qué forma improvisó darles muerte sin que ofreciesen resistencia, recreándose en cada uno de los detalles. Munio le miraba incrédulo y estupefacto. Durante algún tiempo ocultó sus desvaríos asesinos a Munio, pero finalmente fue descubierto. En un principio no le importó demasiado. Aunque Basoa era el líder de la partida, y su ferocidad desataba el terror en cualquier lugar donde su nombre se pronunciase, era él quien desde un segundo plano manejaba sutilmente los hilos de casi todo lo que el grupo hacía. Sabía que aquellos crímenes que cometía, siempre sin ninguna motivación aparente, le postraban como si de un enfermo se tratase. No entendía tal proceder, pero era útil para extender el temor a su banda por todo el territorio vizcaíno e incluso a zonas limítrofes, pero Basoa cada vez estaba más desatado. El anterior invierno Munio albergó dudas sobre la conveniencia de volver con él a la llegada de la primavera y de irse lejos, arrepintiéndose al reencontrarse y conocer que dos miembros del grupo habían sido asesinados. Intuía que había sido Basoa y ahora se había permitido despachar a otros cuatro miembros dejando la partida muy diezmada.

—Debería marcharme y dejarte con tus desvaríos.

—Hazlo si debes —respondió Basoa sincero— pero si dudas y te quedas no quiero oír nunca un solo reproche. Sé que estás pensando que no te dejaría marchar, que te mataría...

—Tú te lo dices todo.

—Si te vas ahora no te mataré, pero si me dices que lo pensarás o no me das una respuesta clara no seré capaz de vivir con la incertidumbre. Entonces te mataría.

—Lo intentarías.

Basoa negó con la cabeza, transmitiéndole su total convicción de que no sería un intento.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo acabará todo esto? —le preguntó Munio.

—¡Acabar! —Mantuvo unos segundos de pausa antes de proseguir—. Sin duda que eres como todos. Quieres amasar fortuna y retirarte en el día que tus fuerzas mengüen y no seas capaz de llevar esta vida. Ir a un lugar tranquilo, donde no te conozcan, y olvidar lo que eres para inventarte otro Munio. ¡Tiene gracia!

—Si dices que todos son así, quizá sea lo natural, ¿no crees?

—Os engañáis. Robáis a otros lo que se ganan y no son capaces de defender. Habéis elegido vivir a costa de vuestros semejantes, albergando la esperanza de que el futuro os redima con el olvido retirándoos a un lugar seguro para eludir a otros que vendrán a ocupar vuestro lugar. No sois más que un atajo de hipócritas.

—Intuyo que tú no crees ser así.

—Por supuesto que no. Deberías saberlo.

—¿Acaso no llevas la misma vida que yo?

—Munio, a ti y a mí nos diferencia el fin. Tienes un objetivo y yo no. Esta es la única vida que puedo llevar para liberar esa maldita ansia que me atormenta y mantener oculto el sentido por el que vivo, el motivo por el que respiro y me despierto cada mañana.

—¿Y qué sentido es ese?

—De sobra lo sabes.

Munio volvió su atención a los dos que seguían alrededor de la hoguera; hablaban animosamente entre ellos y no parecía que les prestasen atención. Volviendo la mirada a Basoa retomó la conversación.

—Seguramente no merezcamos conseguir ese retiro que dices, bien ganada tenemos una cita con el verdugo, pero somos conscientes de ello. En cambio tú... ¡Tú eres una alimaña! No hay lógica en tus actos y, sin embargo, realmente creo que lo sufres.

La expresión de Basoa permanecía inmutable. A nadie le permitiría que le hablase de esa manera, pero Munio podía hacerlo; es más, necesitaba escuchar de su boca lo que él mismo tantas veces se repetía.

—Cuando era muy joven el perro que teníamos en casa atacó a mi hermana. Ella no paraba de azuzarle y no se le ocurrió otra cosa que quitarle unos huesos que estaba royendo. El animal le mordió la mano y, aunque la liberó casi al instante, lo cierto es que le produjo una herida de la que sangró en abundancia. Mi padre, después de atender a mi hermana, fue implacable con el animal, a pesar de las súplicas de ella porque lo perdonara. “Una vez que prueban la sangre humana, no descasarán hasta probarla de nuevo”, decía. Se alejó hasta el bosque con el perro y allí lo degolló. Yo soy como ese perro, Munio, muchas veces ha venido a mi cabeza ese recuerdo. No busco riquezas como vosotros, solo calmar el ansia de ver morir a alguien entre mis manos.

—Estás loco ¿lo sabes, verdad?

Basoa bajó la cabeza asintiendo, su poblada barba ocultaba su gesto compungido.

—He sido un necio, Basoa. Hace bastante tiempo que conozco tus desvaríos asesinos. Extender el terror por allí donde pasabas resultaba conveniente para el negocio. Eras la cabeza del grupo pero yo me sabía moviendo los hilos en un segundo plano.

Basoa asentía conforme a lo que Munio le confiaba.

—Creía que podría tenerte controlado para mi conveniencia. Mantenerme en

un segundo plano resultaba cómodo, pero ahora me doy cuenta de que no era más que un pelele manejado por ti. ¡Qué ciego he estado!

Basoa se tomó un buen rato para responder.

—Al principio eras sutil, pero con el paso del tiempo ganaste en confianza y también en osadía. Siempre he sido consciente de ello y la situación también me resultaba cómoda. Tenía un lugarteniente que se creía el jefe en la sombra y aceptaba ese rol con mesura logrando tener un fuerte aliado para mantener cohesionado al grupo.

—Tú solo nos necesitas para ocultarte y someterte a esa estúpida obsesión que te domina. En solitario serías presa fácil, en cambio, en manada...

—En manada dejo de ser aquel perro indefenso que probó la sangre de mi hermana y me convierto en el líder de una jauría de lobos.

—¿Cuándo tendrá fin todo esto?

—No lo puede tener.

—Quizá muriendo te lograses liberar si tanto te angustia.

—¿Sabes? Cuando les veo morir no percibo ningún indicio que me haga creer que van a otro lugar mejor. Es entonces cuando el pánico me invade y busco alivio en la cara de quien quito la vida, pero solo veo sorpresa y terror en sus expresiones. Entonces el espanto hace el resto. Cuando se les va la vida... me da miedo, ¿lo puedes entender?

Munio negaba en silencio.

—Estás loco, Basoa. No tienes cura.

—¡No entiendes lo que es el miedo! —gritó.

—¡Mantén la calma! —ordenó Munio intentando no levantar la voz, pero haciéndola igual de firme—. Y vosotros —se giró a la pareja que, en silencio, les escrutaba desde la distancia alertada por el grito de Basoa—, volved a lo vuestro.

Los dos bandidos comentaron algo en voz baja volviendo sus miradas al crepitar de la hoguera.

—Munio, vamos a dejar este tema de lado. Lo que quiero es trazar un plan para los próximos días.

Basoa mostraba repentinamente un semblante sereno. Era común que pasase repentinamente de un estado eufórico al abatimiento, y al revés también, lo que desconcertaba a Munio. Era como si en la cabeza de ese al que acababa de llamar loco, una nueva realidad se hubiese instalado y las palabras que cruzaron hacía un instante perteneciesen a un lejano pasado. No le cupo duda de que su asociación con Basoa debía llegar a su fin. La cuestión era cómo llevarla a cabo. Por su parte, Basoa explicaba sus ideas para el futuro inmediato.

—Parece que casi todos los hombres del territorio en disposición de luchar se van a unir para enfrentarse a los asturianos. Debemos estar expectantes a los acontecimientos y proceder según convenga dependiendo del resultado de la lucha.

—¿Resultado? No tengas dudas respecto a que el ejército del rey aplastará cualquier conato de hacerles frente. Son veteranos que vienen de guerrear contra el moro. El territorio quedará diezmado sin apenas hombres para trabajar las tierras y los que sobrevivan serán convertidos en siervos.

—Es probable que entonces navarros y asturianos disputen por extender sus dominios por esta tierra.

—O que simplemente se la repartan, mantener nuevos frentes de lucha les debilitaría frente a los moros.

—Nos moveremos atravesando los cordales de los montes, desde las alturas seguiremos los acontecimientos. Conviene esperar.

Los dos hombres volvieron al calor de la hoguera. Basoa, en silencio, perdía su mirada en las formas de la llamas. Munio, sentado a su frente tras la pira, observaba los gestos de su rostro, que variaban continuamente como si él solo mantuviese una disputa.

—¿Qué demonios trama esa cabeza? —se preguntaba—. ¡Maldito loco!

Capítulo 16

Al regresar los emisarios con la respuesta afirmativa del infante Bermudo Ordóñez al reto de batalla, nervios y entusiasmo se extendieron por igual entre los casi dos mil efectivos que se reunieron en Tabira a la llamada de rebato de los *montes bocineros*⁹.

Sancho de Estígúiz contactó con facciones afines trasladándoles su intención de que el joven Lope Fortún, al que apodaban Jaun Zuría, les acaudillaría en la batalla, aunque la estrategia ya la definirían ellos, que contaban con más experiencia, solicitándoles también su adhesión a la proclamación que de Lope se haría a todos los efectos como señor de Vizcaya tras el combate,

⁹ Se denominan Montes Bocineros a cinco cumbres de Vizcaya (Kolitza, Ganekogorta, Gorbea, Oiz y Sollube) en cuyas cimas, visibles desde todo el territorio, se realizaban llamadas sonoras con cuernos y grandes hogueras que ardían toda la noche para convocar a los apoderados del territorio a las Juntas Generales de Vizcaya, que se celebrarían en el siguiente cambio de luna, tradición que se remonta a la Edad Media. Por conveniencia en la narración, se sitúa esta particularidad a un tiempo anterior a la aparición de las Juntas Generales.

desbaratando así cualquier trama dirigida a ocupar la cabeza del territorio.

Contando con su apoyo, si otros nobles se mostraban públicamente contrarios a tal propósito podrían acusarlos de traidores.

El campamento comenzaba a ser desmantelado y poco a poco se iba conformando un gran tumulto, pues alertaron de que Sancho de Estíguiz iba a dirigirse a la tropa reunida. Fruiz y su hijo agruparon a todas las fuerzas que llegaron con ellos situándolas en mitad del gentío, momento previo, que agradeció Sancho, a su locución para tratar un tema delicado a solas con su futura consuegra.

Siubhan acudió rápida a la llamada del señor de Durango que, por medio de uno de sus sirvientes, la citaba a las afueras de Tabira.

—Habéis hecho llamarme —le dijo la princesa al noble, que al reconocerla detuvo su caballo y se apeó de él, entregándole las riendas a uno de sus criados para que lo custodiase.

—Acompañadme, por favor.

Sancho de Estíguiz la tomó gentilmente del brazo y paseó con ella alejándose del ajetreo que era todo el bullicio que había de caballos y carretas que iban y venían al campamento, de hombres que aún llegaban a la villa para sumarse a las fuerzas que combatirían al invasor.

—Ayer estuvisteis intentando entrevistaros conmigo a solas.

—Mi esposo y yo teníamos algo importante que tratar.

—Me hago una idea.

—Pero Fruiz ha partido ya a reunirse con el ejército, hubiese preferido que estuviese él también presente.

—Vamos a dejar que tu esposo se centre en el combate. Lo que quiero tratar ahora requiere que estemos los dos a solas. Ayer, tras la cena, tuvimos mi hija, tu hijo y yo una curiosa velada.

—¿Ah, sí? —preguntó fingiendo indiferencia, aunque ardía en deseos por saber qué fue lo que trataron los tres juntos. Esa misma mañana, su hijo había evitado hablar con ella aduciendo estar muy ocupado preparando a las tropas.

—Sí, Lope es un muchacho curioso.

—¿Curioso? Será un buen esposo para vuestra hija. Podéis estar tranquilo por ello.

—Lo estoy, lo estoy de veras, pero me refería a otra cosa, a su sinceridad.

Siubhan se encogió de hombros fingiendo naturalidad. ¿Qué demonios habría tratado Lope a espaldas de sus padres? No las tenía todas consigo. Sancho prosiguió con su errático paseo conduciendo del brazo a Siubhan por la orilla del

río.

—Me alegro que apreciéis en él tal cualidad.

—Confieso que por un momento estuve a punto de romper el acuerdo de boda para nuestros hijos. —Sancho de Estíguiz intentó con un rápido gesto de su mano transmitir tranquilidad a Siubhan, que se había visto sorprendida—. Pero no lo hice. Habló sincero, convenciéndome.

—Explicadme claramente qué es lo que os ha contado mi hijo —le inquirió mostrando un leve nerviosismo en su voz.

—Me habló de las conveniencias que ven los padres en los matrimonios de sus hijos, de lo interesado para vosotros, incluso para mí. ¡Será osado el muchacho! ¿Lo puedes creer? La cuestión es que supo llevar la conversación a un terreno en el que me propuso algo de lo que estoy seguro que su madre tiene mucho que ver.

—¿Yo?

—No es un reproche. Hablaremos con franqueza.

Sancho le habló con todos los pormenores de la conversación mantenida con la joven pareja, de sus miedos y sus anhelos, de la verdadera conveniencia de que Lope se proclamase como señor de Vizcaya y de lo complicado que resultaría contar con apoyos suficientes. Hablaron también de la religión, de los antiguos credos y de los recelos que mantenía para con aquellos que eran devotos en la clandestinidad de tales creencias. Siubhan mantuvo silencio al respecto, no quería que la situación se tensase más de lo que intuía que podía estar en la cabeza del noble Durangués, pero aunque no lo diese a notar, censuraba la actitud de su hijo, a pesar de ganarse el beneplácito de Sancho.

—Es preciso que el pueblo y parte de la nobleza proclame a Lope como su señor, que el apoyo sea tal que ninguno que sopesase para sí tal honor se atreva a cuestionar a tu hijo.

—¿Y lo veis posible?

—Lo veo probable pero difícil a la vez. La gente no quiere luchas y mucho menos entre los naturales de la misma tierra, Lope es una oportunidad para que vivamos en paz.

Siubhan asintió agradecida, por fin veía la posibilidad de recoger el fruto de su ambición.

—Ahora lo importante es derrotar a los invasores.

—Estoy de acuerdo, y es complicado tener eso en la cabeza cuando trazamos estrategias a posteriori siempre que la victoria caiga de nuestro lado.

—Desterremos esos miedos y mantengamos la confianza.

—Cierto, pero hay algo en toda esta historia que no me cuadra, princesa, por

eso quería hablar a solas contigo.

—Adelante, ¿qué os preocupa?

Sancho tomó aire.

—Hay quienes creen que tu hijo no fue engendrado por su padre. Que fue Sugaar en su forma de serpiente quien poseyó a su padre y, a través de él, engendró en tu vientre a su vástago. Curiosamente tal cuento se ha dado a conocer por boca de tu esposo... ¡Hay que ver lo que esos credos han hecho en algunas cabezas tan bien amuebladas como la de tu marido!

Siubhan se mordía nerviosa el labio inferior. La franqueza que mostraba Sancho la estaba dejando totalmente desarmada, debía encontrar una salida para aquella situación pero estaba muy confusa y pesaba más el miedo por escuchar lo siguiente que le fuese a decir.

—Obviamente, tu esposo así lo cree y su actitud le honra acorde a sus creencias que, aunque no sean de mi agrado, no levantarán muros entre nosotros máxime cuando nos ocupan otros asuntos que nada tienen que ver con tales supersticiones.

—Se lo agradezco, Sancho.

—No hace falta, pues aún no he llegado a lo que quiero tratar.

—Decid pues.

—Tú no compartes esa creencia. Tu hijo es semilla de un hombre, ¿no es así?

Siubhan, alterada, percibía ahora en el trato del conde un tono acusador y severo.

—Si voy a jugármela apostando por tu hijo, creo que merezco tu sinceridad. Comprendo tu posición, pero has de decirme la verdad, si no, no confiaré en vosotros.

—¿Cómo que la verdad? —preguntó nerviosa.

—No me vengas con evasivas, princesa. Tienes mi palabra de que nadie será conecedor de lo que hablemos a partir de este instante. ¿Qué serías capaz de hacer por tu hijo? ¿Te jugarías la vida?

—Que no quepa duda.

—Es lo que esperaba escuchar, pero... ¿y el honor?

Siubhan bajó la mirada meditando una respuesta que no acertaba a salir de sus labios. Sancho se lo puso más fácil.

—Lope ni es hijo de un numen, ni tampoco de tu esposo.

Siubhan abandonó el gesto abatido que había mostrado hasta el momento. Sus ojos estaban inyectados repentinamente en sangre. De haber tenido un puñal cerca se lo había clavado en el pecho a aquel que le escupía a la cara su

secreto.

—¿De dónde ha sacado tal idea? ¿Quién le ha metido esa porquería en la cabeza?

—Disimula, princesa, no conviene que te vean alterada. Continuemos con el paseo, por favor —suplicó intentando calmarla.

Reemprendieron la caminata junto al cauce del río. Siubhan iba azorada por el giro imprevisto que había tomado la conversación mostrándose descompuesta.

—No tengo ninguna intención de revelarlo a nadie, ni busco chantajearte de manera alguna.

—Pero...

Sancho le mostró un gesto vehemente con la mano para que guardara silencio y le permitiese seguir hablando.

—Estoy seguro de que no tiene que haber sido fácil llevar esa carga, pero quiero conocer todo de aquel al que voy a entregar a mi hija en matrimonio y también ofrecerle ser la cabeza del territorio. Desde que tu hijo se destacó hace tres años en los combates contra los asturianos, al tiempo que Zenón caía cautivo, me llamó mucho la atención el arrojo en el combate de ese joven tan pálido, tan distinto... Soy curioso por naturaleza y a la vez que llegaba a mis oídos ese rumor de la princesa extranjera que parió el hijo de Sugaar, su nada parecido con su padre ni con su madre me lanzó a indagar y, bueno, no hay que ser muy perspicaz para deducir que lo hiciste preñada, que posiblemente ese fuese el motivo de tu destierro.

Siubhan estaba totalmente desarmada, la deductiva que mostraba Sancho sin duda provenía de alguna fuente de información que ella desconocía. Tragó saliva y se armó de valor, sintió sus piernas flaquear, la misma sensación que hacía mucho tiempo percibió al abordar el barco que la llevaría al exilio. La gravedad del fondo de la conversación le hizo olvidar el trato respetuoso que mantenía con el conde.

—Júrame por lo más sagrado que nunca compartirás lo que te cuente con nadie. No solo mi honor, si no el de mi esposo e hijo serían mancillados.

Sancho asintió intentando mostrar un gesto de confianza.

—Lo juro por Dios.

—¡No! He dicho por lo más sagrado, ¡júralo por la vida de tu hija!

A Sancho no le gustó escuchar aquello, que tenía todas las trazas de pura herejía, pero accedió.

—Por mi hija, ¡lo juro! Y ahora, princesa... ¡la verdad!

Siubhan desvió la mirada a lo lejos. Tras unos árboles se adivinaba el tumulto

lejano de las tropas que se estaban reuniendo para la guerra.

—Un rey quiso asegurar su trono aliándose con un general enemigo y ofreció a su hermana en matrimonio. Ella no tenía los dieciocho cumplidos y ya se había entregado al amor de otro hombre...

Sancho atendió respetuoso a todo el relato, no la interrumpió una sola vez. Adivinó en ella el remordimiento, el miedo y la vergüenza. El porte altivo y sereno que aquella atractiva mujer siempre ofrecía estaba desarbolado. No le hizo sentir bien obligarla a confesar, pero necesitaba escuchar de ella aquello que ya conocía. Ella se excusó aduciendo que por miedo urdió aquella mentira, pero que ahora que encajaba perfectamente en su vida no la arruinase revelando su secreto, mostrándose cabizbaja, a lo que Sancho se sintió obligado a transmitirle calma.

—Debe de haber sido muy duro llevar esa carga a la espalda, máxime cuando confiesas amar a tu esposo.

—No te quepa la menor duda de mi devoción por Fruiz.

—En fin, no soy quién para dudar de ello, pero no es menos cierto que este mundo nuestro está construido sobre mentiras y aun así no se desmorona.

—¿Sobre mentiras?

A Siubhan le llegó repentinamente el recuerdo de su padre, que también mantenía una idea parecida.

—Unas pequeñas, otras inmensas pero necesarias para vendernos unos a otros. Mentiras en las familias, en las alcobas, patrañas en la política y en la historia, embustes que se transmiten de generación en generación y que a su vez se ven necesitados de engendrar más falsedades y todo para vivir, simplemente porque en ocasiones no soportaríamos la verdad sobre nuestros padres, hijos, amigos o enemigos. Necesitamos las mentiras para construir el mundo a nuestra medida, y lo curioso es que la falsedad no impide que funcione. Quizá esa sea la manera. No juzgaré la tuya porque es posible que yo no hubiese actuado de manera distinta.

—Particular forma la tuya de entender el mundo, no sabría si sumarme o no a tu argumento, pero sí te digo que hay mentiras que son una pesada y dolorosa carga.

—No me cabe duda.

—¿Me dirás de qué manera conociste mi secreto?

—Ya te lo he dicho, pura deductiva.

—¿Seguimos con las mentiras?

Sancho esbozó una franca sonrisa.

—Tienes razón, te lo debo, pero no será ahora. Demasiadas emociones para

un día. Cuando todo esto acabe volveremos a hablar.

—¡No! —contestó irritada—. Tenemos una guerra de por medio ¿y me dices que retomaremos este tema a la vuelta? ¿Y si no hay vuelta? ¿Y si dejas la vida en el campo de batalla?

—¡Vaya! Veo que rezumas optimismo. Gracias por lo que me toca, pero hablaremos a mi regreso.

—¡No me puedes dejar así! Alguien más conoce esto y no sé quién es. El honor y el cargo que ocuparía mi hijo podría verse afectado si cayese tal información en malas manos. ¿Es que no lo entiendes?

Sancho asintió pero eludió responder hasta que Siubhan le soltó la muñeca en la que apretaba con fuerza sus dedos nerviosos.

—Ten confianza y un poco de paciencia. Hablaremos a mi vuelta y ahora, princesa, si me disculpas, tenemos que prepararnos para la guerra.

Sancho se despidió con gesto cortés encaminándose a paso acelerado al encuentro con el sirviente que aguardaba con el caballo de su señor. Ella se supo rehén de aquel hombre.

A las afueras de Tabira dos mil hombres formaban respetuosos para escuchar a Sancho de Estíguiz; detrás de ellos, mujeres, niños, ancianos y las familias de algunos que partirían a la lucha que se habían acercado a despedirse de los suyos.

El noble alzó los brazos haciendo que el murmullo de la muchedumbre se desvaneciese. Subido a un pequeño túmulo de tierra en el que todos le verían con claridad, carraspeó y comenzó a hablar.

—Queridos amigos... y digo amigos porque a pesar de las distintas condiciones que mantienen los hombres que están aquí, nos hemos reunido por un sentimiento puro y solidario con nuestros prójimos y nuestra tierra. Durante mucho tiempo esta tierra ha estado sin señor. Nuestro apreciado conde Zenón, preso y cargado de cadenas en alguna lóbrega mazmorra asturiana, clama por su libertad si es que el duro cautiverio aún no ha puesto fin a su vida. Nuestros enemigos quieren aprovechar el vacío de poder para su beneficio imponiéndonos injustos tributos de los que nunca haremos pago. Herido el monarca asturiano en su orgullo asola Vizcaya con sus tropas fogueadas en la guerra contra el moro. Su maldad y su crueldad es la que nos reúne hoy para ponerle fin. En su cobardía intentaron eludir el combate aduciendo que solo se enfrentarían a un ejército que estuviese bajo el mando de un rey. Saben de sobra que nosotros no tenemos rey, que nosotros nos otorgamos a nuestro señor en base a nuestras costumbres. Su único interés radicaba en abandonar nuestra tierra con carretas cargadas con los botines saqueados, pero ya no lo lograrán porque muy a su pesar, las excusas que aducían sí que se dan en un significado hijo de Vizcaya.

No seré yo quien comande esta empresa. Quien lo hará no por joven es menos adecuado, habiendo demostrado, como también muchos de vosotros, en el combate su bravura y lealtad.

El necio del infante, decía que solo se enfrentaría a otro de su misma condición, a alguien de regia sangre. ¡Sea así entonces! Y doy gracias Dios porque los argumentos de este patán nos van a servir por fin para unificarnos todos bajo un mismo mando. Os hablo de Lope Fortún, hijo de Lope Fruiz, señor de Busturia, y de Siubhan mac Ailpín, princesa de Alba, hija de rey, hermana de reyes y madre de un príncipe como ella. Os pido que, al igual que los parientes mayores y nobles del territorio que ya le han mostrado su apoyo, aclamáis todos como vuestro señor a aquel que llamáis ¡Jaun Zuria!

Desde el interior del tumulto padre e hijo seguían con atención las arengas de Sancho de Estíguiz. Cuando el durangués comenzó a hacer referencia a Lope, este sintió un escalofrío por la espalda. ¡Era el momento!

Siubhan se había acercado hasta el promontorio desde el que Sancho estaba arengando a la masa. Allí buscó entre el gentío la presencia de su hijo. No le costó encontrarlo. Todo de blanco, blanco el caballo, el peto de su armadura, que refulgía a los rayos del sol, una capa blanca cubría parcialmente parte de la grupa del animal. Lope y su madre cruzaron la mirada percibiendo los dos que había llegado el momento de revelarse ante los demás como aquello a lo que estaba destinado a ser.

—¡Dejad paso! —gritó Lope a los que le rodeaban, abriéndose paso en dirección al pequeño promontorio situándose al lado de Sancho.

Su aparición resultó casi espectral. Sus vestiduras blancas bajo un peto plateado en el que refulgían los rayos del sol, competían con la palidez de su tez. Su largo cabello blanco mecido por la brisa resaltaba las facciones casi cadavéricas de su cara, confiriéndole un aspecto aterrador. Situado frente a la multitud, su caballo inquieto no dejaba de patear con fuerza el suelo.

Lope miraba las caras de los que desde abajo, un tanto atónitos, se mostraban embriagados por su figura. Nadie decía nada. No debía esperar ya más. Desenvainando su espada la alzó a lo alto y, entonces, de su garganta salió una voz desgarradora, una voz de rebeldía.

—¡Libertad! —gritó pero nadie respondió, muchos aún estaban confusos por aquella irrupción.

—Aceptaré la responsabilidad que Sancho de Estíguiz propone solo bajo una premisa. Que seáis vosotros, la gente de esta tierra, quienes me carguéis con tal honor. Para ello solo os pido el compromiso de manteneros unidos bajo un mismo mando. El mío con vosotros será respetar las leyes de esta tierra, reconocer los derechos que a todos asisten y velar por ellos con mi propia vida. Ese es el pacto que os propongo y, si no lo cumpliera, que sea el mismo pueblo

que me proclama quien me derogue.

La maniobra pilló de improviso al sector menos afín a Sancho de Estíguiz, pero nadie se atrevió a abrir la boca. Si nada lo impedía aquel muchacho iba a ser nombrado caudillo de todos por aclamación.

Las palabras de Lope desataron murmullos. La mayoría conocían la leyenda del origen de aquel muchacho, su linaje entroncaba directamente con las fuerzas divinas que marcaban los designios de sus vidas aunque cada vez fuese de una manera más clandestina. Los proclives a los viejos credos mostraron su entusiasmo. ¡Convertir en señor de Vizcaya al hijo de Sugaar, nada menos! El resto, deseoso de justicia y paz, apostaban por la posibilidad de tener un gobernante quizás justo si era cierto que cumplía con su compromiso, puesto que nunca habían oído a un noble hablarles así.

Las familias más ricas y nobles cada vez iban teniendo más poder emparentando y pleiteando continuamente entre ellas con disputas que en ocasiones se veían abocadas a la lucha. Aquello no era ningún bien para la población del territorio, que a la postre eran los que sufrían las consecuencias de las disputas entre los poderosos.

Pronto se desataron los primeros vítores alentados por los más entusiastas y por las ganas de liberarse de la tensión aquellos que partirían a la guerra. La mayoría se sintió como si tuviesen la posibilidad de tener voz y de escoger. Tendrían un líder, un líder suyo, tendrían a Jaun Zuria, el señor blanco.

—¡Jaun Zuria, Jaun Zuria! —gritaban alzando lanzas y espadas, golpeando los escudos, demostrándose a sí mismos que eran un pueblo unido. ¡Jaun Zuria!

Fruiz, sumergido entre la muchedumbre, asistía emocionado al espectáculo. Volvió a él la imagen de la serpiente blanca cuando engendró a su hijo, pero la visión ya no era aciaga. El propósito de Sugaar quedaba al descubierto, pues no podía ser otro que aquel. Su hijo les conduciría a la victoria o a la muerte, pero compartiendo todos un mismo destino. Como uno más, sumó su voz a la del gentío. En la distancia cruzó su mirada con Siubhan, que le sonrió, descubriendo en su expresión que estaba tan emocionada como él.

Capítulo 17

—Kata, acompáñame.

—No puedo, tengo que ir a la fuente, ya no queda agua en casa.

—Solo es un momento, no quiero retrasarme.

—¿Qué quieres?

—Contarte algo.

Peru había abordado a su hermana fuera de casa, los padres estaban terminando el desayuno y aprovechó ese instante para hablar a solas.

—Vale, pero solo te acompaño un rato, después regreso y voy a la fuente.

—Verás, verás... —Las palabras se le comenzaban a atragantar—. Es que verás...

—¡Veré, veré! ¡Quieres decírmelo de una vez!

—Es sobre Anixe... Voy a pedirle que sea mi mujer.

Al escuchar aquello a Kata se le cayó el cubo rodando unos metros por el sendero.

—¡Pero qué dices! ¿Tu mujer? ¡Si es Anixe! Tú... ¡tú eres idiota!

—¿Cómo que soy idiota? —respondió irritado—. Te confieso algo tan personal ¿y me insultas?

—Pues sí, mira, eso que has dicho es una estupidez.

—¿Por qué lo va a ser? Anixe siempre me ha gustado, tienes que saberlo.

—¿Saberlo? ¡Anda ya!

—No entiendo por qué te pones de esa manera, si sé que reaccionas así no te digo nada.

Kata arqueó las cejas. Quería quitarle esa idea de la cabeza, pero sabía que era tan tozudo como ella. Además ¿quién sería capaz de hacerlo estando enamorado?

—Pues ya está hablado con nuestros padres.

—¿Y cuándo ha sido eso? —preguntó inquieta.

—Ayer. No les dejé que te dijeren nada, quería hacerlo yo, pensando que te alegrarías siendo Anixe y tú tan amigas.

Kata recogió el cubo, se quedó mirando a su hermano pero no tenía palabras.

—¡Qué! ¿Me vas a decir algo?

—¡Déjame en paz!

Kata se volvió buscando la fuente. Peru la vio marchar decepcionado por la reacción que había mostrado y de seguido se encaminó a la ferrería apretando el paso. Esperaba tener una buena ocasión durante la jornada para declararse a Anixe, pero antes buscaría el consentimiento de Beltz. No se le pasó por la cabeza la idea de decírselo primero a ella. A media mañana, aprovechando un pequeño descanso en la labor se acercó decidido al ferrón.

—¡Pero qué dices, chico! ¿Y Anixe sabe algo de esto?

—Creí que sería mejor hablar antes contigo.

—Algo tendrá ella que decir, ¿no te parece?

—Sí, pero bueno, nos conocemos desde niños, yo creo que...

—¡Pues parece mentira que no la conozcas! —le interrumpió—. Nunca daría a mi hija en matrimonio a nadie con el que ella no quiera, ¿te ha quedado claro, chico?

—Como el agua, señor —respondió abatido por la inesperada regañina.

Como de costumbre, Anixe apareció por la ferrería al medio día, con la comida de esa jornada. Beltz, de reojo, le lanzó una mirada cómplice a Peru.

—Oye, Peru —le dijo—, vete con Anixe a la carbonera y traed unos sacos de cisco, ahora aquí no hay labor para dos.

—Pero padre, si estamos que nos sale el carbón por las orejas —protestó Anixe—. Además, en seguida será hora de comer.

—¡Y qué! Ahora no hay trabajo y no voy a tener a este holgazaneando. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Peru—. ¡Se trae carbón y ya está! Y daos prisa, así hacéis un poco de hambre —ordenó Beltz con su habitual tono malhumorado.

Cruzando por el bosque, ya próximos a la carbonera, Peru iba rememorando las frases que había planeado decirle a Anixe, pero se le mostraban esquivas, su mente se había quedado en blanco.

—¿Qué hace hoy Kata? ¿Sabes si bajará después? Es raro no haberla visto.

—¿Kata? Hoy no está precisamente de buen humor.

Anixe, curiosa, le inquirió con un gesto a que continuase.

—Le he contado algo y se ha enfadado.

—Alguna burrada le habrás dicho, conociéndote... —le contestó con una sonrisa que a Peru le pareció maravillosa. Embobado al mirar el rostro de Anixe las palabras brotaron de su boca con total naturalidad.

—Le he dicho que te pediría matrimonio.

—¡Ja! —exclamó sarcástica—. Seguro que es algo peor. Venga, dime, ¿qué le has dicho que le haya molestado tanto para no venir?

Peru no podía borrar la sonrisa de su cara. Sintió que su amor por aquella joven mujer nunca se desvanecería. Haría lo que fuese por tenerla a su lado.

Al no recibir respuesta, Anixe volvió la vista a su amigo, que le sonreía con gesto inocente.

—Venga, dime, ¿qué le has dicho?

Él se limitó a encogerse primero de hombros y después a asentir. Los dos

mantuvieron la mirada. Peru intentando adivinar el entusiasmo en ella tras el lógico estupor al conocer de sopetón que quería convertirla en su mujer y ella temiendo que quizá aquello fuese cierto.

—Peru, ¿qué estás diciendo? Somos amigos desde niños, tú y yo no podemos...

—Anixe —le interrumpió haciéndola enmudecer—, te quiero.

Ella, al ver la expresión de sus ojos, supo que no mentía. Tragó nerviosa saliva demorando una respuesta.

—Peru, si solo somos amigos, somos amigos, amigos...

—No me digas que nunca has notado nada.

Eso era cierto. En ocasiones le sorprendía mirándola de manera extraña y sabía que aquello no era otra cosa que pasión o deseo. Lo sabía pero estaba segura de que aquella situación no cambiaría, que no iría a más y que la podría manejar. Ahora se sentía estúpida por no haber previsto que algo así pudiese ocurrir y allí estaba Peru, esperando una respuesta, y aunque debía cortar de raíz la más mínima esperanza en él, su carácter precavido le hacía dudar de qué manera hacerlo.

Mientras estaba en tales pensamientos Peru interpretó que era el momento de dar un paso más, la rodeo por el talle acercándola hacia sí. Puso sus labios a escasos centímetros de los de ella, que sorprendida de nuevo no supo reaccionar. Quiso frenarle pero el chico se lo impidió con un profundo beso que desató en él la pasión contenida tanto tiempo.

Tras el beso ella intentó apartarse con suavidad pero las manos de Peru la sujetaban, incluso recorrían por su talle, su espalda e incluso se acercaban deseosas a percibir el tacto de sus senos. Entonces le apartó de un empujón.

—¡Peru, no!

—Anixe —respondió ruborizado—, te quiero.

—No. ¡Que no puede ser! A ver... —Evitando mostrarse hostil ofreció un gesto de calma—. ¡Vamos a hablar!

Peru asintió sonriente, le encantaba verla totalmente sorprendida, ella que era tan segura y firme en todo lo que hacía.

—Vamos, sigamos caminando a la carbonera —le dijo Anixe.

—No te des mucha prisa, ha sido una treta de tu padre. ¡No hace falta carbón!

Anixe, que había comenzado a caminar muy rápido, más por su estado nervioso que por prisa en terminar con la labor, al escuchar esas palabras se detuvo girándose a Peru, ahora sí con el semblante enfadado.

—¿Mi padre? ¿Una treta?

—Claro, le dije que te iba pedir matrimonio y nos ha mandado juntos para ponérmelo más fácil.

—¡Más fácil! Pero... ¿qué es esto? ¿Quién más lo sabe?

—Mis padres.

—Tus padres, ¡y Kata, claro!

—Claro.

—¿No crees que deberías haber hablado antes conmigo?

Encogido de hombros intentó sin éxito argumentar una respuesta.

—Ahora todo el mundo lo sabe y supongo que les parece bien, menos a Kata claro, y estaréis esperando que yo consienta, ¿no es así?

—¿Tan mal lo he hecho?

Anixe se mordió el labio inferior para no pronunciar un exabrupto. Estaba furiosa.

—Mira, Anixe, entiendo que te hayas sorprendido, quizás debí decirte algo o...

—Nunca me habría imaginado que tú...

—¿Tan bien lo disimulaba? —contestó sonriendo de nuevo.

—Nunca seremos una pareja. No siento por ti lo que tú sientes por mí.

El chico en apenas un segundo pasó del mayor entusiasmo que nunca hubiese experimentado a la mayor decepción.

—Bueno, quizá me he precipitado, he sido un torpe. Vamos a darnos tiempo para pensar.

Anixe posó ahora su índice en los labios de su amigo silenciando su voz.

—No, Peru. Tienes que olvidar eso.

Su devoción por Anixe desterró la posibilidad de ser rechazado y, precisamente por conocerla muy bien, sabía que cuando hablaba así de convencida, no había posibilidad de una segunda interpretación a sus palabras.

—¡Y ahora no me sigas!

Anixe echó a correr abandonando en mitad del bosque a su amigo, evitando contemplar el dolor en su rostro, y Peru se dejó caer sentado apoyando su espalda en un tronco caído.

En su pecho un dolor inmenso le acongojaba. Notaba una presión extrema en sus párpados intuyendo que sus ojos estaban a punto de derramarse en lágrimas. Negándose a que eso ocurriese se los frotó con fuerza, exhaló un profundo suspiro y perdió la mirada entre las copas de los árboles. Ahora los reproches de su hermana regresaban hirientes a su recuerdo: “¡Eres un idiota!”

le había dicho, ¡un idiota!

No regresó al trabajo, la tarde le sorprendería allí sopesando si sería capaz de volver por la ferrería los días venideros, contemplar el rostro de Anixe y ver esa boca que solo había besado una vez para sentir después la humillación del rechazo.

Beltz en la ferrería aguardaba impaciente el regreso de la pareja. No era normal que tardasen tanto. Su mente viajaba a los derroteros de los miedos que asaltan en ocasiones a los padres imaginando a sus hijas en los brazos de un hombre. Anixe ciertamente no tenía prisa en volver pero el mozo debería haberlo hecho, la demora duraba demasiado y lamentaba haber sido cómplice de su intención en declararse a su hija.

Cargó abundantemente el horno con carbón para que no se apagase, y a paso ligero, portando un robusto callado, enfiló el camino de la carbonera. Al llegar encontró vacíos los sacos que habían llevado los chicos; entonces escuchó una voz.

—Beltz, ¡aquí!

Tan apresurado como estaba por encontrarles, no había reparado en que Peru estaba sentado a un extremo del claro donde estaba la carbonera. El chico, al ver a su patrón, se incorporaba torpemente, tanto tiempo sentado le había dejado las piernas entumecidas.

—¿Dónde está mi hija?

Beltz presentía que algo terrible había ocurrido, el joven tenía los ojos hinchados y enrojecidos, sin duda había estado llorando. Sujetándole por la pechera de su camisola, tiró con tanta fuerza que los pies de Peru se despegaron del suelo.

—¿Dónde está Anixe?

—Se.... se ha ido —contestó asustado.

—¿A dónde? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pensé que habría ido contigo, ¿no la has visto?

—¿Crees que si la hubiese visto vendría a buscarla?

—Ya, claro, pero suéltame, Beltz, yo no he hecho nada —protestó tímidamente.

Beltz refrenó ligeramente su ira. Miró alrededor en busca de cualquier indicio, realmente buscaba alguna prenda de su hija, presintiendo lo peor. Finalmente soltó a Peru arrojándolo contra el suelo. Peru, presintiendo que Beltz iba a propinarle una paliza, comenzó a explicarse atropelladamente.

—Vinimos juntos y eso...

—¿Qué es “eso”?

—Se lo dije, pero ella me rechazó.

—Te rechazó... ¿y qué le has hecho?

Beltz le puso de nuevo en pie tirando de sus cabellos.

—¡Tranquilo, Beltz! Que no ha pasado nada. ¿Qué iba a pasar? ¡Nunca le haría nada! Te lo juro. Si no ha ido a casa estará con mi hermana.

Beltz dudó si no se estaría precipitando.

—¡Vamos! —le ordenó—. Camina delante de mí.

— ¿Y a dónde vamos?

—A buscarla, quizá esté con Kata como dices.

Caminando tras el chico, sintió cierta compasión por él si, como ya empezaba a creer, no había ocurrido nada malo, aunque en su interior presentía que una tormenta se iba a desatar ligada precisamente a aquel episodio.

Kata no se podía concentrar en las labores cotidianas que realizaba tras conocer las intenciones de su hermano. Incapaz de seguir con el trabajo se alejó de casa dando un paseo recreándose en el espectáculo de la jornada primaveral. El día había amanecido soleado y solo algunas nubes aisladas como ovillos de algodón evitaban que el cielo fuese azul por completo. Los rayos del sol no calentaban demasiado, debilitados por el frescor de una débil brisa, y eso le resultaba muy agradable. Se recostó en la hierba aspirando su fragancia, cerrando los ojos, molestos por la luminosidad del sol. Entonces el corazón le dio un vuelco, sintió como si todo el peso del cielo se desplomase sobre ella. Profirió un grito que rápidamente fue ahogado por una mano que sellaba su boca.

—¿Te he asustado? Ja, ja, ja, ja.

Anixe se reía satisfecha. Se había acercado sigilosa hacia ella y Kata, abstraída como estaba, no se había percatado de ello.

—¡Idiota! Casi me muero del susto. Tengo el corazón que se me va a salir fuera.

—¡A ver! —le contestó Anixe, retadora, poniendo su mano en el pecho de su amiga. Realmente el corazón de Kata se mostraba muy agitado, tanto como el suyo ahora que se encontraba a su lado.

—Peru hoy me ha dicho que te iba a...

Anixe le silenció la boca poniéndole su índice.

—Ya he estado con él.

—¿Y qué ha pasado? —le inquirió liberándose con un gesto de su cabeza del dedo que sellaba sus labios.

Anixe la abrazó y acercó su boca a escasos centímetros de la suya, a veces le gustaba hablarle así, tan próxima que su alientos se mezclaban compartiendo la respiración.

—Le he dicho que no le quería. Se ha quedado muy triste.

Kata se giró quedando Anixe bajo ella, entonces la besó. La curvatura de la ladera las mantenía ocultas a la vista de su casa pero estaban demasiado cerca para mostrarse apasionadas.

—No quiero volver a casa ni a la ferrería por ahora, no quiero ver a Peru ni a mi padre. ¿Sabes que se habían puesto los dos de acuerdo?

—Ven, vamos a las ruinas, que estaremos tranquilas.

Comenzaron a subir al alto, dejando tras ellas las casas de Fínaga. El ascenso solo llevaba unos minutos, pero fatigosos, pues la senda era muy empinada. Al llegar sobrepasaron la muralla derruida. Allí encontrarían la tranquilidad que necesitaban, aquel espacio solo era frecuentado por las cabras y alguna vez por algún vecino de la zona buscando piedras para aprovecharlas en sus construcciones.

En la cima aún se mantenía la planta de lo que habían sido dos cabañas, pero el resto del lugar estaba tupido por un espeso manto de hierba que confería un aspecto amable al lugar.

—¿Qué haremos, Kata?

—¿A qué te refieres?

—A nosotras, a nuestra vida.

Kata se dejó caer en cuclillas y Anixe imitó el gesto sentándose a su lado. Arrancó un tallo largo de hierba y se lo puso en la boca succionando el ácido de su savia.

—¡Pobre Peru! Le he destrozado el corazón. No sé si podré volver a mirarle a la cara.

—¿Tú por qué? Que se aguante.

—Venga, Kata, no seas tan dura, es tu hermano y seguramente ya no querrá volver por la ferrería.

—Seguramente, es muy orgulloso y además nada sería igual.

—Ya lo creo.

—A veces pienso de qué manera podríamos estar siempre juntas manteniendo oculto “lo nuestro”.

Anixe se encogió de hombros esperando a que continuase.

—Si te casaras con Peru, incluso podríamos vivir en la misma casa.

—¿Lo dices en serio?

Kata tardó en responder.

—¡Qué va! Solo era una tontería. No soportaría que te tocase, que... te hiciese hijos. Hay veces que maldigo a Mari culpándola de hacerme así. ¡De sentir lo que siento!

—¿Has pensado alguna vez que quizá seamos nosotras?

—¿Nosotras? Te refieres a las culpables, por así decirlo.

—Por así decirlo.

—En ocasiones he pensado que cuando el mundo rechaza lo que nosotras sentimos será por algo. Lo entendería si fuese algo malo o les afectase en sus vidas, pero nosotras, ¿qué mal les hacemos?

—Ninguno.

—Eso es, ninguno, por eso al final me digo que el problema no lo tenemos nosotras.

—Es verdad, lo tienen ellos, pero da igual que sean cristianos o no, en esto todos están de acuerdo.

—Por eso me asusta tanto.

Situadas en una pequeña hondonada que había en la cima, se recostaron disfrutando ahora del silencio y de la tibieza de los rayos del sol en sus rostros. Sin hablar, porque hay momentos en los que no hace falta decirse nada para entenderse perfectamente, las dos compartían el mismo deseo, que aquel instante no terminase nunca, que era de ellas.

Desde niñas había sido aquel un espacio en el que compartieron juegos con Peru, y ahora era un refugio perfecto para sus encuentros apasionados. El alto de aquella pequeña montaña era la metáfora del lugar que necesitaban alcanzar en sus vidas, un espacio desde donde observar el mundo para prevenidas ver llegar las amenazas ascendiendo por la ladera de la montaña y desde cuya cima sabrían defenderse.

Una rodeó a la otra con sus brazos y esta le correspondió con una sonrisa, también con un beso mientras sus dedos comenzaron a deslizarse entre sus túnicas erizando los vellos de su piel al delicado contacto con sus manos.

Más abajo, Beltz llegaba a Fínaga con el corazón en la boca acompañando a Peru hasta su casa. Antes de que se plantasen ante la entrada, Tomasi, que a través de una ventana les veía llegar apresurados, abrió la puerta.

—Hijo, ¿qué ocurre? —preguntó preocupada al verle seguido por Beltz, que raramente se ausentaba de su ferrería.

—¿Está Kata en casa?

—Sí... —Pareció dudar un poco—. Bueno, no, anda por ahí haciendo cosas.

Se limpió las manos en el delantal y, abriéndose paso entre Beltz y su hijo, salió al exterior llamando a su hija.

—¡Kata, Kata!

Jurdan se asomó con una horca a hombros, venía de cambiar la cama de paja del corral.

—¿Qué ocurre? —se interesó también extrañado al ver a su hijo acompañado por Beltz.

—Estamos buscando a Anixe —se explicó Peru.

Jurdan asintió, presintiendo que sucedía algo extraño.

—Hace un rato la vi desde el corral. Subía al alto acompañada de Kata.

Jurdan señaló a la cima dirigiendo su mirada, y Tomasi con los brazos en jarra le reprendió.

—¿Ya ha terminado con sus labores?

—No lo creo, pero desde aquí no me iba a oír. Ya bajará y ajustaremos cuentas.

Peru sabía de sobra a lo que se refería su padre. Si alguno de los dos hermanos no cumplía con su labor, el padre les dejaba hacer hasta que regresaban o daban por concluida la jornada; entonces lo habitual era que la monumental reprimenda fuese acompañada de varios coscorriones.

—Sube y diles que bajen, anda —ordenó Jurdan a su hijo.

Peru miraba a la cima pensativo, parecía no haber escuchado la voz de su padre.

—¿Estás sordo? —le gritó el padre sacándole de su ensimismamiento—. Date prisa. Y tú, Beltz, entra a casa con nosotros. ¿Te apetece un poco de sidra?

Sentados frente al hogar, que estaba apagado pues en aquella jornada aún no se había hecho necesario prender la lumbre, Tomasi escanció dos generosos cuencos de sidra de una jarra. Jurdan, en silencio, esperaba a que Beltz le ofreciese alguna explicación de tanta alarma. Como el grandullón no hablaba fue Tomasi la que rompió el silencio.

—Hoy Peru iba a hablarte sobre un tema importante.

Beltz asintió.

—Lo hizo.

—¿Y tiene eso algo que ver con esta alarma? —preguntó Tomasi.

—El chico me lo dijo y bueno... no me pareció mal.

Tomasi se sentó en un taburete junto a su esposo sonriendo.

—Pero —prosiguió Beltz— parece que a Anixe no le agrada la idea. Le ha rechazado. Como tardaban en aparecer me sentí preocupado y buscando a Anixe he llegado aquí.

Tomasi mudó el inicial rostro alegre a uno grave.

—¡Qué pena! —pronunció lacónica Tomasi.

Jurdan, que mantenía la mirada fija en la sidra de su vaso, chasqueó los dientes antes de hablar.

—¡Si es que es normal! Son amigos desde críos y que eso derive en otra cosa... no quise quitarle la ilusión a Peru pero presentía que algo así pudiese pasar.

Beltz asintió conforme. Él también habría visto con muy buenos ojos aquella unión. Después ya no hablaron más, tan solo Tomasi, antes de salir de casa para proseguir con alguna labor, repitió lacónica el mismo lamento, ¡qué pena!

Peru subía sin prisa. No le apetecía volver a encontrarse con Anixe y mucho menos con su hermana, que se había burlado de él. Resultaba extraño no escuchar sus voces a pesar de que estaba a escasos pasos de la cima. Al llegar a lo alto descubrió el espacio vacío. Caminó unos pasos hacia la pendiente contraria por si acaso estuviesen descendiendo por ella. Cuando pasó al lado de la pequeña hondonada que guarecía la cima, se asustó al entender que no estaba solo.

Tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo, las chicas se estaban amando.

Anixe permanecía tumbada, casi desnuda. Sus pechos los cubrían las manos de Kata, que despojada de parte de su ropa también, los acariciaba con dulzura mientras su boca descendía por su vientre besándolo. El rechazo de Anixe y la burla de su hermana esa mañana cobraba un humillante sentido para Peru.

—¡Putas! —les gritó.

Kata ahogó un grito. Anixe, en cambio, no lo pudo reprimir al descubrir a Peru que, a media docena de pasos, las observaba.

Torpemente se cubrieron con la ropa que, revuelta debajo de ellas, estaba casi hecha un ovillo.

—¡Peru, no! —exclamó tímidamente Anixe a su amigo, que se giraba para marcharse.

—Tu padre está abajo. ¡Bajad! Os están esperando.

—Peru, espera —suplicó Anixe. Pero el muchacho se alejaba casi corriendo, así y todo se giró. Su rostro empapado en lágrimas era una mezcla de ira y dolor.

—¡Putas! —gritó ahora con una voz casi infantil. Entonces se agachó al suelo recogiendo un guijarro del tamaño de una ciruela que les arrojó con saña.

La piedra impactó en uno de los pómulos de Kata, que al momento comenzó a sangrar por él. Los gritos de Anixe al ver la sangre en el rostro de su compañera se sumaron a los de la propia Kata al descubrirse herida.

Peru se dio la vuelta y continuó con el descenso. Anixe se cubría el rostro con sus manos asustada por lo ocurrido y lo que pudiese suceder a continuación. Kata se puso en pie y, sin reparar que estaba medio desnuda, salió tras su hermano. Tomó la misma piedra que le había arrojado y se la lanzó. El pedrusco pasó cerca de la cabeza del chico. Al caer la piedra delante de él se alertó y al darse la vuelta descubrió más arriba a Kata, que le apuntaba con el dedo de su mano y con la otra se tapaba la herida del pómulo.

—¡Es mía! —le gritó—. Nunca la tendrás, ya te lo dije. ¡Nunca! ¡Acércate a ella y te mato!

Peru le mantuvo la vista a su melliza. Todo el amor que los dos hermanos se profesaban acaba de ser devorado por un odio visceral.

—Ya bajaréis... ¡ya bajaréis! —gritó amenazante retomando el paso.

Kata volvió al lado de Anixe, que la recibió con un abrazo, limpiando con sus dedos la sangre de su cara. La herida no era mucho más que un arañazo pero le dolía horrores.

—¡Anixe! ¿Qué vamos a hacer?

—Peru lo va a contar... ¡Qué vergüenza!

—Esto ya no tiene vuelta atrás.

—No, no la tiene. Por mi parte no la tiene.

—¿Juntas?

—Hasta el final. Sea lo que sea.

—Anixe, ¡júramelo!

Con el rostro magullado y lloroso de Kata en sus manos, Anixe la miró intentando transmitirle tranquilidad.

—Igual que se juran amor quienes se casan, igual te juro que eres para mí. Nadie me separará de ti.

La puerta del caserío se abrió violenta entrando Peru como una exhalación. Beltz y sus padres se sobresaltaron pero no dijeron nada. El chico parecía desenchajado, algo que asociaron a no poder encajar el rechazo de Anixe. Al verle así, Jurdan lamentó haberle enviado para hacerlas bajar.

Peru tomó la jarra de sidra sirviéndose un generoso vaso del que dio cuenta de un trago. Beltz aguardó a que terminase de beber.

—¿Y las chicas? ¿Estaban arriba?

Peru le devolvió la mirada encendida en fuego.

—Sí, claro, están arriba, pero no sé si tendrán valor para bajar.

—¿De qué hablas? —le preguntó nerviosa la madre.

—Hablo de dos invertidas que desnudas se retorcían como dos perras en celo.

Beltz arrojó su vaso de madera a un lado incorporándose para abalanzarse sobre Peru, pero este, que estaba prevenido, le esquivó ágil. Al tiempo, tomó un cuchillo que estaba sobre la mesa y amenazante se le encaró.

—¡No se te ocurra volver a intentar golpearme porque te juro que te lo clavo!

—¡Tranquilízate, Beltz! —ordenó Jurdan—. ¡Estás en mi casa! Y tú, Peru, baja ese cuchillo.

Beltz refrenó su ira y volvió a sentarse a la mesa. Los tres miraban sorprendidos a Peru por lo que acababan de escuchar. El chico arrojó el cuchillo sobre la mesa por la que se deslizó cayendo al suelo y abandonó la casa con un sonoro portazo. Tomasi hizo el gesto de salir tras él pero Jurdan la contuvo.

—Déjale, demasiados palos en un solo día.

Los tres se sentaron de nuevo a la mesa. Beltz recogió el vaso que había tirado y Jurdan rellenó los recipientes con la escasa sidra que quedaba en la jarra, al tiempo que rompía el silencio.

—Todos hemos oído lo que ha dicho Peru, ¿no es así?

Tomasi y Beltz, enmudecidos, asintieron tímidamente apurando la sidra.

En la cima las chicas también permanecían en silencio. A ratos lanzaban su mirada a los montes que rodeaban aquel lugar, a los valles por los que discurrían caminos que quizás las pudiesen alejar de allí en busca de lugares donde pudiesen vivir sin la amenaza de ser “marcadas”, pero el mundo que las rodeaba nunca había estado preparado para aceptarlas. En cambio, si miraban a su alrededor, el paisaje solo les transmitía armonía.

La herida de Kata había dejado de sangrar, Anixe le revolvió el pelo en un gesto de desenfado intentando transmitirle tranquilidad.

—Vamos Kata, tenemos que bajar.

—¿Y qué les diremos?

—La verdad.

Capítulo 18

Bermudo miró con cierta nostalgia hacía la senda que partía hacia el oeste siguiendo la costa, pues acababan de dejar atrás la bifurcación en el camino que les podría haber llevado de regreso a casa bordeando la costa.

Tras aceptar el reto de batalla, ordenó a las tropas que no hiciesen más botín, las carretas y los costales que los soldados portaban estaban a rebosar y no era prudente transformar a un ejército en una caravana de mercaderes. En cambio, mantenía la orden de incendiar cualquier propiedad con la que se topasen. ¿Acaso no querían guerra los vizcaínos?

—Temes que nos tiendan una trampa —le dijo Froila situando su caballo junto al del infante.

—Algo traman, pero no atacarán sin unir todas sus fuerzas. Hacerlo en el valle de Orduña les permite reorganizarse al ser el punto más alejado de nosotros en los límites de su territorio. Se plantan en la puerta de casa para no dejarnos salir.

—Pasado mañana alcanzaremos Orduña. En sus cálculos habrán previsto que ese tiempo sea suficiente para organizarse. No nos debemos confiar.

—No lo haremos, pero ten en cuenta que sus fuerzas se sumarán desde distintos puntos del territorio. Para cerrarnos el paso van a tener que correr mucho, porque el camino más corto es el que nosotros seguimos. Su baza ha de ser dar un golpe certero y poco más, dividirse en grupos solo les debilitaría.

—No será la peor batalla a la que nos enfrentemos pero debemos estar alerta. Sería conveniente enviar continuamente avanzadillas a caballo para que nos pongan al día de lo que nos precede en la ruta.

—De acuerdo, Froila, organiza las avanzadillas.

Esa tarde se detuvieron en mitad de un extenso valle, un lugar propicio para una buena defensa, pues los montes estaban lo suficientemente alejados como para no ser sorprendidos en mitad de la noche. En aquel lugar confluían las dos principales rutas del territorio. Por un lado el camino que ellos seguían hacia el sur, buscando la meseta, remontando el curso del Nervión, y por otro lado la senda que provenía del interior del territorio, del condado de Durango. Se enviaron jinetes que exploraron discretos aquellos parajes corroborando al noble asturiano sus sospechas, por allí no se acercaba nadie, sin duda las exiguas fuerzas que reuniesen los vizcaínos estarían cruzando por los pasos de los montes en su camino a Orduña para cerrarles el paso. La luz del día fue menguando con el discurrir de la tarde, se encendieron antorchas y los exploradores regresaron al campamento.

Bermudo caminaba por la orilla del río cercano a un vado por el que acababa de cruzar el último de aquellos jinetes. Con un gesto le ordenó detenerse.

—¿Has visto algo relevante?

—Nada, señor. He cabalgado una legua más o menos por ese valle —se giró

indicándole hacia atrás— y aparte de una aldea, no he encontrado nada relevante.

—¿Está poblada?

—Sí, señor, parece que no se hayan enterado de que les ronda una guerra.

Las tropas vizcaínas avanzaban a paso forzado, a pesar de ser casi dos mil hombres se movían con la agilidad que confiere el entusiasmo de aquellos que creen en la lucha que van a emprender. Cada individuo portaba sus armas y un costal en el que llevaba el alimento básico para subsistir tres o cuatro días.

Los cálculos más lógicos revelaban a Sancho que el enemigo podía estar a los pies de la sierra de Gorobel en el valle de Orduña en un par de días, pero este no era el propósito que había maquinado y presentado a los demás como idea de su futuro yerno.

Sancho ya era conocedor de dónde habían acampado los asturianos. La información se la procuraron un par de muchachos que llevaban varios días siguiendo en la distancia los movimientos del ejército del rey, que acampaba cercano a un paraje al que los lugareños llamaban Padura, lugar escogido por Sancho de Estígiz para emboscarlos una jornada antes de que hubiesen llegado a Orduña.

Debían actuar con rapidez y astucia. Lope animaba a todos los hombres a no detener el paso, a pesar de la dureza de la ruta escogida para alcanzar su destino cruzando montes y barrancos sin apenas descanso.

—El que aún tenga fuerzas para correr, ¡que corra! Y el que no, que corra también. Debemos alcanzar el valle del Nervión antes que ellos.

Para facilitar el desplazamiento de los que iban a pie, sus pertenencias más pesadas eran transportadas por quienes iban a caballo. El mismo Lope colgó de su silla un par de costales de sendos labradores que acudieron fieles a la cita de las armas para defender su tierra. A pesar de los inconvenientes que surgían al desplazarse tan alto grupo de hombres en ocasiones sin seguir caminos para acelerar su viaje, lograron llegar exhaustos al lugar indicado al atardecer.

Antes de descansar se debatió la estrategia que emplearían ya sin duda a la jornada siguiente. Reunidos los parientes mayores y nobles entorno a Lope y Sancho de Estígiz, fueron conociendo en profundidad los planes de combate. El conde de Durango ya había compartido anteriormente todo aquello con su futuro yerno, incluso Lope aportó ideas de cómo crear dos grupos que flanqueasen al enemigo por sus costados.

—El motivo —explicaba Sancho de Estígiz a los reunidos en torno a él y un mapa que había dispuesto sobre una enorme losa a modo de mesa— de escoger Padura para la batalla es simple. Se trata de un pantanal, una marisma que forma un arroyo antes de desembocar en el río. —Jaun Zuria señalaba un punto en el mapa que parecía un paso entre dos colinas—. El propio río también derrama

sus aguas por las orillas inundándolas a cada crecida y estando estas prácticamente todo el año convertidas en un lodazal, pero un lodazal bien oculto por abundante hierba y matorral. El enemigo no se percatará de ello hasta que esté sobre él.

—Debemos dejarles que confiados crucen por esa zona sin dejarnos ver, y cuando estén en mitad del valle pisando ese terreno embarrado, daremos nuestro golpe.

—Todo eso —argumentó uno de los nobles presentes— son conjeturas, no tenemos la certeza de que vaya a ocurrir así.

—Por supuesto que no —contestó Sancho de Estígúiz— pero lo que nunca haría sería presentar batalla a campo abierto, pues nos masacrarían. Aquí tenemos una posibilidad, el valle en este punto no es ni demasiado angosto para que nos podamos mover con facilidad ni demasiado extenso como para que ellos se desplieguen de manera efectiva. Si logramos que la lucha comience con ellos en el fango tendremos una gran ventaja.

Desde la posición en la que estaban, a media ladera en un monte cercano, la luz del atardecer aún permitía contemplar el que sería escenario de la batalla.

—Ante nosotros —Lope recuperó el peso de las explicaciones—, tenemos el camino que va al interior, la ruta que sigue el enemigo. Pero ese camino deja de discurrir durante casi una legua al lado del río para atajar cruzando el valle de Buiana y después retorna a discurrir junto a la orilla del Nervión justo ahí, en Padura. —Lope señaló a lo lejos una especie de hondonada entre dos pequeñas montañas—. A partir de ahí el terreno se vuelve un barrizal, excepto por el camino que, aunque no está en muy buenas condiciones, se mantiene transitable por lo importante de esta vía. Sus carretas en este punto les darán muchos problemas, debemos dejar que se adentren en este paraje. Los arqueros serán los primeros en entrar en acción. Estarán dispuestos en dos grupos a ambos lados de la ruta. Apostados desde lo alto deberán acosarles sin tregua para que se internen aún más en el humedal y evitar sobre todo que se reorganicen retirándose.

—De acuerdo. —Fruiz, que había seguido en silencio las explicaciones de su hijo, a ratos meneaba la cabeza como si no las tuviese todas consigo—. Pero ¿luego qué? La confusión que provoquen los arqueros durará solo unos instantes. Sus jinetes intentarán tomar las posiciones desde las que les estemos asaeteando. Propongo que tras los primeros compases del combate, realicemos un ataque total con todos nuestros efectivos.

—Si entramos de frente a ellos estaremos también en terreno baldío para el combate. Debemos dejar que las idas y venidas por la zona, el avanzar y el retroceder de los asturianos fruto de la sorpresa y la confusión convierta el suelo que pisen en una auténtica pesadilla.

—Nos basamos en conjeturas y nos superan en número y destreza —apuntó Fruiz.

—Serán más y más diestros en combate, pero nosotros somos más astutos, porque la lucha se librará en el lugar y condiciones que hemos escogido —señaló Sancho de Estígiz.

Las indicaciones continuaron impartándose a todos los que iban a mandar los diferentes grupos.

—A ambos lados de la salida del valle parece que se levantan algunas casas —señaló con su mano Fruiz a Sancho.

—Son las aldeas de Abrisketa y Fínaga; un poco más abajo de ellas y próximos al camino, será donde se aposten los dos grupos de arqueros. En total unos doscientos hombres, además de un grupo de caballería, se esconderán en una zona más alta y actuarán en el momento preciso acosando su retaguardia en la zona más estrecha del paso: de esa manera esperamos empujarlos hacia la salida del barranco arrojándolos a la vega de Padura. Una vez que las pezuñas de sus caballos pisen el blando terreno iniciaremos la segunda parte del plan.

El resto de hombres permaneceremos ocultos entre la espesura de la otra margen del valle, muy cerca de aquí, cruzaremos el río y en un movimiento de pinza rodearemos a los asturianos que en ese instante ya deberían de estar luchando contra el fango. Iniciado el combate cuerpo a cuerpo solo cabe tener esperanza en nuestro arrojo y darlo todo hasta conseguir la victoria.

Una fina lluvia empezó a derramarse y cada hombre se dispuso a ocupar el lugar que le hubiese sido asignado para la batalla. Las luces del día llegaban a su fin y pronto el silencio y la oscuridad fue total, pues se prohibió el encendido de antorchas y hogueras. Esa noche dormirían, los que lograsen conciliar el sueño, bajo una llovizna que les empaparía hasta los huesos pero al tiempo emblandecería aún más el terreno donde se batirían al alba.

• • •

Bermudo hizo llamar a Froila, le agradaba su compañía y apreciaba aún más su buen juicio para trazar estrategias.

—Adelante, parece que vamos a tener la noche lluviosa.

En el interior de su tienda las comodidades no eran muchas, pero para ser una tropa en campaña poco más se podía pedir. Un suelo alfombrado que a pesar de estar sobre esteras ya se estaba empapando, un jergón que ciertamente se adivinaba mullido y una pequeña mesa con dos minúsculas banquetas sobre la que había un par de platos de madera y otro más grande en el centro repleto de buenas raciones de cabrito asado.

—Solo el olor ya despierta el apetito —pronunció Froila al entrar.

—Acompáñame en la cena, por favor. Espero que huelga así todo el campamento. He ordenado que se asen los corderos y cabritos que llevamos. Más parecemos pastores que soldados.

—¡Los frutos del saqueo! —exclamó Frolia al sentarse a la mesa del infante.

—¡Pues a disfrutarlos! Que todo el mundo coja fuerzas hoy, ya que mañana forzaremos la marcha para llegar antes del anochecer a las inmediaciones de Orduña. Además, me preocupa que la tropa se distraiga del objetivo estando pendientes del botín que transporta.

—¿Y has pensado algo al respecto?

—Sí, claro, pero no creo que vaya a ser del gusto de nuestros hombres.

—Ya. En fin, demos cuenta de la cena, que se va a enfriar.

—Por supuesto. Con el estómago lleno se reflexiona mejor.

•••

Desde la distancia, Basoa y su reducido grupo seguían las evoluciones de las fuerzas que pronto se enfrentarían entre sí.

Estaban levantando el campamento que esa noche habían improvisado a la entrada de una cueva, sobre una montaña desde cuya cima se abarcaba una amplia visión de aquella zona del territorio en la que parecía que las dos fuerzas iban a confluir.

—Por lo que hemos visto —argumentaba Munio— van a salir los nuestros al paso de los asturianos no muy lejos de aquí.

—¿Los nuestros? ¿Estás seguro? —cuestionó Basoa sarcástico—. No sé quién nos trataría peor en caso de apresarnos.

—Los “nuestros”, sin duda —respondió participando de la ironía.

Basoa montó sobre Ikatz y se puso en marcha, los demás le siguieron en el descenso que emprendió a gran velocidad.

—¿A dónde nos dirigimos, Basoa?

—Digamos que intento adelantarme.

Al tiempo, aprovechando que el pronunciado descenso por la estrecha vereda se tornaba más liviano y una extensa pradera se abría ante ellos, Basoa espoleó su caballo para ponerlo al galope. Los demás, a regañadientes, le imitaron.

—¡Daos prisa! —les gritó girándose; repentinamente su rostro había mudado a una expresión de casi de terror—. ¡Galopad!

Munio intuyó que su jefe estaba a punto de entregarse a uno de sus desvaríos, nada extraño por otro lado. Hacía tan solo un momento que se había mostrado afable e irónico y ahora parecía fuera de sí. Espoleó con fuerza a su caballo

poniéndolo a la altura del galope de su jefe, a pesar de que tan solo podía emplearse adecuadamente con uno de sus brazos. Incómodo con el cabestrillo, logró zafarse de él entre grandes dolores. Más que el brazo, que sabía que no estaba roto, le preocupaba la herida de su oído por temor a que se infectara, pero para eso era bastante meticuloso y tenía la extraña idea para el gusto de los demás de que las heridas debían ser tratadas de continuo, manteniéndola limpia y cambiando a diario el emplaste y las vendas. Así lo había hecho esa misma mañana.

—¿Qué te ocurre, Basoa?

Basoa le miró manteniendo el ritmo del galope, volvió la mirada al frente y se tomó unos segundos para responder.

—Los asturianos van siguiendo el camino de la meseta.

—¿Y qué?

—Discurre frente a la ferrería de mi padre.

A Munio la explicación si hubiese venido de cualquier otro le habría parecido normal, pero saliendo de la boca de Basoa le extrañaba.

—¿Acudimos a alertarles?

Basoa, en un gesto casi imperceptible, asintió.

Las tropas asturianas avanzaban despacio. No era sencillo mantener un ritmo ágil de marcha con los carros que transportaban los frutos del saqueo, tirados gran parte de ellos por bueyes que avanzaban con paso más lento. Basoa calculó que en poco más de una hora estarían a la altura de la ferrería. Sabía de sobra cómo procedían allí donde encontraban una aldea o una casa solitaria, sabía de sobra cuál sería el destino de sus moradores.

Hacía mucho tiempo que no veía a su familia. A su padre lo imaginaba más viejo, a su hermana convertida en una mujer. Era una chiquilla cuando dejó aquel lugar y no se sentía nada reconfortado por regresar, pero había visto durante la mañana el humo de la ferrería, así que intuía que su padre aún seguiría allí. Las sendas por las que ahora transitaba eran el escenario de sus juegos infantiles, de aventuras en las cuevas de las que aquella montaña estaba horadada y que pocos como él conocían los secretos de sus laberínticas galerías. Llegados casi abajo, siguiendo un arroyo, se internaron por un bosque. Cruzaron por un claro en el que había una carbonera, constatando Basoa con agrado cómo las habilidades de su padre seguían intactas a la hora de producir carbón.

—¡Más deprisa! —ordenó al percatarse de que no eran tan hábiles como él a la hora de cabalgar raudos atravesando la espesura—. Estamos llegando.

Al final del bosque se abría una extensa pradera y por medio de ella un arroyo horadaba su cauce derramándose en una leve pendiente hacia la ferrería. Encontró el horno cargado en abundancia de combustible para no apagarse, algo

que hacía su padre cuando se ausentaba pero con la intención de regresar en breve. Buscó por los alrededores y registró la cabaña sin hallar rastro de ellos. Le disgustó tener que marcharse, ahora los sentimientos que siempre se negaba le amenazaban con el veneno de la añoranza. Sin desmontar del caballo describió un trazo en círculo alrededor de los dos postes que él mismo había clavado poco antes de marchar de allí y que aún seguían sujetando un par de finas cuerdas. Allí tendida, una túnica de mujer se mecía con el suave empuje de la brisa.

—Anixe —susurró al intuir que aquella prenda era de su hermana.

—¿Qué hacemos? Aquí no hay nadie —pronunció uno de los bandidos.

—Tú dirás, Basoa —añadió Munio—. Más adelante hay una aldea, quizás estén ahí.

—Eso es Buiana, pero no se encuentran ahí, nunca han tenido muy buena relación con el viejo. Además, no nos debemos dejar ver. Nos apostaremos ahí arriba.

Basoa señaló con el dedo a la cúspide del cono que era la pequeña montaña alzada en la mitad del valle.

—Nos ocultaremos en la ruinas que hay en lo alto y aguardaremos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, la lucha es inminente.

—Es posible que los tuyos supieran que llegaban los asturianos y huyesen a ocultarse, —apuntó Munio.

Escuchar ese “los tuyos” le hizo daño, mucho daño.

—¡En marcha! —ordenó Basoa poniendo a Ikatz al galope e intentando olvidar el recuerdo de su familia.

Pocos metros antes de alcanzar la cumbre, Basoa volvió la vista, los asturianos aún no aparecían por ningún lado. Hicieron cima casi sin aliento. Munio, por la dificultad para guiar a su caballo y mantenerse sobre su montura empleando un solo brazo, optó por realizar los últimos metros a pie, tirando de las riendas del animal.

Una pequeña hondonada que había en la cima sirvió para ocultar a los caballos. Ataron sus riendas a un par de arbustos para evitar que deambulasen por la zona y fuesen vistos y las cuatro monturas, tras pacer un poco de hierba, se relajaron recostándose sobre sus cuartos.

Los bandidos permanecieron encogidos en lo alto, ocultos tras los muros derruidos de lo que antiguamente fue un castro para que así sus siluetas no fuesen descubiertas desde la lejanía.

Basoa vigilaba el fondo del valle por la ladera contraria por la que habían subido. Munio, interesado, se puso a su lado.

—¿Ves eso?

Basoa le señalaba la ladera abajo donde se levantaban un puñado de construcciones dispersas.

—Sí, una aldea.

—¿Qué aldea, necio? Eso ya sé que lo ves, y se llama Fínaga, pero me refiero a eso que baja por ahí.

Munio, esforzando un poco la vista pudo ver a dos figuras que descendían en dirección a aquellas casas.

—¿Son dos mujeres?

—Dos chicas. Llevó observándolas desde que hemos llegado.

—¿Y?

—Juraría que una de ellas, por la manera de caminar dando un salto cada pocos pasos, es mi hermana.

—Quizá ahora viva ahí.

—Puede ser.

—¿No estarás pensando en bajar a alertarles? Revelarías nuestro escondite y a fe cierta que has escogido un buen lugar.

—Fínaga está levantada a media ladera de la montaña y bien podrían pasar de largo los soldados por el fondo del valle sin ver la aldea pero...

—No te ha importado lo más mínimo la suerte que puedan correr los vecinos de la otra aldea.

—Acabo de decirte que he visto a mi hermana.

—Que “crees” haber visto a tu hermana —le corrigió Munio—, podrías haberte equivocado.

—Era ella —sentenció tajante.

Volvieron con los otros dos y se acurrucaron juntos apoyando sus espaldas en la pared derruida de una antigua cabaña. Con levantar levemente la cabeza podían observar la llegada del ejército adentrándose en el valle a sus pies.

Repentinamente, Basoa se incorporó, desató las riendas de Ikatz y de un salto se subió a su grupa.

—Esperad aquí hasta que regrese.

—Basoa, no es buena idea —le dirigió Munio.

—Haced lo que os digo. Esperad ocultos.

Munio torció el gesto. No estaba conforme con la decisión adoptada por su jefe y de nuevo volvieron a su cabeza las ideas que le instaban a poner fin a su

asociación con el más temido y menos cabal de los bandidos que nunca hubiese conocido.